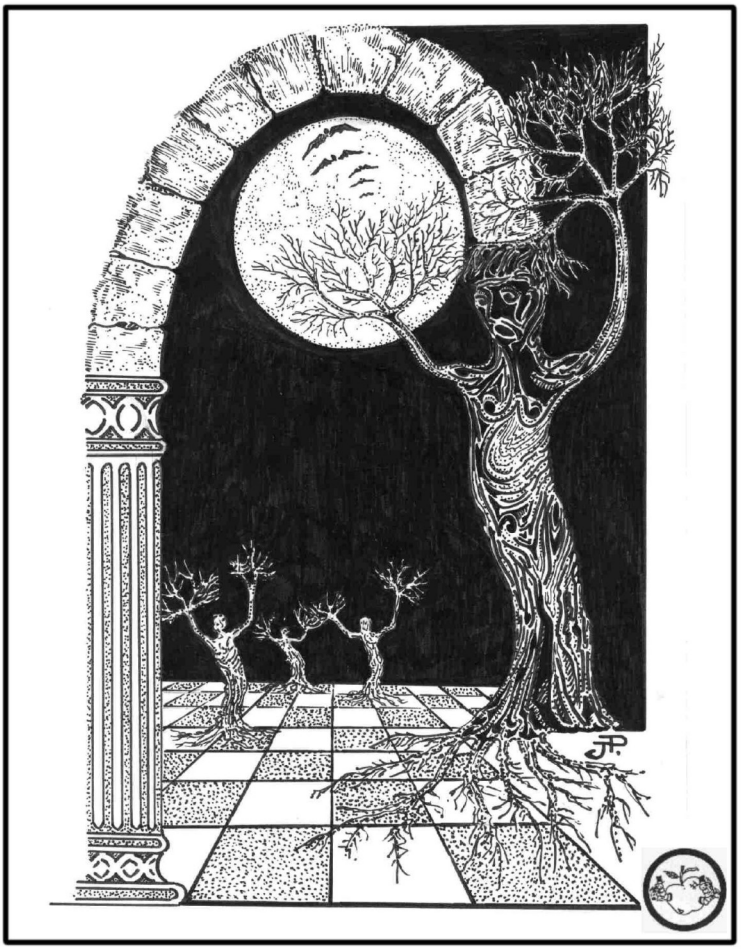
LA HABITACIÓN DEL MIEDO



LA HABITACIÓN DEL MIEDO

Redactores: JLM y JCJ. Nº16. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

EDITORIAL

¿Te has sentido alguna vez atenazado por el terror? Seguro que sí. Paralizado, con tus sentidos hipersensibles a cualquier cambio y, pese a todo, incapaz de dar una respuesta apropiada.

Hay tantas razones para el terror. Y tantas sinrazones como motivos para el miedo. La vida da miedo en ocasiones, también la muerte, por lo que tiene de desconocido. Nos espantan el dolor, el misterio, el cambio y la inmovilidad.

Si lees el título quizá recuerdes la casa de tu niñez. Cae la noche y, cuando tus padres se despiden de ti hasta la mañana siguiente, te quedas arrebujado en la cama esperando que llegue el sueño. Pero no es fácil. Tras una jornada de agitación no puedes dormirte. Quizá viste en la tele alguna imagen terrible, o una película de monstruos. Quizá ese niño de la casa de al lado, tan mayor que te saca una cabeza, te contó mientras jugabais una historia de fantasmas. Y ahora, intranquilo en la soledad de tu cuarto, entreabres los ojos y puedes vislumbrar, o tan sólo lo imaginas, que cientos de sombras extrañas te rodean. La puerta, como en la película de la Disney, amenaza con dejar paso a un monstruo terrible. Los pliegues de tu cama simulan sonrisas malvadas, los muebles parecen amenazarte desde su quietud. De algún modo, lo desconocido va a entrar en tu cuarto dispuesto a atacarte. El corazón se te acelera y sientes deseos de levantarte, de echar a correr hasta la cama de papá y mamá para meterte entre ellos en busca de consuelo y, sin saberlo, fastidiarles unos instantes de intimidad.

Piensas en aquel niño asustadizo y casi sientes deseos de reír. Pero no es tanto lo que ha cambiado desde entonces. La habitación del miedo a que se refiere nuestro título no es el cuarto de tus primeras pesadillas. Has crecido, sí. Pero no has perdido tus miedos. Quizá has cambiado los viejos temores por otros más ciertos, o aún más vagos e indeterminados que aquellos que te parecían tan

tangibles. El miedo, realmente, no está en las cosas, ni en las circunstancias que te rodean. El miedo es una reacción inevitable, sí. Una defensa incluso. Pero, ante todo, es una imaginación, un pensamiento que brota en mitad de tu cerebro. Una idea que te invade y provoca en tu cuerpo todas las alteraciones que considera convenientes para lograr su fin. Allí, dentro de las paredes de tu cráneo, se desarrolla la verdadera lucha. El miedo nace allí y allí queda encerrado, esperando poder salir, o perderse, para que vuelva la calma. Y entretanto ahí estás tú, acongojado, preso de tus temores, sea lo que sea lo que externamente los ha provocado. Eres tú, un cerebro confuso y amedrentado, quien se encuentra encerrado en sus propios pensamientos. No existe el terror como concepto, sólo esa sensación enfermiza que se apodera de ti cuando tu pobre cerebro no es capaz de afrontar con la razón y la confianza aquello que desearías que la vida nunca te hubiera ofrecido.

CERRANDO PUERTAS Y ABRIENDO VENTANAS

"Cuando era niña tenía miedo:
miedo a los desconocidos
miedo a la oscuridad,
miedo a la noche,
y miedo al día.
Pero ahora que vivo sola
Ya no tengo miedo."
Radio 3

¿Miedo? Más que nunca. Esa es la palabra con la que se cerró el año 2001 y la llave que abrió el 2002, abrió el 2003 y ha abierto el 2004. Es tiempo de cambio, revolución, coyuntura... y no solamente cambio de moneda sino de innumerables asuntos de tipo nacional, internacional y otras yerbas.

Adiós al 2001 y al "Tell Laura I love her, my love for her will never die". No podemos seguir cantando siempre la même chanson.

Descubriendo día tras día una pequeña parte de los ocultos pasillos de la existencia que nos llevan a esa estancia ancha y diáfana llamada vida, sucede que a veces caminamos solos como el velero en

alta mar, sin sirenas, sin tritones ni delfines, solos, sólo nosotros... y la noche.
Papi y mami nos enseñaron a rezar lo poco que saben por culpa del miedo y es que en el fondo todo no es más que un insondable abrazo lanzado desde el inefable mundo de la fantasía.

¿Hastío existencial? Nos refugiamos en nosotros mismos, refugio que algunos llaman "cueva" y otros "ensimismamiento" aunque yo prefiero llamarlo "abstracción" (de ahí la pintura), eso que Kandinsky nos enseñó a dominar... ¿o no?

Es tiempo de histriones pero también de grandes forjas y, ya que estamos de paso, por qué no pedir ayuda a Borges, el maestro del tiempo no pasado.

De niño, durante el día, el miedo apostataba de mí, pero llegada la noche... me tenía que proteger con el escudo de mis santas sábanas.

Dicen que los extremos se tocan y en ese sentido las edades extremas del hombre también se tocan. Pues tanto los niños como los viejos temen a la noche. Los primeros no tanto por el miedo inculcado por sus padres, sino por el miedo ancestral que comparten todos los seres que nacen. Y los segundos por el miedo de verse sorprendidos, bien por la soledad, bien por sus propios fantasmas.

Todos tenemos fantasmas, de ahí la necesidad del Arte para espantarlos con música o con mística (aunque esta última no sea Arte en sí misma, sí se puede ver reflejada en ciertas obras), o estamparlos (literalmente) en un lienzo o en un collage, o encerrarlos bajo llave en la habitación de la literatura.

Existen intrincados laberintos que aguardan latentes, no sé en qué segmento del Tiempo, a que entremos en ellos pero... ¿no es ciertamente el desierto del miedo el peor de los laberintos?

R.M.L.
Miedo en el 2004

EL MONSTRUO HAMBRIENTO

Se puede tener hambre de muchas cosas. Pero sólo hay un hambre esencial, hambre primitiva, orgánica: la de alimento. La más

terrible de todas. Un hambre que, tontos engreídos, tenemos olvidada, como si fuera ajena a nosotros, en los países ricos y medio ricos. Hambre pavorosa, capaz de aguzar el ingenio, sí, pero sólo para librarse de ella y el miserable pensamiento de su llegada.

Ahítos de comida, gordos y obesos, obsesos de la grasa y de su ausencia, nos olvidamos de lo terrible que es el no comer. La sensación de morirse un poco a cada momento y la desesperación de no poder contar con la comida a horas fijas o según nuestra apetencia. El terror de millones de personas, que acaban muriendo por su causa.

Si conociéramos ese miedo en carne viva, en primera persona, no consentiríamos las muertes ajenas. Y, pese a todo, ese miedo debería estar presente en todas nuestras mentes, siempre pendientes del incierto futuro en el que, quizá, el plato no nos sea tan seguro. Aunque, tontamente confiados, preferimos imaginar el hambre como algo lejano, casi inexistente, mientras algunos de nuestros semejantes, en este mundo de glotones, se enamoran –o tal vez la odian aunque se rinden ante ella- de la sensación de tener vacío el estómago, cambiando el temor racional al hambre por estúpidas inquietudes de anoréxica que nunca pasarían por la cabeza del que, como Carpanta, sueña con la comida que no puede tener.

Te daré lo innombrable,
el azul de mis tardes de verano,
el calor de mis sábanas de otoño,
la mirada que cruza tus palabras.
Te daré lo impreciso,
la ausencia, el hueco, el vacío.
Te daré el segundo,
te daré la huella,
te daré la gota,
te daré locura.
Te daré, amor mío,
me daré entera.
No me pidas que te dé metal

porque lo que yo tengo
no se puede nombrar.
Sonia

UN HOMBRE AMABLE

Ataulfo siempre fue un hombre amable. Durante toda su vida quiso ofrecer su ayuda y su buen carácter a cualquier persona que lo necesitara. Y digo quiso porque nunca pudo lograrlo. Pero esto no fue así porque él considerase que demostrar sensibilidad hacia los demás fuese un signo de debilidad que pudiese dejar al descubierto puntos vulnerables susceptibles de ser atacados. Ni tampoco fue por pereza, ese verdugo de todas las buenas intenciones. Sencillamente no pudo ser porque los demás no le dejaron. Y es que todos rehuían a Ataulfo porque le tenían miedo. Para comprender esto es necesario conocer que nuestro hombre presentaba una apariencia física un tanto peculiar. No se trataba sólo de que fuese un hombre feo, que lo era, más bien podía decirse que su presencia resultaba impresionante y estremecedora para quien le contemplaba. Ante todo Ataulfo era un hombre enorme, un auténtico armario de cuatro puertas, con una altura de dos metros y una envergadura de espaldas de una talla similar. Sus manos, también gigantescas, estaban armadas con cinco gruesos dedos a modo de cachiporras y cubiertas de abundante vello, igualmente frondoso que en el resto de su cuerpo. Sin embargo estos detalles anatómicos por sí mismos no hubiesen bastado para causar temor en la gente. De hecho hay individuos grandes y feos que incluso resultan simpáticos. Un ejemplo sería Bud Spencer, el repartidor de tortas oficial del cine italiano. Pero no era este el caso de Ataulfo. Había un conjunto de otros pequeños detalles que presentados de manera aislada habrían logrado, en todo caso, que la gente sintiese lástima por nuestro amigo, pero que presentados en su conjunto le daban un aspecto terrible.

La madre de Ataulfo tuvo un parto difícil cuando éste nació, con la mala suerte de que se presentó poco antes de lo esperado y cuando se encontraban ella y su marido en el pueblo de él para arreglar unos trámites administrativos referentes a las parcelas de

tierra. Se trataba de un villorrio formado por cuatro viejas casas, localizado en ninguna parte entre los montes Universales de Teruel. La comunicación era pésima y cualquier población medianamente grande quedaba situada a un abismo de distancia, separada por un zigzag infinito de carreteras de montaña. Así que la madre de Ataulfo se vio obligada a dar a luz lejos de la civilización. Demasiado hizo el pobre médico rural bastante entrado en años que, cuando le llamó la vieja comadrona, acudió tan rápido como pudo del pueblo más grande de la comarca, donde tenía su residencia. Milagrosamente, contaba con unos fórceps que había heredado como reliquia de sus antepasados también médicos, y gracias a ellos y con una buena dosis de habilidad, pudo salvar a la madre y al hijo, es decir, a Ataulfo. De hecho, este nombre tan poco atractivo le fue asignado a nuestro amigo porque así se llamaba el viejo doctor, como un homenaje a su labor. Ataulfo sobrevivió sí, pero con algunas secuelas no graves. Desde su nacimiento y por toda su vida sufrió una parálisis facial bilateral que, poco después y ya de vuelta en la ciudad, fue subsanada parcialmente con la colocación de unas pesas de oro en los párpados. Esto evitó que nuestro amigo se quedase ciego al permitir que pudiese cerrar los ojos, previniendo la sequedad y las úlceras, pero no impidió que el resto de su cara fuese totalmente inexpresiva y que le chorrease agua por la barbilla cada vez que intentaba tomar algo de líquido. Además, tuvo que pasar por quirófano varias veces a lo largo de su infancia y juventud para cambiar el tamaño de las pesas de oro conforme crecía. Por si esto no fuera bastante, Ataulfo también nació con una cuerda vocal paralizada, y aunque tuvo la suerte de no sufrir ningún episodio de asfixia por este motivo, su voz nunca fue normal. Incluso de niño siempre tuvo una voz cavernosa y soplante. Todos estos defectos le hicieron objeto de burla por parte de los demás niños, que como se sabe son los seres más crueles sobre la faz de la tierra. De modo que, a parte de las chanzas que hacían con su grotesco nombre, todos los compañeros le llamaban "el monstruo de las galletas", pues Ataulfo solía llevar para el recreo unas marías y unas onzas de chocolate, y así hacían doble alusión a su fealdad y a su falta de expresividad comparable a la de un muñeco. Únicamente los profesores le mostraban respeto, pues era un estudiante aplicado,

aunque siempre iba asociado a una buena dosis de lástima. Pese a todo, Ataulfo no se volvió agresivo ni malhumorado. Nunca pegó a otro niño, a pesar de que pronto fue más grande que los demás de su edad. Incluso tuvo un amigo. Se trataba de Luisito, un niño enclenque y enfermizo con el que se metían continuamente los demás compañeros y al cual rompieron un brazo en una ocasión al dejarle caer durante un manteo. Luisito era la sombra de Ataulfo, con él se sentía protegido y siempre jugaban juntos. Si todo hubiera seguido así Ataulfo podría haber sobrellevado bien su vida, se habría relacionado con los demás y habría intentado dedicarse a ayudar a sus semejantes, siguiendo el impulso que le marcaba su carácter, aunque hubiese tenido que soportar continuas burlas. Pero todo cambió, para mal de nuestro hombre, cuando llegó a la pubertad. Entonces su aspecto cambió de ser risible a ser temible. Esto fue debido por una parte a su gran aumento de masa corporal, y por otra a que tomó posesión de su cara un terrible acné unido a una grave dermatitis seborreica. Su faz adquirió una geografía de depresiones y protuberancias y, lo que es peor, una expresión amenazadora que hacía temer a quien se encontraba en su presencia un ataque inmediato y furibundo de aquel monstruo de 200 kilos. Nuestro hombre pronto se dio cuenta del cambio de actitud de la gente respecto a él, e intentaba contrarrestarlo expresando su auténtico carácter mediante una sonrisa. Pero los imperfectos movimientos que permitían los casi paralizados músculos de su cara sólo conseguían producir una mirada más torva y una expresión más hosca aún, con lo que se incrementaba el miedo que causaba a su alrededor. Y su voz, que se volvió aún más ronca y cavernosa, tampoco ayudaba mucho. Pasado poco tiempo dejó de intentarlo.

En la Facultad de Informática, donde inició los estudios, pronto se encontró con que se formaba un halo de asientos vacíos a su alrededor. Nadie quería sentarse a su lado. Por suerte había un marcado absentismo estudiantil, porque en caso contrario se habría producido una superpoblación en unas zonas del aula para compensar el vacío que Ataulfo, a modo de un agujero negro humano, formaba a su alrededor. El profesor tampoco le preguntaba nunca a nuestro hombre. Y Ataulfo pronto dejó de plantearle preguntas cuando

comprobó que cada vez que lo hacía el pobre hombre sudaba y tartamudeaba al dar la contestación, intentando disimular la desazón que le producía la mirada inquisitoria del inmenso alumno. Pero a pesar de no encontrarse en una situación cómoda siguió siendo un estudiante aplicado y continuó sacando buenas notas, aunque pronto dejó de acudir a clase y sólo se presentaba a los exámenes. Estudiaba sus libros en casa y buscando en Internet dio con una página en la que colgaban los apuntes y los ejercicios de clase, de modo que era como si fuese todos los días a la facultad. Durante este periodo de su vida no tuvo amigos. Luisito se había trasladado con su familia a otra provincia nada más acabar el colegio, y el joven Ataulfo se encontró solo en el instituto lo mismo que ahora lo estaba en la facultad. Nadie quería aproximarse a él. Y esto era más doloroso cuando se trataba de las mujeres. Había una chica en clase llamada Patricia, menudita y delgadita, de pelo negro y grandes ojos almendrados que le resultaba a Ataulfo el ser más hermoso del mundo, pero nuestro hombre nunca pudo aproximarse a menos de diez metros de ella. Ataulfo se sentía como Cuasimodo con Esmeralda, ambos nunca tuvieron ninguna oportunidad de ser correspondidos, pero con la diferencia de que esta Esmeralda sentía auténtica repulsión por Ataulfo, a diferencia de la heroína de la novela francesa. Este fue otro de los motivos por los que el apenado estudiante decidió no acudir a la facultad. Su vida social era prácticamente nula, y sus relaciones personales se limitaban a sus padres, que a pesar de todo le querían mucho y se sentían orgullosos de él. Evitaba en lo posible acudir a sitios públicos. En primer lugar porque le atormentaba viajar en transporte público. Había comprobado que cuando montaba en el autobús se formaba un espacio alrededor de él, y si esto no era posible por estar el vehículo abarrotado, notaba la respiración ansiosa y las miradas de desconfianza de los que tenía al lado, como si temiesen cualquier acción hostil por su parte. En la siguiente parada todo el mundo bajaba huyendo del autobús. Y lo mismo le ocurría en la cola del cine o de cualquier otro espectáculo. En alguna ocasión, incluso se habían levantado nada más empezar el espectáculo aquellos que estaban sentados a su alrededor, prefiriendo perder el dinero de la entrada y el disfrute de la función antes que estar a su lado. Esto hizo que

Ataulfo cada vez se encerrase más en su casa. Se hizo un gran aficionado a la lectura y al cine. Sus padres, que conocían sus problemas, le proporcionaban un suministro constante de libros y de películas y nuestro forzoso ermitaño los devoraba. Adquirió una buena cultura, pero nunca pudo aprovecharla en unas relaciones sociales que no tenía. Salía de casa únicamente cuando tenía que hacer un recado personalmente, como en una ocasión en que tuvo que recoger un paquete de SEUR que contenía un gran número de libros que había encargado a buen precio a través de Internet. Tuvo que ir porque era preciso que estampase su firma al recogerlo. La oficina de SEUR a la que lo enviaron estaba situada en una zona alejada, en las proximidades de una autovía. Se confundió al seguir las indicaciones de su callejero y fue a parar a un poblado gitano. Entonces fue más consciente que nunca de lo terrible de su aspecto. Aquellos gitanos de mala vida, que traficaban con droga, que hubiesen desvalijado y, tal vez dado de navajazos, a cualquiera que hubiese puesto los pies en ese lugar fuera del mundo, estos hombres acostumbrados a todo se ocultaron en sus chabolas con el resto de su gente, y se quedaron mirando por las ventanas hasta que Ataulfo pasó de largo. Hasta los criminales le tenían miedo. Para intentar demostrar a todo el mundo y a sí mismo que no había ninguna razón para que le tuviesen miedo, se presentó como voluntario en varias O.N.G.s. Tras la habitual desconfianza inicial respecto a él, tanto insistió y tan elocuentemente manifestó su carácter pacífico y sus deseos de ayudar a sus semejantes que no tuvieron más remedio que admitirle, porque en caso contrario habrían tenido que aceptar que tenían prejuicios contra él, cosa contra natura en una O.N.G. Pero el problema con el que topó es que ninguna de las personas necesitadas de ayuda le admitió. Se presentaba a la primera cita acompañado de alguno de los compañeros de la O.N.G. encargado de su presentación. Pero en cuanto la persona que iba a ser atendida veía entrar a Ataulfo se negaba a quedarse a solas con él o directamente se ponía a gritar pidiendo que se llevasen a ese monstruo o diciendo una expresión similar. De nada servían los esfuerzos del acompañante por hacer entender que Ataulfo era una buena persona y que su físico nada tenía que ver con su talante. Nuestro hombre tuvo que desistir

finalmente, y comprendió que su relación con el resto de la especie humana estaba vetada. Se limitó a apadrinar un par de niños de países en desarrollo, a los que nunca envió una foto suya, y a participar con cuotas mensuales en las O.N.G.s. El único trabajo que pudo permitirse realizar para estas organizaciones fue hacer el diseño gráfico de carteles o crearles páginas web con el ordenador. Al menos esto daba cierta satisfacción a sus deseos filantrópicos.

Ataulfo acabó la carrera con buenas notas, pero no se presentó a ninguna entrevista de trabajo. Sabía que no le admitirían en ninguna empresa donde le pudiesen ver. En lugar de eso, se puso en contacto por Internet con una empresa de teletrabajo. Le enviaban la documentación sobre los proyectos que querían que realizase para ellos, sobre todo tareas de programación, y él les enviaba los programas codificados por Internet. A cambio de ello la empresa ingresaba un dinero en una cuenta bancaria especificada por Ataulfo. Y así vivía nuestro hombre, casi como un monje de clausura. En alguna ocasión pensó que no le habría costado encontrar trabajo en el pasaje del terror, donde no hubiese necesitado maquillaje, o como soldado profesional, donde habría sido considerado el más feroz, pero ninguna de esas profesiones iban con su carácter, y además dudaba que sus compañeros le hubiesen admitido a pesar de todo. Podrían haberle tomado como un riesgo para ellos mismos y le habrían dado de lado nuevamente. No, no era posible otra vida. Ataulfo estaba convencido de ello.

Un buen día Ataulfo se vio obligado a abandonar su tranquilo refugio, a pesar suyo. Un mensajero de SEUR dejó una notificación a su madre, que era quien siempre abría la puerta. Se trataba del aviso de recogida de un gran paquete de libros y películas encargados por Internet. Ataulfo no entendía por qué el mensajero no podía llevar el paquete a casa. Probablemente ello hubiera encarecido el coste de los artículos, que estaban a muy buen precio, y además el paquete era muy voluminoso. Nuestro hombre realizaba de forma periódica este viaje, aunque con un amplio intervalo de tiempo entre uno y otro, pero no dejaba de resultarle desagradable. Al menos, había aprendido bien el camino y ya no entraba en el poblado gitano. Caminaba tranquilamente por calles casi desiertas cuando observó que a unos

veinte metros de él una pareja de avanzada edad estaba rodeada por un grupo de gitanos y que el hombre estaba siendo zarandeado por uno de ellos. Ataulfo aceleró el paso mientras gritaba:

-¿No os da vergüenza tratar así a unos ancianos?

Los agresores dirigieron rápidamente la mirada hacia la voz sonora y ronca como el sonido de una tuba que les increpaba, y al darse cuenta de la mole que se les acercaba a grandes trancas, soltaron lo que tenían entre manos y huyeron como alma que lleva el diablo. Cuando llegó a donde estaba la pareja agredida, Ataulfo se dirigió a la mujer y le preguntó mientras disimuladamente ocultaba su cara con una mano.

-¿Están ustedes bien?

-Sí, sí. Gracias, buen hombre. A saber qué nos hubiera pasado si no hubiese llegado usted -le dijo la mujer mientras le agarraba del brazo y tiraba de él para que se acercase y así poder abrazarle y darle un par de besos.

Con el ímpetu de la mujer Ataulfo tuvo que apartar la mano de su rostro. En ese momento el marido se acercaba como desorientado.

-Muchísimas gracias. Todavía quedan buenas personas en este mundo. ¿Podría hacernos sólo un favor más? ¿Sería tan amable de recoger nuestros bastones y dárnoslos? Sin ellos estamos bastante perdidos.

En ese instante Ataulfo se dio cuenta de que eran ciegos. La pareja le comentó que tenían que recoger un paquete en la terminal de SEUR y nuestro amigo se ofreció gentilmente a acompañarlos. Después de recoger los paquetes, Ataulfo les acompañó de vuelta a coger el autobús, y durante el camino tuvieron una charla entretenida y fueron muy amables y simpáticos con él. Al despedirse le dieron su número de teléfono y le pidieron que acudiese el próximo fin de semana a una fiesta que iban a celebrar en la sede de la asociación de ciegos con motivo de la acogida de nuevos miembros. Le indicaron que también podían ir videntes. Entonces Ataulfo intentó buscar una excusa y la anciana pareja le pidió que aunque no fuese en esta ocasión, no dejase de llamarles. Cuando nuestro hombre volvía a casa, no le importó percibir la incomodidad de la gente que le rodeaba en el

autobús. Por primera vez se había sentido a gusto entre personas diferentes de sus padres y por primera vez él se había sentido una persona más.

Ataulfo no fue a la fiesta, pero sí se puso en contacto con la pareja de ancianos y se ofreció para acompañar al grupo de invidentes en alguna salida que hiciese, si no encontraban otro guía disponible. No tardaron en buscarle ocupación, y no fueron una ni dos las salidas que hizo con sus nuevos amigos. Y mantuvo largas conversaciones con todos ellos. Nuestro hombre dejó de ser un ermitaño. No le importaba dar miedo a la gente, pues así nadie se metería con sus indefensos amigos. Y aún las cosas le fueron mejor cuando un buen día le presentaron una preciosa cieguita que se había incorporado a la excursión. Pronto Ataulfo y ella se hicieron amigos. Además nuestro hombre descubrió que Elena, la linda invidente, tenía una gran cultura literaria pues leía mucho en braille y no tardaron en formar una tertulia literaria con otros aficionados a la lectura del grupo. Ataulfo y Elena se fueron encariñando y un día anunciaron a todos que eran novios. Entonces nuestro hombre decidió que tenía la felicidad a su alcance y que podría aspirar a lo que cualquier otro hombre en el mundo, y dejó de sentirse triste. Aunque en ese instante también sintió lástima por todos los seres que tenían miedo de él. Comprendió que los seres humanos tenemos miedo a lo desconocido, y que el problema es que muchas veces no queremos abandonar nuestros prejuicios para llegar al conocimiento de las cosas y las personas. Y fue esto lo que le pareció digno de lástima. Pero desde entonces nuestro amigo halló toda la paz y la felicidad que puede alcanzar un hombre.

Gerardo Monedero Rodrigo

EL MONSTRUO DOLIENTE

Qué tonto sentir miedo del dolor. El dolor es un aviso, una señal de peligro. Una difícil conquista de la evolución para hacernos conscientes de nuestra vulnerabilidad, para sentir los daños y rehuirlos.

Pero sentimos miedo del dolor. Todos o casi todos, salvo los masoquistas con su enfermiza fascinación por el sufrimiento propio o

los sádicos, tan cómodamente instalados en la contemplación de los padeceres ajenos.

Locuras aparte, el miedo al dolor está presente en todos los humanos. También en los animales que lo sienten y que adaptan sus comportamientos según el reflejo pavloviano para evitarlo en la medida de sus posibilidades. La rata aprende el camino de su laberinto artificial por evitar el castigo. También en el pasado la letra entraba con sangre. El castigo físico y el miedo al dolor consecuente han sido la base de las torturas, de las confesiones forzadas y de no pocas obsesiones adquiridas e invencibles.

Quizá nos avergüenza ese miedo. Es un síntoma de nuestra animalidad. El instinto de protección va más allá de la inteligencia o la voluntad. En muchos pueblos es digno de admiración quien soporta el dolor con entereza o se somete a él voluntariamente. ¿Acaso no nace una parte del cristianismo de la sacralización del martirio?

Admiramos al valiente que se sobrepone al dolor. Admiramos su fuerza de voluntad, su espíritu indómito que no se rinde al sufrimiento. Pero la mayoría de nosotros nos rendimos al dolor. ¿Cobardía? No creo. Es algo más. El dolor está diseñado por la naturaleza para ser evitado. Los animales lo rehúyen, el hombre lo teme. ¿Por qué avergonzarse de él? ¿Sería mejor carecer de sensibilidad y pasar por las mutilaciones de un accidente sin darnos cuenta? Es curioso, para algunos eso sería una delicia: les asusta más el dolor que las consecuencias que su presencia anuncia. Otros, al menos teóricamente, comprendemos que el dolor nos hace sentir vivos. Vivos aún, a la espera del daño final. La vida duele, no la muerte. Pero bastarían unos instantes de insoportable dolor para que quizá cambiásemos de opinión y prefiriésemos la tranquilidad pacífica de la muerte a una vida doliente y enloquecedora.

MIEDO ESCÉNICO

Nunca ha sido mi intención empezar cada poema
con una retahíla de negaciones
o renegociar mi mortalidad con algún dios pagano
a través de unas líneas que, quizás,
no llegue a leer nadie.

Evito decorar las palabras para hacerlas inteligibles,
intento pensar metáforas
y sólo salen comparaciones imposibles.
No estoy dispuesto a buscar el entretenimiento
de una clientela inexistente.
Si alguna vez llego a leer esto ante un público expectante
¿Cuáles serán mis palabras?
-Lo siento, no os entiendo.
No digo nada que sea importante,
tal vez para mí, para mis sueños,
pero vosotros, deberíais estar paseando
o viendo al último ganador de algún concurso
de audiencias imbatibles.-
Ningún pensamiento logrará nunca tanta atención.
¿Para qué sirve un libro de poesía que no hable de amor?
Puede que para poder entrelazar los tropiezos
y convertirlos a algo parecido a un paso acompasado,
para plasmar cada tramo de existencia
y, al menos, intentar entenderla.

Antonio Jesús López Jiménez

MIEDO A LA LLUVIA.

No intentes enterrar el dolor: se extenderá a través de la tierra, se filtrará en el agua y te envenenará la sangre. Las heridas se cierran pero siempre quedan cicatrices más o menos visibles que volverán a molestar cuando cambie el tiempo recordándote en la piel su existencia y con ella el golpe que las originó. Y el recuerdo del golpe afectará a decisiones futuras, creará miedos inútiles y tristezas arrastradas, y tú crecerás como una criatura apagada y cobarde. ¿Para qué intentar dejar atrás la ciudad dónde estuviste? ¿Por la vana esperanza de que en otro lugar, con un clima más benigno ya no dolerán las cicatrices? A tu alrededor se alzarán las mismas ruinas de tu vida, porque allá donde vayas llevarás la ciudad de la lluvia contigo.

Son palabras que recuerdo haber leído. Algunas supongo que se escribieron hace años. Otras las leí hace poco. Al fin y al cabo todo

lo que se escribe acaba por ser una nota a pie de página de algo escrito antes. Existe un solo tema, la vida, y todos nuestros actos, nuestros pensamientos, nuestros recuerdos, nuestros miedos, nuestras desgracias, nuestros amores no son sino repeticiones de otros ya acaecidos y, por eso, siempre encontramos en algún libro la respuesta a alguna de nuestras preguntas. Pero no entenderemos nada de lo escrito en tanto no lo hayamos vivido de un modo u otro y me parece que yo ahora y sólo ahora empiezo a comprender frases leídas hace tiempo.

Salí de mi ciudad sin razones de peso que me impulsarán a poner tierra de por medio. Cuatro años de carreras para medio hacer dos carreras que, según la gente, me auguraban un brillante futuro. Pero yo me sentía llena de datos y apuntes y vacía en emociones y sensaciones. Comencé a sentir mi propia ciudad, dorada y hermosa de día y luminosa y movida de noche, como una jaula. Y lo curioso es que lo tenía todo para ser feliz: unos padres estupendos, un novio ejemplar, amigos de verdad, compañeros de estudios por duplicado, juventud... Pero necesitaba huir, desconectar, hacer algo que supusiese un cambio; tenía la sensación de que me perdía algo... por supuesto, no tenía ni la más remota idea de qué era, ni de dónde debía buscarlo. Así es que, lo pensé rápido (como casi todas las decisiones importantes en mi vida) y solicité una de las becas que daba la universidad. Mi expediente, conseguido a base de exámenes esmaltados de frases grandilocuentes e ideas plagiadas que demostraban mi condición de estudiante culta y leída, me permitió elegir entre dos ciudades: Ámsterdam y Bergen. Me decidí por Ámsterdam entre otras cosas porque *mi cultura* ni siquiera situaba Bergen en el mapa a pesar de ir acompañado de las siglas NW. Ámsterdam (HO) sonaba a estudiantes, canales, bullicio y, claro, queso, tulipanes y molinos. De Bergen no sabía absolutamente nada. Y elegí Bergen. Por la simple razón de que la capital holandesa ofrecía dos plazas y una compañera saltó a mi alrededor gritando lo genial que lo pasaríamos las dos juntas. De modo que acabé en Bergen (Noruega) por casualidad o cabezonería, según quiera verse.

Despegué de Madrid una soleada mañana de enero. Aterricé en Bergen una gélida y lluviosa tarde del mismo enero. El trayecto Madrid-Ámsterdam lo recuerdo como una de esas estúpidas anécdotas difíciles de olvidar que todavía hoy arrancan en mi una sonrisa. Me tocó sentarme al lado de una pareja insufrible de pijos turolenses afincados en Madrid que viajaban para "salir con los molinos". Tendrían unos treinta años y eran los típicos recién casados que permanecen cogidos de la mano hasta para ir al baño. Traían un cámara cada uno y se pasaron el viaje hablando de cómo utilizarlas y haciéndose arrumacos de quinceañeros. Pensé que alguien debería sugerir a las compañías aéreas un sistema de compatibilidad de asientos. Uno rellenaría un formulario con datos como: edad, profesión, música preferida, último libro leído, hobbies... aunque también sería divertido incluir preguntas como "¿viaja solo?; ¿cree en el arte?; ¿juega al ajedrez?; ¿es vegetariano?; ¿ha practicado el sexo en grupo?; ¿sabe montar en bicicleta?; ¿le gusta el olor a humedad?; ¿vuela usted por primera vez?; ¿se considera solidario? Si este formulario existiese, la compañía habría sentado a la parejita al lado de un yuppie pegado a su ordenador y a mí junto a una pareja de maricas o una chica fea y nostálgica que viaja a Holanda para olvidar a su novio y enseñar inglés. El caso es que tuve que aguantar a los amantes de Teruel y apenas me dio tiempo a nada. De Ámsterdam a Bergen fui con la nariz pegada al cristal de la ventanilla sin acompañante... con la única compañía de los kilómetros que dejaba atrás y la inquietud que ofrece la novedad.

A los tres días de llegar me derrumbé y la intensa y distinta vida que yo había imaginado se esfumó por completo de mi mente. Por eso mis primeras semanas se me aparecen en el recuerdo como una especie de borrón, un montón de horas húmedas y grises que transcurrían en monótona sucesión; días iguales entre la universidad, mi cuarto y mis escasas salidas a la cocina común, tratando de darme a entender con un montón de estudiantes que hablaban perfectamente inglés. Me dolía la cabeza por el esfuerzo de pensar en otro idioma, por la permanente lluvia, la escasa luz... y porque me sentía tremendamente inútil y sola. Odiaba el agua que caía inmutable

y permanente. Me parecía tan triste ver llover y llover. Creo que lloré tanto como las nubes de la ciudad que me acogió.

Hasta que un día, después de casi tres semanas, no esperé el autobús de vuelta a la residencia. Cambié de idea y bajo la lluvia me puse a pasear sin rumbo fijo. No buscaba nada, no iba a ningún lugar. Sólo pensaba que yo había decidido estar allí y que era una pérdida de tiempo no vivirlo como algo positivo. Llovía de una forma extraña. O al menos a mí me lo pareció, aunque así venía haciéndolo desde que llegué. Era una lluvia constante pero serena y fina, tremendamente vertical, sin truenos ni relámpagos como avisando de que iba a ser eterna. Miré al cielo y cerré mi paraguas. Y paseé. Y caminé hasta calarme por las calles sombrías, tapizadas de musgo y maderas de colores, de tejados a dos aguas y pequeñas ventanas sin cortinas. Una ciudad pobre en luz, helada y lóbrega pero poseída de una atmósfera de intimidad que yo nunca había sentido en plena calle. Y, por primera vez desde que llegué, me sentí feliz de estar allí y asimilé la profunda calma que el olor a yedra imponía. Me propuse asistir a todas las fiestas a las que me invitaran, visitar mil lugares aunque fuera pegada a mi paraguas y prometí repetir aquel paseo bajo la lluvia.

Pero la lluvia noruega y yo nunca más volvimos a pasear a solas. Por eso hoy su recuerdo me delata y me da miedo. Porque me fui de Bergen sin cumplir mi promesa. Porque tengo una deuda con la lluvia de aquella ciudad. Hasta esa tarde yo asociaba lluvia a cielo. Ahora la lluvia es su nombre.

Fue a la semana siguiente, en una de esas fiestas estudiantiles en las que tanta gente se debe haber emborrachado y enamorado por primera vez. No fue nada mágico, ni romántico, ni inmediato. De hecho me pareció un híbrido extraño, mezcla de japonés, latino y americano que resultaba desde el punto de visto físico apeteciblemente raro. Recuerdo que me gustó mucho su voz y, sobre todo, su sutil manera de corregir mi "spanishenglish". Comenzamos hablando en inglés y él enseguida se percató de que yo era española (lo cual denota lo mal que hablamos los españoles). Después asistimos a varias fiestas, encuentros programados, visitas espontáneas (que luego resultaron ser planificadas) y poco a poco, supongo que de manera no muy diferente al resto de los mortales,

fuimos conociéndonos. Hasta que, como el resto de los mortales, una noche acabamos acostándonos los tres. Y fue especial. Porque supongo que no mucha gente se ha acostado con un hombre y un oso polar (a la vez, quiero decir). Alex es la lluvia. Alexito el oso polar: blanco, suave, pequeño... una marioneta a la que él daba vida y que me contó todo lo bueno de aquella ciudad y aquel país. Alexito me relató esa noche todo lo que se podía hacer un día de lluvia: comer helados, chapotear sobre los charcos, coger caracoles, mirar el fiordo, cocinar con canela...

Y, sin embargo, a partir de entonces pasamos muchas tardes los tres resguardados de esa lluvia y del frío, yo enroscada junto a ellos cerca de la ventana, holgazana y perezosa como la gata que él decía que era...*"my little cat", "my sweety cat" "I am your cat"*. Fui su gata, su alumna, su niña, su deseo. Él mi maestro, mi guía, mi veleta, mi pintor. Llegué como un lienzo en blanco y él dibujó en mí todo lo que quiso, un paisaje a su gusto que era también de mi agrado. A su lado yo no tenía pasado. Era una ingenua y paleta chica española ávida de saber, ver, conocer y hacer. Alex, con 28 años había estado en 29 países, hablaba tres idiomas y estudiaba un máster en Relaciones Internacionales.

Al principio le admiraba profundamente. Admiraba su cultura, su sentido del humor, su astucia, su alegría, su iniciativa, su talento con los ordenadores, su música, su cocina, su bondad, su tranquilidad, sus refinados modales, su forma de besar, tocar y amar. Después comencé a desearle de una manera casi enfermiza. Él me llamaba, me apetecía a todas horas y yo deseaba que lloviera y lloviera para quedarnos en casa y cocinar y hacer el amor y deshacer la cama pequeña e incomoda. Cuando le esperaba me dopaba mirando sus cosas, esnifando sus camisas que olían a perfume caro, escuchando sus discos y tratando de rastrear en el pasado limpio e interesante que él ya me había contado. Un pasado que nada tenía que ver con lo cotidiano y casi anodino del mío.

Nada más verle entrar me apetecía besarle, morderle, chuparle, impregnarme de cada centímetro de él: *I fancied him*. Lo deseaba con la misma urgencia imperiosa con la que un niño se siente incontenablemente atraído por un kiosko. No podía ni explicarlo ni

remediarlo. Ni tampoco me esforzaba mucho por evitarlo. El siempre olía a lluvia y rododendro, a sudor húmedo y glándulas de Skene.

Daba igual la hora que fuera. Siempre llovía y mi deseo era más intenso cuanto más intensa era la lluvia. Alex traía helados mojados y casi deshechos de esos de cucuruchos enormes y mientras los chupábamos, nos lamíamos y él me contaba con su voz anaranjada lo que iba a hacer conmigo. Me hacía sonreír casi avergonzada, pero cuando la huella de su lengua se posaba sobre mí, un sentimiento de piel inevitable me arrastraba hacia él y me convertía en una alumna sin dudas ni prejuicios. Dispuesta a aprender, a convertirme en gata o esclava, a suplicarle, a exigirle o a evaluarle. Dispuestos a amarnos enteramente. Y sólo recuerdo escuchar nuestras respiraciones entrecortadas, nuestros susurros de promesas increíbles y... y el ruido de la lluvia al caer. El tiempo se diluía en cada gota y yo, entre las yemas de sus dedos y su saliva me volvía agua. Agua tan pura y salvaje como los riachuelos que corrían por las aceras de un Bergen continuamente encenagado.

Al principio era él quién sugería, proponía y actuaba en todos los ámbitos, no sólo en el sexo. Yo era la novata, pero a pesar de ello pronto fui aprendiz aventajada y le mostré que yo también tenía cosas que ofrecer. Le enseñé lo que era un embozo, algo desconocido en aquella tierra tan amiga de los edredones. Y opinó que aquello era como un sobre, un sobre para guardar tesoros *"como tú"* decía. Desnuda, sin almohada, sin pinzas en el pelo, sin miedo a nada era sencillamente un tesoro feliz, perteneciente a aquella cama como los bordados de las sábanas que nos arropaban. Puede parecer ilógico, pero me sentía bien creyéndome un regalo entregado en un envoltorio de sábanas y mantas. Yo le contaba cuentos inventados y él me hablaba de paisajes, países y proyectos comunes que yo, a veces, no quería creer. Porque quizá mi error está en pensar que nunca nada puede ser del todo perfecto. Nos respetábamos, nos cuidábamos, nos deseábamos, nos reíamos, nos enfadábamos, nos viajábamos el uno al otro...

Creo que siempre me gustó el sexo. Es tan lícito y lo veo tan sano como que me gusta el deporte, la pasta o la música... pero con él comenzó a ser una necesidad, una dependencia, una droga de la que yo

necesitaba varias dosis diarias. El sexo une mucho, había oído decir yo; pero a nosotros no nos unió: nos encadenó. Nos hizo adictos el uno al otro. Apenas dos meses más tarde adoraba que lloviera. Porque era excitante llegar calados por fuera y húmedos por dentro. El pretexto perfecto para cambiarnos de ropa y aprovechar la desnudez y perder la noción del tiempo, y dormirnos abrazados y saltarnos las clases y luego tener que estar frente al ordenador de madrugada para traducir mis trabajos. Yo redactaba en español y él pasaba directamente al inglés. Emborrachábamos el texto de datos, consignas y fechas. Escribíamos esas tonterías pretenciosas que siempre embelesan a los profesores y conseguíamos nota. Y yo le decía: *"hemos sacado un notable"*, porque la nota era más suya que mía.

Veíamos amanecer y acudíamos a clase recién follados, duchados y desayunados, sin apenas haber dormido. Más de un día me quedé adormilada en el autobús que me llevaba a la facultad y el conductor, amable y complaciente, sonreía como si hubiese sido testigo mudo de nuestra noche, como si intuyese lo feliz que me hacía sentir aquel intenso cansancio.

Los muchos días de lluvia se nos pasaban entre las pocas clases, las visitas al supermercado, los partidos de squasch, las salsas y comidas a la mexicana y las gotas de lluvia, sudor y semen. Los escasos días soleados aprovechábamos para conocer los alrededores de la ciudad, coger flores de mil colores y comer helados y raiders. Yo jugaba a ser su niña y, si me portaba bien y no me confundía hablando inglés, él me premiaba con un raider o un beso de sabores que yo debía adivinar.

Y los meses fueron pasando como pasan las hojas de un libro en manos de un ávido lector. La lluvia en mayo fue remitiendo y yo comencé a disfrutar del mejor regalo que me han hecho nunca: una vieja bici blanca oxidada y chirriante que yo misma había encontrado abandonada. Desde el principio me gustó, fue un auténtico flechazo, aunque estaba tan enferma que no creí que volviera a rodar. Dos tardes después llegué como siempre a la calle empedrada en la que medio vivíamos. Él me abrió la puerta y tras sus piernas vi la vieja bici con un gran lazo rojo. La cadena era nueva y los frenos habían sido

reparados. La había pintado pero conservaba ese blanco roto y brumoso que me había cautivado, un blanco niebla como el color de Bergen. Seguía siendo un cacharro viejo y destartalado pero rodaba. Y fuera llovía, llovía, chof, chof..."Mañana la pruebas o pruébala por el pasillo". "No, ahora, ahora..." "Esta diluviando". "No, ahora, quiero ahora, ¡vamos fuera!". La calle estaba desierta y empantanada. Los adoquines brillaban intensamente como si alguien se hubiera esmerado en sacarles brillo y la luz de las farolas avisaba de que el compañero paraguas se hacía imprescindible. Salí sin nada, ni siquiera el chubasquero azul. Calle adelante y atrás, atrás y adelante, giré sin brazos y sólo decía: "¡funciona, funciona, mira como rueda, mira como frena!". Mis ojos se llenaron de lágrimas y estoy convencida de que si la felicidad se pudiera definir con un momento, yo escogería ese momento. Después, aún cansada, brindamos con vino barato por aquella bicicleta. Lo probé después de que él diera el primer sorbo y al poco nuestros labios se enredaron e hicimos el amor de una forma detallista y esmerada, casi conyugal. Nada parecido a los encuentros espontáneos y salvajes con los que solíamos recibirnos cada tarde. Lo recuerdo especialmente porque fue de una dulzura envolvente y felina, sin impaciencia, sin la novedad apresurada y febril de los primeros meses, sin la prisa acelerada y excitante de follar de madrugada a contrareloj.

A la mañana siguiente me levanté con su perfume en mi piel. Me pasé el día obsesionada, olisqueándome, intentando mantenerlo vivo, captarlo para siempre en el olfato. Y sé que aún hoy, si oliese su piel podría recordarlo de manera exacta.

Junio se apresuró en llegar. Ese mes apenas llovió y yo no volví a pasear sola. Remamos en el fiordo y en nuestras cinturas, cocinamos *mussels* y cuentos y nos atracamos de promesas redondas. Pero yo era consciente de que debía regresar a pesar de que Alex daba por seguro que me quedaría (¿debería haberme quedado?). Yo daba por seguro que junio sería eterno. Pero no lo fue. Igual que la lluvia remitió, los días acababan a pesar de que intentábamos darle esquinazo a cada noche y prolongarla. Quité el calendario de mi vista como pensando que así el tiempo se detendría. Ese mes paseamos

mucho, aprendimos canciones y palabras en inglés y recorrimos nuestros cuerpos sin peajes ni aduanas una y mil veces.

Bendita sea la pasión y su desorden. Maldito sea el tiempo y su impaciencia. No quise comprometerme, tuve miedo a arrastrarle tras de mí porque no tenía nada que hacer "en mi mundo" a pesar de que él mostraba un certero convencimiento en venirse a mi país si no nos quedábamos en aquel paraíso neutral. Me prometió retrasar los relojes, modificar el mapa, quererme siempre y besarme temprano cada mañana. Pero los sueños que él había ido coloreando yo los tinté de negro ese veinticuatro de junio. Yo no pude prometerle nada. Fui cobarde y despiadada. Demasiado lógica y razonable. Debí perder la cabeza.

Me acompañó muy temprano al aeropuerto dejando atrás las casas de madera y los tejados de pizarra gris. Las calles parecían alargarse con la niebla y mis ojos evitaban mirarle como creyendo que así notaría menos mi traición. Arrastraba mi maleta de ruedas y no sabía si me pesaba más por lo cargada que iba o porque la tristeza y los recuerdos se amontonaban sobre mí. Supongo que sólo iba cargada de eso.

Entonces volvió. Noté como un millón de gotas diminutas me empapaban la nariz y el pelo. En principio lo agradecí porque así mis lágrimas se confundirían. Pero luego lo pensé. Y es que la misma lluvia que me recibió en enero y me acompañó aquella tarde fue la que me despidió en junio. Y me recordó amenazante y altanera, que no había cumplido mi promesa.

Bergen me enseñó a amar la lluvia... aunque hoy, aún hoy, todavía me da miedo recordarla.

Pipiola

EL MONSTRUO TELEVISIVO

La vomitiva programación de nuestras queridas televisiones me tiene comida la moral. Me asusta convertirme en uno de esos idiotas sin criterio que permanecen durante horas pendientes del infumable programa de turno. Le ha ocurrido antes a millones de personas aparentemente normales que cayeron hipnotizadas por la

caja tonta. Me acojona pensar que yo pueda ser el siguiente. ¿Debería mantener apagado siempre el aparato? ¿Destruirlo? No soy capaz. Ha de ser que empiezo a caer víctima de su embrujo.

Me asusta la tele, lo reconozco. Pero aún me asustan más todos esos ejecutivos que dicen dar al público lo que pide –como si la moral o el amor propio de quien decide no tuvieran importancia- y hacen girar una y otra vez la rueda de lo permisible, condenando innumerables almas a la esclavitud a cambio de unos miles o millones de euros. Por favor, doctor Frankestein, lobotomíceme rápido, antes de que las ondas hertzianas –o el moderno código binario de lo digital- devoren lo poco que queda de mi cerebro. Evíteme el sufrimiento de contemplar impotente mi propia idiotización.

ÉCHALE CAÑA AL VIVIR QUE SON DOS DÍAS Y TRES CAFÉS (PEREZA)

Homenaje a la música española (su carta)

Te creerás que soy alguien especial soy un chico de la calle que vive su canción.

Canciones escritas con letras de fuego que hacen posible llevarte dentro.

Que se vaya el mundo al traste si no estás tú. Lo estás haciendo muy bien.

Coge el viento en una mano y en la otra ten tu libertad.

No dejes de sonreír no dejes de provocar olvida el pasado gris demuestra tu calidad.

Si quieres hoy puedes venir hay una fiesta para ti a tu ventana treparé si no la cierras esta vez **Y** soy capaz de entrar en tus sueños volar por el cielo, caminar sobre el mar y de pronto hacerme de carne y hueso para que tú me puedas acariciar.

El botones me hace una señal dice que me llaman te voy a tener que dejar. Un martini más y marcharse doscientas millas aún por recorrer **c**reo llegado el momento y me tendréis que excusar amigos, estoy contento pero tengo que irme ya.

Ahora ya sabes como soy donde deje mi corazón.

Ese beso entregado al aire es para ti.

Desde un rincón del mundo… brindo contigo… salud!

Brindo por todas las canciones que me han enseñado a vivir. Salud!

Alicia

P.D.: Esta carta está escrita con las letras de las canciones de Loquillo y los Trogloditas, La Frontera, La Granja, Semen Up, La Dama se esconde, Nacha Pop, La Guardia, Alex y Cristina, Alaska y Dinarama, Danza Invisible, Los Limones, Radio Futura y Los Rodríguez y la han escrito para **TI**.

MIL MILLONES DE MUERTES

Entre las necrológicas del periódico local de la mañana apareció hace poco un mensaje verdaderamente curioso:

La Sociedad Esotérica de Haro, se conduele profundamente por la muerte de su presidente y miembro fundador don Emilio Goroso, amado por sus familiares y amigos. ¡Dios lo tenga en su gloria!

Como no cabe ser de otro modo, la muerte del señor Goroso es el final de una historia, pero de una historia aún más extraordinaria que la extravagante nota del periódico.

Hay que decir, en primer lugar, que Emilio Goroso fue un personaje cuando menos notable. Baste decir que si fundó una Sociedad Esotérica en su pequeña ciudad riojana fue precisamente porque era un completo escéptico respecto de todos los temas referentes a lo sobrenatural.

Emilio Goroso era hijo de unos ricos comerciantes de la ciudad y dedicó su vida a trabajar lo menos posible para conservar el negocio familiar en una situación más o menos saludable. En realidad, apenas arriesgó su dinero, salvo para realizar algunos negocios y obras que cualquier persona sensata habría calificado como locuras. Pero, locuras o no, son las obras de Goroso que pueden despertar un cierto interés.

Un ejemplo es la propia Sociedad que él fundó. Sólo por apoyarla, se hizo con una imprenta en la que editaba su revista mensual y en la que pretendía publicar determinados libros por los que sentía especial interés. Entre sus planes de impresión, estaba la publicación de una edición de bolsillo del temible Necronomicón. Pasó toda su vida buscando aquel conocido compendio de horror pero, por

fortuna para todos, no lo encontró y su morboso negocio, que quién sabe si habría llegado a resultar exitoso económicamente, quedó como una simple idea macabra. Según él, dicha publicación era necesaria para acabar con todo signo de oscurantismo en la sociedad moderna. Ni que decir tiene que los horrores sin nombre incluidos en la obra de Abdul Alhazred no le inspiraban a Goroso el más mínimo respeto. Como ya se ha dicho, se declaraba incrédulo ante todo lo sobrenatural.

Sin embargo, su despreocupación acerca de los temas por los que se interesaba su Sociedad, las burlas que, a veces, hacía de los mismos, tuvieron su castigo y penitencia que concluyó con la aparición de la nota necrológica que se incluye al principio. Como es precisamente el final de su vida lo que resulta de un mayor interés, bueno será abandonar las otras facetas de la vida de Goroso y centrarse en las circunstancias que lo condujeron, puede decirse sin ningún género de dudas, a una dramática existencia y una muerte espantosa.

Todo comenzó, o empezó a terminar para él, durante la vigesimocuarta sesión especial de la Sociedad Esotérica. Aquellas reuniones especiales, en las que se hacía sumario de las investigaciones realizadas y donde se presentaban las mayores novedades en parapsicología, espiritismo y esoterismo, se celebraban cada tres meses, de modo que aquella sesión era la que celebraba el sexto aniversario de la Sociedad y en ella se presentó un hallazgo que parecía un buen presente para la celebración.

El doctor Antonio Ibarra, parapsicólogo no registrado en ninguna universidad pero que se había otorgado por voluntad propia aquel título, anunció el hallazgo de una de las más importantes obras en la historia del ocultismo. El señor Ibarra era el máximo opositor de Goroso en las sesiones de la Sociedad ya que, contrariamente al presidente de la asociación, era absolutamente permeable y crédulo para cualquier idea fantástica o esotérica, incluyendo los casos de falsedad mejor probada. No era extraño, pues, que Goroso esperase divertido la exposición del señor Ibarra con el convencimiento de que esa iba a ser una buena ocasión para burlarse de aquel ingenuo. Tal vez Goroso no tenía mala intención, pero lo cierto era que siempre

exacerbaba al señor Ibarra. De modo que, cuando el señor Ibarra anunció el hallazgo de una copia manuscrita de un famoso libro de brujería cerca del monasterio de Santo Domingo de la Calzada, Emilio Goroso, si bien sorprendido por lo importante de aquel acontecimiento, solicitó inmediatamente la presentación del volumen con el fin de ojearlo y reírse a costa de las sandeces que contuviera.

El señor Ibarra pidió a otro de los socios, su discípulo Manuel López, que extrajera el libro del maletín que llevaba. Cuando el acólito mostró el recio volumen encuadernado en piel y con juntas de metal, un rumor de admiración se elevó entre los socios presentes a la par que Goroso esbozaba una sonrisa sardónica. El libro no era otro que el De Vermis Mysteriis de Ludwig Prinn, uno de los más oscuros y espantosos volúmenes esotéricos conocidos.

Tal vez en esta ocasión Emilio Goroso volvió a pensar en su idea de una edición de bolsillo o cualquier locura similar, pero, aparentando seriedad que no traslució en sus palabras, dijo:

-Y bien, maese Ibarra, ¿qué ha descubierto en este pozo de ciencia?

Ibarra carraspeó incómodo ante el sarcástico comentario del presidente y mecenas de la Sociedad pero se calló. Goroso, de nuevo sonriente, extendió el brazo para coger el libro y nadie se lo impidió. Abrió el volumen por una página al azar y se entretuvo unos minutos pasando las hojas y comprobando la calidad de la caligrafía, leyendo mentalmente algunos fragmentos de los numerosos conjuros que aparecían incluidos en el volumen. El libro estaba escrito en latín y algunas pequeñas miniaturas, inesperadas en un libro de su clase, decoraban sus márgenes, prueba inequívoca de que el copiador fue un monje prerrenacentista que a su labor de amanuense añadió la menos penosa tarea de dibujante. Resultaba un hecho curioso, por cuanto que la iglesia siempre fue contraria a tales textos, tanto a su posesión, conservación y copia. Goroso se entretuvo leyendo los altisonantes pasajes y sonriendo para sí. Al cabo se detuvo ante un párrafo y levantó la vista del libro para dirigirla a Ibarra.

-Señor Ibarra -dijo con una sonrisa-, no le gustaría que lanzase sobre usted la Maldición de la Muerte Negra; por lo que aquí dice debe de ser horrible.

Goroso hizo ademán de que iba a comenzar a leer hasta que Ibarra gritó un "¡No!" desesperado que hizo al presidente de la Sociedad echarse a reír a carcajadas. Miró a Ibarra y lo vio verdaderamente nervioso, casi aterrado, con la frente perlada de sudor y los ojos saltones.

-¡Pero, por Dios! -estalló Goroso, entre divertido y paternal- ¿No me irán a decir que creen en estas tonterías? –preguntó al auditorio- Pues yo no. Veamos -dijo y volvió la vista al libro-. Hago caer sobre mí la Maldición de la Muerte Negra, la muerte en vida, las mil muertes que me acompañarán hasta la muerte final y la muerte oscura tras cada una de las muertes.

Goroso había traducido directamente del latín, leyó en voz alta, ignorando las histéricas advertencias de Ibarra y alguno de sus amigos. Después alzó la vista alrededor y, sonriendo de nuevo, comenzó a leer el verdadero conjuro, redactado en una lengua extraña, demostrando a sus compañeros de reunión que tampoco creía en aquel milagroso poder que ellos otorgaban a las palabras y que hacía que el simple sonido pudiera ser, a veces, más importante que el sentido de los vocablos. Terminó de leer, simulando aplomo, y se echó a reír. Nada había sucedido. La sala estaba tan tranquila como antes y sólo desentonaban las miradas espantadas de algunos de los socios.

-Por favor -repitió envalentonado-. No me vayan a decir que creen en estas sandeces.

Nadie respondió y la reunión prosiguió entre el silencio temeroso de los crédulos y las burlas de los del partido de Goroso. Al final se redactó un acta de la reunión y el grupo se disolvió hasta la reunión habitual del mes siguiente, la última y que no llegaría a presidir el malogrado Goroso.

Desde esa noche y durante más de un mes, la vida de Emilio Goroso, incrédulo e impermeable a lo paranormal, se convirtió en un infierno.

Tras la reunión, Goroso y sus incondicionales, pasaron la tarde y la noche en una taberna, bebiendo y comiendo, celebrando la broma del Presidente. Entrada ya la noche, la nueva reunión concluyó con la retirada de cada cual a su casa, todos felices, mareados y soñolientos. Goroso fue directamente a la cama, se dejó caer sobre el

colchón sin desnudarse siquiera. Tardó un rato en dormirse. El alcohol y las emociones no favorecían precisamente su sueño. Pero finalmente se durmió.

Era como un sueño. Goroso se despertó sentado en su propia cama, vestido y muerto de cansancio. En su pesadilla dormía y escuchó entre sueños unos ruidos, como de pies arrastrándose. En sueños abrió los ojos, se sentó en su cama y miró enfrente. Todo estaba oscuro, pero aún se oían los pasos. De repente, sintió que unos ojos rojos, redondos y brillantes lo observaban. Cuando sus propios ojos se acostumbraron a la penumbra vio dos seres de fábula de pie ante su cama. Eran dos extraños personajes, casi iguales entre sí, de poco más de un metro de altura, de aspecto fiero, con cabezas achatadas, ojos rojos brillantes, sin nariz y con una enorme boca de labios carnosos que dejaba entrever unos dientecillos agudos y afilados. Goroso iba a sacudir la cabeza para eliminar aquella visión pero, inesperadamente, uno de aquellos engendros le habló con una clara voz de tenor:

-Has hecho caer sobre ti la Maldición Negra. Debes venir con nosotros.

Sin darle tiempo a replicar, las dos criaturas se aproximaron a él, lo sujetaron por los brazos -su tacto era frío y viscoso- y lo arrastraron fuera de la cama, llevándoselo con ellos, indiferentes a que caminase o no.

-¡Coño! Creo que he bebido más de la cuenta -musitó Goroso, divertido por lo que creía una pesadilla.

Los dos monstruos lo llevaron hasta la puerta de su cuarto. Curiosamente no había puerta, sino una negritud impenetrable, bordeada por un halo de luz verdosa en el marco de la entrada. Cruzaron lo que debía de ser el umbral y se hallaron en lo que parecía una caverna, una gruta estrecha y sinuosa, fría y húmeda, de paredes afiladas y llenas de cantos agudos. Un olor penetrante a podredumbre le hizo sentir náuseas. Pensó en lo escasas que eran las sensaciones olfativas, si es que existían, en la mayoría de sus sueños. Las dos criaturas de su pesadilla lo condujeron hasta el fondo de la gruta y apoyaron su espalda contra una pared helada. Antes de que pudiera

resistirse, uno de los extraños personajes colocó grilletes en sus muñecas, mientras el otro le encadenó igualmente los pies.

-Jamás había tenido un sueño tan sádico -murmuró Goroso cuando vio que uno de aquellos seres empuñaba una enorme daga que aproximaba a su cuello.

El monstruo no dijo nada, se limitó a observarlo con sus penetrantes ojos rojos y Goroso creyó ver en sus labios una mueca que podía ser una sonrisa. Acercó el cuchillo a su cuello, por encima de la nuez y, sin previo aviso, apoyó el filo en la piel y dio un tajo profundo que le heló la sangre a Goroso. Incrédulo, sentía como su sangre brotaba a borbotones de la enorme herida de su cuello a la par que sus miembros se entumecían y todo él se agitaba incontroladamente en los estertores de la agonía. No podía respirar, se ahogaba y se desangraba, degollado como un cochino. Pronto despertaría de ese sueño inmundo. Era inverosímil que aquellas horribles sensaciones no le hubieran hecho levantarse de la cama como un poseso y gritar. Era todo tan real.

Pero no despertó. Perdió la visión y sintió un dolor de cabeza insoportable. Bañado en su propia sangre notó que la vida se le escapaba sin remedio.

-Disfruta de la Muerte Negra -creyó escuchar lejanamente. Todo se hizo oscuro pero el dolor había desaparecido. Aquello debía de ser la muerte dentro de su pesadilla. A Goroso le parecía increíble disfrutar de aquellas sensaciones en un sueño. Estaba sumido en la oscuridad, en un vacío absoluto, pero sentía como si se moviera a través de él, no por una inercia, sino por la convicción de ser arrastrado por una fuerza inexorable. Antes de poder juzgar la naturaleza de aquella fuerza, sintió que el poder que lo arrastraba lo había abandonado. Se sintió inmóvil dentro de la oscuridad y, antes de que pudiera pensar en algo, una oleada de sensaciones lo invadió y lo horrorizó hasta lo más profundo de su alma.

En aquella oscuridad aparentemente inmutable, sintió el peso de su soledad como una carga insoportable. Pero no estaba solo. En aquella nada informe, Goroso presintió la compañía de inmundas presencias, de gritos silenciosos, de horrores sin nombre que lo rodeaban por todas partes sin posibilidad de huir. El pánico se

apoderó de él, aunque llamarlo pánico sería demasiado poco, demasiado incorrecto. Lo que Goroso sentía no era un simple terror. Era una angustia infinita, la soledad más absoluta, la desesperación mezclada con un horror que abarcaba toda su existencia. Si eso era la muerte debía de estar en el más negro de los infiernos. Goroso sintió que las oscuras presencias se aproximaban a él, se reían en el silencio, lo llamaban al seno de su horror, lo atraían a su repugnante vacío. Goroso quiso gritar pero no pudo. Era incapaz de moverse, de verse, de oírse. Repentinamente se dio cuenta de que no existía, sintió que era parte de aquel horror innominado y quiso salir de allí, sabiendo que aquella ignominiosa sensación se prolongaría durante toda la eternidad, si es que el tiempo tenía algún sentido.

Goroso, de repente, se despertó sobresaltado en su lecho. Estaba sentado, respirando agitadamente, con los ojos muy abiertos y la boca seca. El corazón le palpitaba incontroladamente en las sienes y los ojos miraban al infinito, sin ver nada ante sí. Había sido una pesadilla, se dijo. Pero las sensaciones habían sido tan vívidas, la muerte tan real, tan dolorosa y a la vez tan dulce comparada con la oscuridad posterior, llena de horrores desconocidos, inevitables, infinitos. Aun ahora, despierto, solo en su habitación, vislumbrando la tenue claridad del amanecer a través de la ventana, se sentía espantado ante la posibilidad de que aquella horrible experiencia volviera a repetirse, aunque fuera en un nuevo sueño.

No volvió a dormirse, no se sintió capaz de afrontar el riesgo de una nueva pesadilla. Jamás había tenido un sueño tan horrible. Ni despierto había sufrido tanto en ninguna situación. Se levantó y esperó que la luz del día se extendiera cubriéndolo todo, borrando las sombras de la noche. Según avanzó el día, Goroso fue capaz de serenarse. Llegó a la conclusión de que aquella terrible experiencia nocturna fue una mala pasada de su subconsciente. La sesión del día anterior, su broma con la maldición, habían provocado la pesadilla. No se le ocurrió en ningún momento que la maldición se hubiera hecho realmente efectiva.

Por la tarde salió a dar una vuelta con los amigos, inconfesadamente espantado ante la idea de quedarse solo en casa. Bromeó con ellos acerca de su pesadilla y alguno, también en broma,

habló de la maldición y le aconsejó visitar al todopoderoso doctor Ibarra para buscar la cura a sus males. Goroso rió la ocurrencia pero cuando, al despedirse, regresó a su casa y a la soledad de su cuarto, no pudo evitar que una angustia irracional lo embargara.

Después de cenar, pasó varias horas intranquilo, incapaz de decidirse a ir a acostar, temeroso de que la pesadilla reapareciera. Al cabo, se acostó, diciéndose a sí mismo que no podía dejarse asustar por un simple sueño. No obstante, pasó media noche en vela, sin poder conciliar el sueño. Cuando por fin se durmió, ocurrió lo que más temía.

Volvió a despertarse al oír el ruido de pasos. Los dos monstruos aparecieron ante él y uno de ellos le pidió que los acompañara como víctima de la Maldición Negra. Esta vez Goroso se opuso con todas sus fuerzas pero los dos engendros lo arrastraron hasta la puerta. En esta ocasión no aparecieron en una negra gruta, sino bajo la noche estrellada. Goroso casi suspiró aliviado. Entonces vio que delante de él se elevaba un patíbulo en cuyo centro se encontraba una horca.

-¡No! -gritó sin poderlo evitar, temiendo tanto la horca como lo que, se temía, vendría tras ella: la espantosa oscuridad de la muerte.

Sus captores no le hicieron caso. Uno de ellos lo sujetó con increíble fuerza mientras el otro le ataba los brazos a la espalda con una cuerda en sus muñecas. Goroso se revolvió sin resultado, los monstruos lo arrastraron hasta el patíbulo, desollándole las rodillas e indiferentes a las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Pusieron la soga alrededor de su cuello y abrieron una trampilla bajo sus pies. Goroso sintió la soga cerrarse sobre su cuello, apretando hasta hacerlo crujir, mientras sus pies pendían en el vacío, agitándose a la par que el aire se negaba a entrar en sus pulmones. Sus labios quedaron exangües y su lengua se hinchó. Intentó gritar y sólo emitió un gorjeo agónico, pataleó desesperado y vio la mueca de sonrisa del monstruo.

-Disfruta de la Muerte Negra -repitió como la noche anterior.

Goroso, mientras colgaba de la cuerda a punto de morir, rezó por despertarse, pidió que no se repitiera la oscuridad horripilante.

De nada sirvió. En un instante pasó de la agonía de la muerte a la inocua oscuridad previa al horror visceral e insufrible que se repitió con toda la viveza de la noche precedente. Goroso se sintió solo, abandonado, desesperado y a la vez rodeado de presencias informes y malignas, espantosamente reales y temibles. Cuando, en la culminación de su horror, volvió a identificarse con ellas, se despertó sobresaltado, sudoroso y acongojado, sentado en su lecho, sin huellas de la soga en su cuello o sus muñecas. No le cabía duda. Era un sueño, pero el más espantoso de los sueños que amenazaba con repetirse indefectiblemente cada noche.

Goroso sintió tentaciones de llamar inmediatamente a Ibarra, al ingenuo del que se había burlado toda su vida, pensando que tal vez aquel hombre poseería la solución a sus males. No acudió a él y, con la llegada del día, el sufrimiento de la noche pareció difuminarse y vio las cosas más claramente. Todo había sido una horrible pesadilla, una obsesión subconsciente que amenazaba con perpetuarse en su sueño. Quizá la conversación de dos días atrás había disparado algún mecanismo inconsciente, más allá de su seguridad y escepticismo aparentes, que provocaba esas inmundas sensaciones. Decidió que, si las terribles noches se prolongaban, acudiría a un médico, tal vez a un psicólogo, a una persona de ciencia que remediara sus males sin necesidad de acudir a infantiles sortilegios o milagrerías. Agarrado a este pensamiento que le daba cierta seguridad, Goroso se sobrepuso a la horrible experiencia de la noche anterior. Bastaba con explicarla racionalmente para que los oscuros temores que lo rodeaban se diluyeran instantáneamente. Goroso fue capaz, incluso, de pasar en soledad todo el día, dedicado a las tareas de su desatendido negocio. Por la tarde, con febril determinación, se atrevió a plasmar en el papel, con mayor o menor fortuna, sus alucinaciones oníricas, como prueba fehaciente de los atavismos que aún acercaban al hombre civilizado a la bestialidad de la caverna ancestral.

Pero, al llegar la noche, el temor volvió a asentarse en mitad de su férrea voluntad. Todos los nebulosos fantasmas tomaban nuevamente una apariencia de temible realidad. Se sobrepuso a sus oscuros temores usando todos los argumentos racionales de que fue capaz y se comportó del mismo modo en que lo hacía todas las noches,

negándose a cambiar sus costumbres y modos debido a una simple pesadilla que se obstinaba en atormentarlo.

Por más que su cerebro se negara a aceptarlo, cuando se acostó sentía pánico. El temor de que los horrores despertasen de nuevo se sobreponía a toda su capacidad de raciocinio y a todas sus convicciones. Nuevamente, se resistió inconscientemente al sueño, pero el agotamiento y la tensión que había soportado lo vencieron. Se durmió, o tal vez creyó que se dormía. Le pareció que una breve discontinuidad en el tiempo separaba sus últimos recuerdos del sonido de los pasos agoreros que se aproximaban. Saltó de la cama envuelto en un sudor gélido, sólo para ver las dos contrahechas figuras de sus torturadores aproximándose a él.

-No, por favor. Sois sólo una pesadilla. ¿Por qué no podéis dejarme en paz?

La esperanza de que aquellos engendros elaborados por su cerebro se desvanecieran dejó pasó al horror cuando sintió las férreas manos de los monstruos contra sus brazos.

-Has hecho caer sobre ti la Maldición Negra. Debes venir con nosotros -repitió uno de ellos a modo de letanía.

Por tercera vez los monstruos se lo llevaron con ellos, le hicieron cruzar el umbral de la puerta y aparecieron en un lugar desconocido. Goroso recordó con toda su viveza el horror y la congoja que había tratado de dulcificar y olvidar durante el día. Recordar el sufrimiento atroz y la oscuridad llena de maldad y soledad hacía que se estremeciera convulsivamente. Pero los monstruos no se apiadaron de él. Los que él consideraba creaciones de su imaginación lo llevaron ante un pozo oscuro sin fondo visible. Uno de ellos le dio un empujón al interior. Goroso empezó a caer por una rampa rugosa, de negra roca, que le hacía descender vertiginosamente, sin posibilidad de detención, a través de un abismo inconmensurable. La voz del monstruo sonó en sus oídos con sorprendente claridad, sin distorsionar, a pesar de la distancia que le separaba de la boca del pozo: "Disfruta de la Muerte Negra". La rampa descendía como una escalera de caracol, con una pendiente cada vez más pronunciada. Goroso sentía las estrías de la roca hendiendo su carne, haciéndole gritar de dolor. De repente, tras varios eternos minutos de caída, el

pozo se iluminó gradualmente. La rampa se hacía más ancha cada vez, como si el túnel en la roca fuera a dar a una sala más grande. Goroso siguió desollándose en su irrefrenable bajada, deseando que el descenso no terminase nunca ni lo lacerara tanto como para dar paso a un nuevo episodio de la espantosa oscuridad. En el fondo, Goroso sabía y temía a la vez que ese sería el final de su angustioso descenso. Sus temores no tardaron en confirmarse. El túnel se hizo lo bastante ancho como para ver a lo lejos una cámara iluminada. Ante él intuyó una enorme gruta de un amarillo mortecino que lo esperaba al final de la caída. Sin discontinuidad, Goroso se vio disparado hacia la cámara, abandonando la precaria seguridad del túnel. La luz le permitió vislumbrar lo que le aguardaba al fondo de la gruta, allá donde lo atraía la caída inevitable. Apenas tuvo tiempo para exhalar un grito de dolor y horror por lo que le esperaba. En su acelerado descenso contempló los afilados cuchillos que cubrían el suelo de la caverna, esperándolo erectos para ensartarlo al final de la caída. Se estrelló contra ellos con un ruido viscoso y un instante de dolorosa agonía dio paso a la oscuridad temida, donde todos los miedos se convertían en el mayor de los sufrimientos. Tras un instante eterno de insufrible agonía en la oscuridad, presagiando ocultos dolores y malignas presencias, Goroso despertó en su cama por tercera vez, bañado en sudor y con todos los músculos crispados por el tremendo sufrimiento.

La noche, poco a poco, fue dando paso al alba, con la que no llegó la tan deseada tranquilidad. Goroso estaba demasiado afectado por sus pesadillas como para poder sosegarse. Acudió, histérico y desesperado, a su médico particular, sin esperar una cita previa. El médico se irritó con él y, aunque intentó olvidar el penoso incidente, no fue capaz de brindarle más ayuda que la de unos suaves sedantes.

Insatisfecho, Goroso acudió a un psicólogo, buscando la paz que la medicina no podía darle y una vía de escape a la necesidad de contar su terrible experiencia. El psicólogo lo recibió con palabras serenas y tranquilizadoras y escuchó pacientemente sus pesadillas sin dejar de tomar continuas notas. Al final de la narración, el psicólogo desató su labia profesional ante un Goroso pálido y desencajado tras revivir los sufrimientos de las últimas noches. El psicólogo se limitó a

tratar de interpretar aquellos sueños relacionándolos, inconexamente, con traumáticas experiencias de su paciente que este ni siquiera recordaba. Al cabo, exigió una cifra desorbitada por sus servicios y citó a su paciente para una nueva sesión. Goroso salió de la consulta más desesperado de lo que había llegado y temiendo que su estado se debía a una locura progresiva.

El resto del día transcurrió lastimosamente para el pobre Goroso. Apenas comió y no salió de casa. Al llegar la noche se negó a dormirse. Se quedó en el salón, sentado en una butaca, inmóvil, centrado únicamente en su decisión de permanecer insomne. Tuvo que admitir que el miedo había vencido a su racionalidad, pero no se planteó la posible utilidad de una agotadora noche de vigilia.

Goroso no tuvo en ningún momento consciencia de haberse dormido, pero en un momento determinado oyó los temidos pasos arrastrándose por el salón. Por cuarta vez consecutiva, los dos monstruos acudieron a él, que fue incapaz de decidir si estaba despierto o dormido. La pesadilla sólo concluyó cuando Goroso se descubrió sentado en el sillón, gritando incontroladamente. En aquella ocasión los monstruos lo sometieron a una tortura más larga y dolorosa que la de noches anteriores durante la cual Goroso sólo deseaba que el martirio se prolongase tanto como para impedir la llegada del abismo de oscuridad. Cuando se descubrió a sí mismo gritando, todavía tenía grabada vívidamente en su pupila la negra soledad de unos momentos atrás.

Nuestro hombre pasó todo el día siguiente medio ausente. Un amigo fue a llamarle y lo encontró sucio, sin afeitar y demacrado por la noche de insomnio y sufrimiento. Sinceramente preocupado por él, se ofreció a ayudarle, pero Goroso no se atrevió a confesarle su absurda obsesión.

Cuando el sexto día Goroso se despertó, si es que había dormido, sobre su lecho, gimiendo presa de convulsiones, decidió que, de uno u otro modo, debía acabar con aquella locura. Medio creyendo que tal vez aquello pudiera ser verdaderamente la maldición que había lanzado sobre sí mismo -algo que en plena lucidez jamás habría admitido-, Goroso acudió completamente desesperado a casa de Antonio Ibarra el parapsicólogo.

El pobre Ibarra no pudo siquiera disfrutar de lo que, sin duda, consideraba una victoria sobre su rival. El aspecto de Goroso sólo pudo inducirle a misericordia. Verdaderamente preocupado por el presidente de la Sociedad Esotérica, no se atrevió a recriminarle su acto durante la reunión. A pesar de su credulidad, le pareció sorprendente y espantosa la descripción que hizo Goroso de los efectos de la maldición. A Ibarra su postura de creyente le obligaba a aceptar que la Maldición Negra era la causa de los males de su visitante. No obstante trató de convencerlo de que aquello no era más que una obsesión de su cerebro falto de descanso. El comerciante, defraudado por su respuesta, le describió con ojos vidriosos, por el pánico y las drogas, su degollamiento, su ahorcamiento, la caída del día siguiente, su posterior desollamiento y como le arrancaron los músculos uno a uno con tal realismo que el parapsicólogo sintió náuseas. Por fin, Ibarra se obligó a decirle con más confianza de la que sentía que, si de veras era efecto de la maldición, él buscaría en el libro que la había provocado cualquier posibilidad de eliminarla. Goroso se lo agradeció casi llorando, confiando ciegamente en cualquier oportunidad de librarse de los horrores que le perseguían.

Emilio Goroso pasó casi en vela cinco espantosas noches más antes de que Ibarra fuera a visitarlo. El parapsicólogo lo encontró mucho más abatido que cinco días atrás. El Presidente de la Sociedad estaba destrozado, hundido en la más absoluta desolación y su cuerpo parecía una miserable sombra de la fortaleza de salud que siempre habla sido. Los ojos de Goroso quisieron salirse de sus órbitas cuando preguntó por el éxito de su búsqueda. Ibarra exhaló un triste suspiro antes de obligarse a responder:

-No he encontrado lo que buscaba: no hay "antídoto" para la Maldición Negra. He leído todo el libro pero no hay respuesta.

Goroso ahogó un gritó de horror y se dejó caer, medio mareado, sobre el sillón. Ibarra pudo ver la desesperación en su rostro y se mordió el labio inferior, sabiendo que lo que había dicho no era del todo cierto. Tal vez le debía la verdad, pero no podía cargar sobre sí el peso de un conocimiento que Goroso, en su desesperanza, quizá utilizaría. Al final, habló con un hilo de voz que cortó los sollozos incipientes de su amigo:

-La verdad es que sí existe un conjuro para eliminar la Maldición -los ojos de Goroso se iluminaron e Ibarra se apresuró a continuar-, pero el precio es demasiado alto: la muerte. Según el libro de Prinn el único modo de librarse de la Maldición es recitar un conjuro a medianoche y, a continuación, entregar definitivamente la vida.

Ibarra trataba inconscientemente de restar validez al libro de brujería, pero nada de su tono dubitativo alcanzó el cerebro de Goroso salvo la idea de que sólo una muerte más, la autoinmolación, lo libraría de sus pesadillas. Por un instante, el presidente de la Sociedad Esotérica casi retornó a su habitual incredulidad. Trató de convencerse de que una creación de su cerebro perturbado no podía ser razón suficiente para cometer la máxima locura del suicidio. Sin embargo sus labios se movieron sin él pretenderlo para solicitar aquel conjuro milagroso que podría librarlo de sus males. Ibarra, en principio, se negó a dárselo, pero Goroso insistió tanto y puso tanto énfasis en que no pensaba utilizarlo que casi convenció al misteriólogo, quien deslizó en la mano de Goroso un papel conteniendo el terrible hechizo. Después, autoconvenciéndose de que él no era responsable de lo que pudiera sucederle a Goroso, Ibarra se marchó de su casa y no volvió a verlo más, al menos con vida.

Al cabo de dos días de angustiosas pesadillas, Goroso recibió un paquete de parte de Ibarra. Era el De Vermis Mysteriis. El comerciante, que durante aquellos dos terribles días se había negado, con férrea voluntad, a vencer el maleficio con la terrible arma que le había proporcionado Ibarra, recibió el obsequio con ansiedad. En esos dos días había retornado al médico y al psicólogo sin ningún resultado y había pronunciado el conjuro entregado sin hacer nada más y sin que nada sucediera.

El pobre Emilio Goroso devoró una tras otra las páginas del tratado con gula insaciable. Casi con revulsión, se forzaba a vencer su natural escepticismo y admitir como verdaderas las sinrazones que se enumeraban en el libro como certezas sobrenaturales. El Goroso analítico de otros tiempos jamás habría admitido aquellas supersticiones y mitologías, pero la desesperación lo había cambiado. Cada capítulo le hacía sentirse menos esperanzado y lo obligaba a

embeberse más y más en la lectura. Al terminar el libro, Goroso había llegado a la conclusión de que Ibarra tenía razón. Entre los innumerables horrores expuestos en aquel abominable libro, había poco sitio para la esperanza y, en su caso, parecía claro que la Maldición Negra sólo podía desaparecer tal como había dicho Ibarra: con el conjuro y la autoinmolación.

Un párrafo del libro en particular hizo que Goroso se estremeciera de horror. En él se describía lo que significaba la Muerte Negra, aquel sufrimiento indescriptible que hacía a las víctimas desear el tormento antes que la muerte que no traía paz sino las más pavorosas sensaciones. Goroso se sentía identificado con aquella descripción que despertaba toda la viveza de sus recuerdos y le hacía plantearse seriamente, dentro de su ofuscación, si la brujería descrita en aquel libro no sería absolutamente verdadera y sus pesadillas no eran tales sino el resultado de su irresponsable maldición.

Los días se sucedieron llenos de angustia y desesperación. Los horrores nocturnos se repetían jornada tras jornada sin posibilidad de escape. Cada noche, dormido o despierto, incapaz de discernir la vigilia del sueño, los dos monstruos deformes y contrahechos acudían hasta él para torturarlo despiadadamente, con tormentos cada vez más dolorosos y que se prolongaban hasta lo insoportable para dar paso al horror innombrable de la oscuridad que Goroso comenzó a llamar deliberadamente Muerte Negra como cada noche le recordaba uno de los engendros de ojos rojos.

Goroso no comía ni dormía y se había convertido en un esqueleto, casi un espectro ambulante. No salía de casa, ni frecuentaba amigos o diversiones. Su vida era una continua angustia, sus únicos sentimientos el pánico y la congoja. En su sufrimiento, le parecía haber alcanzado una nueva lucidez. La Maldición y la Muerte Negra eran realidades que se sentía incapaz de negar, pues eran su única realidad diaria. En su mente obnubilada no quedaba sitio para los pensamientos de locura. Su único sueño, tanto despierto como durante la tortura nocturna, era liberarse de aquella terrible maldición. Cada día brillaba en sus ojos la determinación del demente por concluir con su vida. Si no había usado aún el conjuro que le

proporcionó Ibarra era porque temía que la muerte verdadera fuera como aquella Muerte Negra de la que pretendía huir, y el temor de verse rodeado eternamente por la espantosa oscuridad frenaba su impulso inicial.

Pero, al cabo de casi un mes desde que cayera sobre él la Maldición, sus sufrimientos fueron mayores que su temor y su capacidad de sobrevivir. Tras una noche de tormentos espantosos en la que sus dos torturadores habían lacerado su cuerpo hasta lo inenarrable, lo habían mutilado durante horas y después, en el culmen del horror, habían atado sus intestinos a una enorme roca que lanzaron por un insondable precipicio, arrastrando tras ella a un Goroso que se negaba a perseguirla hasta un fondo donde encontró la temible Muerte Negra, Emilio Goroso despertó en su lecho indemne físicamente, pero tan trastornado y aterrado que se sintió incapaz de proseguir su lucha. Como un autómata se dirigió al De Vermis Mysteriis y, olvidando su temor a encontrarse con una eterna Muerte Negra, abrió el volumen por la página del conjuro que lo libraría del horror de la noche. Lo leyó en voz alta, declamando en latín con toda la pasión de que fue capaz, a continuación hundió en su pecho un cuchillo de cocina, sin dudar un instante. Tras unos segundos indoloros, durante los cuales la idea de la paz eterna pasó ante sus ojos nublados de sangre, cayó al suelo inerte.

Su cadáver no fue descubierto hasta bien entrada la tarde. Si no hubiera sido porque el cartero trajo para él un envío urgente que requería de su firma para ser entregado, podría haber permanecido descomponiéndose durante días enteros. El cartero, al no recibir respuesta, preguntó al portero del inmueble si estaba o no Goroso en casa. El buen hombre tenía constancia de que el señor Goroso no había salido durante la última semana y se preocupó por su salud temiendo lo peor. Forzaron la puerta y allí lo encontraron, tumbado en el suelo, bañado en su propia sangre reseca, frío, con un cuchillo a su lado y desprendiendo un tenue aroma que el tiempo convertiría en la fetidez de la muerte.

Su entierro fue bastante triste. A él acudieron sus amigos y conocidos, incluidos en pleno los miembros de la Sociedad Esotérica con Antonio Ibarra a la cabeza. Nadie se atrevió a comentar el

extraño suceso ni las circunstancias que lo habían conducido a aquel desastroso final. Pero todos estuvieron de acuerdo, durante el velatorio, en que el cadáver de Emilio Goroso mostraba una relajación, su rostro una placidez, que nadie había visto en él durante los últimos tiempos. Tal vez alcanzó, después de todo, la tan ansiada paz eterna tras tantas muertes horribles.

El entierro fue rápido. El párroco pronunció unas breves palabras sobre el ataúd y nadie más habló. La tétrica reunión se disolvió y, desde aquel día, nadie ha hablado de Emilio Goroso, a pesar de haber sido uno de los personajes más notables e influyentes de la ciudad. Siempre es más fácil olvidar que afrontar lo extraordinario.

Juan Luis Monedero Rodrigo

MIEDO FANÁTICO

(en recuerdo de un maldito día de marzo)

No ya miedo, sino auténtico pavor me causa la extensión del fanatismo por el mundo. Religioso y de cualquier índole. Por desgracia, está casi de moda hablar de fundamentalismos, cuando hay tantos que los padecen, como una enfermedad, y otros que los sufren -sufrimos- sin quererlo. Alguien que se cree en posesión de la verdad absoluta es siempre peligroso. Lunático o demente, y muy muy peligroso. Da igual que sea fundamentalista musulmán o cristiano, nacionalista o racista – no hay gran diferencia entre ambos términos. En cierto modo, uno casi desearía que se encontrasen con su violento dios o su ideal patria de ideal pureza. Quizá entonces comprenderían su equívoco y saldrían de su demencia. Me espantarían aún más si en tal caso todavía se confesaran felices.

Aunque comprendo que no se pueden racionalizar los fanatismos. No tienen sentido, más allá de la simple obsesión o los años de manipulación. Pero esa locura no los incapacita más que en su tolerancia o su humanidad. Son capaces de tramar los más terribles planes. Puesto que todo lo ajeno a su mundo es despreciable, no existen los humanos ni los derechos más allá de su núcleo de infame iluminación. Por eso pueden matar sin remordimientos o arrojarse sin dudarlo a una muerte segura que los traerá el paraíso y sembrará el mundo a su alrededor de dolor. Por eso pueden permitirse ignorar la

realidad del mundo y negar el peso de la prueba. Por eso, mal que nos pese y nos aterrorice, pueden decir sin que les tiemble la voz que si nosotros amamos la vida ellos aman la muerte y nos la otorgarán. Por eso pueden firmar, sin dudarlo, declaraciones de guerra o sentencias de muerte.

Dios mío, si existes, líbranos de los fanáticos que se destruyen el alma para luego destruir nuestros cuerpos. Dios suyo, si existes, yo te maldigo, porque no puede ser verdadera la religión que clama por la destrucción ajena y diferencia los pueblos y los hombres por medio de la espada y la muerte.

Y aquí seguirán vuestro fanatismo y nuestro terror. Porque deseáis matarnos y tal vez lo consigáis. Y uno no sabe qué le asusta más, si la propia muerte y el dolor o tan sólo el sinsentido de vuestros actos, la inutilidad de vuestra inhumana estupidez.

MIS SIETE MIEDOS CAPITALES.

1) Tengo miedo al paso del tiempo, porque su acelerada carrera me hace sentir débil e impotente, sumisa a sus designios y esclava de su sino.

2) Tengo miedo al deterioro de mi cuerpo y de mi mente, a que un día mis músculos no respondan a una pedalada, a que mi memoria no recuerde aquella fecha. Me da pánico pensar que mis ojos puedan dejar de ver el paraíso de esta tierra; me aterroriza suponer que dejaré de ser sirena si mis piernas fallan.

3) Tengo miedo a perder a los que quiero, porque sin ellos, yo volvería a ser una niña débil e indefensa, como nacida de nuevo... pero sin ninguna posibilidad de pasado ni futuro. Sólo con un presente encharcado y roto.

4) Tengo miedo a que el mundo gire y nos agite a todos, a que los bosques se cansen de aguantarnos y se alíen con el mar para rebelarse en nuestra contra.

5) Tengo miedo a que los poderosos prohiban amar sin facturas, manden pilotar al señor muerte, rompan una piñata de metralla y conviertan este mundo en un paraje fúnebre y de aluminio.

6) Tengo miedo a convertirme en una máquina sin recursos, en una rutina del trabajo funcionarial y asalariado, en una maestra sosa de ecuaciones pluscuamperfectas.

7) Tengo miedo a la muerte porque siempre nos aguarda con paciencia, indiferente a nuestras súplicas de amnistía, dispuesta a acabar de golpe con nuestro cáncer de mentiras y rencores.

7 + TU) Tengo miedo a que tu recuerdo se me enquiste, a que se amplifique en mi memoria y se instale en mis labios. A que me obligue a exiliarme a un otro equivocado, a que me siga arropando cada noche con orgasmos y palabras.

Pipiola

TERROR

Veo miles de payasos exhibiendo sus miserias por la tele.
Y millones de personas adorando a los payasos,
pendientes de cada sandez que brota de su boca.
Veo tipos en calzón corto convertidos en deidades.
Y millones de personas hipnotizadas por la nueva fe.
Un mundo entero venerando al dólar o,
en su defecto, a su émulo el euro.
Gentes que viven pendientes de un trapo
o de una lata con cuatro ruedas.
Ilusos que ven en el trabajo la salvación,
el sentido de sus vidas.
Y bestias que venden sus vidas por un miserable polvo o,
peor aún, por un pico, una pastilla o cualquier alucinación
química, física, psicológica o supuestamente artística.
Y todavía no he hablado, ni pienso,
de cuestiones trascendentes como el hambre o la muerte,
ante las que nos volvemos aún más irracionales.
Causa, de seguro, estupefacción, lástima,
pero dime si no causa pavor,
o verdadero terror, la estupidez humana.

Juan Luis Monedero

EL MONSTRUO ENFERMIZO

Esta tos no tiene buena pinta. Por unas décimas se empieza. ¡Quién habría pensado que fuera tan grave!

Quiero pensar que no soy uno de esos hipocondríacos que convierto en síntoma la normalidad y veo peligros donde nada existe. Pero es imposible escapar por completo del miedo a la enfermedad. Nos aterra pensar que la enfermedad nos ataque, nos maltrate, nos incapacite… nos aniquile.

Queremos prevenir la enfermedad. Queremos ignorarla y, a la vez, evitarla, como si el mero mirar hacia otro lado nos pudiera librar de ella. Y sólo echamos de menos a la salud cuando la perdemos.

La enfermedad no se vive igual con cualquier edad. Los viejos siempre la temen más que los niños, que ni siquiera deben fingir su ignorancia.

Nos aterran los microbios, los virus y bacterias, los accidentes, golpes y contusiones, el cáncer, la arteriosclerosis. ¿Cómo evitarlos? Unos prefieren vivir como si no existieran. Si llega la enfermedad, entonces lucharán. ¿Para qué obsesionarse antes? Pero tampoco es plan de hacer todo aquello que favorezca su llegada por el mero hecho de que nos apetezca en un momento cualquiera.

A muchos nos aterra que la enfermedad nos traiga la muerte. Pero nos causa más pavor pensar que pueda incapacitarnos física o, aún peor, intelectualmente. Vernos convertidos en muebles inmóviles, en bobos babosos o en la mezcla de ambos horrores: vegetales babeantes.

Pero si uno se agobia por los males futuros, si busca esos males donde no los hay, entonces los sufre doblemente. No, no quiero convertirme en hipocondríaco, aunque en algunos momentos me he sentido más preocupado de lo razonable por mi salud. Mejor miraré para otro lado, como si ese pequeño bulto rosado que me escuece y me pica no hubiera brotado, como de la nada, en el dorso de mi mano augurando qué sé yo qué terrible enfermedad.

QUERIDOS FANTASMAS

Uno puede salir del cine feliz y contento después de haber visto la más terrible y terrorífica de las películas. Llena de suspense

e intriga, o de sangre y vísceras. Poblada de demonios y fantasmas o de psicópatas y asesinos. Es lo que tiene Holywood, que vuelve agradable y entretenido hasta lo más espantoso. Pero no es prerrogativa de Holywood el hacernos amar el miedo. También la literatura y, desde siempre, los cuentos de viejas que, por las noches, se contaban a los niños entre nada fingidos escalofríos.

Nos gusta el miedo. Pero no un miedo cualquiera, sino ese miedo mental que nos permitimos controlar y que, por tanto, nos puede resultar divertido. Nos fascina la idea de lo desagradable, ante la que sentimos a la par atracción y repulsión. Es como si ese miedo controlado y controlable nos tranquilizara, inconscientemente. Porque a este miedo uno se le puede enfrentar. Incluso puede dejarse invadir por él, y hasta gritar en la escena cumbre de la película o tener pesadillas después de un relato junto al fuego sin que por ello dejemos de solicitar otra historia terrible la próxima noche.

Nos gusta el miedo intelectual, como mero juego, que nos permite sentirnos moderadamente inquietos, sin verdadero riesgo. Liberar unas cuantas hormonas, algo de tensión y, si nos apetece, gritar, llorar o taparnos los ojos. Nos gusta ese miedo de salón, sin verdadero peligro. Nos gusta pensar, quizá, que somos capaces de controlar el miedo y hasta de vencerlo.

Igual que hay gente, al menos un tipo determinado de gente, a la que le encantan los llamados deportes de riesgo o el turismo-aventura. Actividades de riesgo, sí. Pero nuevamente un riesgo más o menos controlado, previsto. Un riesgo calculado y limitado con el que sentirnos liberados de otros miedos y tensiones a los que no somos capaces de enfrentarnos. Las hormonas generadas por nuestro cuerpo en tales circunstancias pueden convertirse en un alivio y un placer. Parece ser que, para algunas personas, ese miedo calculado no es sólo liberación sino verdadera felicidad. Dicen sentirse vivos sólo si arriesgan –moderadamente- sus existencias que tanto aprecian. Quizá es felicidad, aunque también hay algo de adicción en ello, como si de una droga se tratara.

Por el contrario, por más que nos creamos invencibles al afrontar estos riesgos calculados o el indoloro terror literario o cinematográfico, siempre nos aterrarán hasta lo inconcebible otros

terrores menos peregrinos. Inconfesables. Algunos vergonzantes por su simpleza. Naturales, por otra parte. Este miedo al que he llamado de salón nos provoca cierto alivio, igual que la risa con que nos enfrentamos a tantas situaciones. Pero, si la risa, a veces, logra vencer temores, los miedos verdaderos nos resultan invencibles y no somos capaces de extirparlos de nuestra mente por más juegos intelectuales que queramos hacer. No obstante: ¡felices pesadillas! Seguid disfrutando de los temores y fantasmas en los que seáis capaces de hallar placer.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LAS LÁGRIMAS DEL DRAGÓN

Las lágrimas del dragón no son de fuego
y el llanto anega un corazón tan grande,
se desborda del seno de las montañas,
recorre los ríos y agita los océanos.

Las lágrimas del dragón no son de hielo,
son sueños de grandeza y poder,
de fantasías en tecnicolor,
porciones del pastel de la vida.
Las lágrimas del dragón no son amargas,
ni son dulces, ni son saladas.
El dragón llora en su guarida
escondiendo tesoros bajo su vientre,
ocultando la certeza robada al tiempo
del alma de cada persona.
El dragón llora porque en la verdad
está su propia inexistencia.
Sólo él es la razón de su Ser:
Ser de hojas agitadas por el viento,
ser de trazos de ocre y dorado,
ser de finos hilos invisibles,
ser de esencia del pasado.

Antonio Jesús López Jiménez

MIEDO MERCANTILISTA

Me aterra pensar en las empresas. Me refiero a las grandes, las monstruosas, las que mueven la economía. Pensar en lo que son y en lo que yo soy para ellas. Ellas, terribles. Yo, para ellas, insignificante. Ellas monstruos con mil ojos y billones de dólares. Capaces de controlar gobiernos y países enteros. Más terribles aún que el temible y acongojante estado. Si el último tristemente necesario, las primeras tan inevitables como prescindibles. Uno puede pensar en el estado –si es un ingenuo o un optimista- como el papá proveedor o el vigilante de las normas y la seguridad. ¿Cómo pensar algo así de las empresas? Por más que se nos pretenda integrar en ellas y sus estructuras, por más que se nos quieran vender como entes amables y próximos, no son otra cosa que monstruos de producir dinero, capaces de justificar lo injustificable a cambio de un incremento en los beneficios, inaccesibles al desánimo, ajenas a la ley –si el dinero puede controlarla o saltársela a la torera- y carentes de conciencia o remordimiento.

Para ellas yo soy, en el mejor de los casos, un consumidor. En el peor, un enemigo o alguien a quien lavar el cerebro.

En el mejor de los casos la empresa está bajo control –muy relativo- y todavía hay hombres con conciencia a su cargo. En el peor de ellos, la empresa está más allá de sus miembros. Lo más tangible de ella son sus acciones y sus empleados son meras máquinas obedientes de sus deseos de imposible crecimiento al infinito.

¿Cómo escapar entonces a la chaplinesca escena de Charlot devorado entre los engranajes de la máquina?

EL HOMBRE DE TUS SUEÑOS

Que el hombre perfecto no existe es algo que Amanda siempre supo. Que no hay príncipes azules ni seres angelicales y cándidos que hagan suspirar a las mujeres. Y aunque los hubiera, las mujeres los ignorarían. Amanda no era tan ingenua como para esperar una quimera y procuraba aferrarse a la cruda realidad. Lo que no evitaba que, una vez tras otra, el desencanto sucediera a la irracional alegría de cada nueva pasión.

Amanda no esperaba conocer a su hombre ideal, puesto que no creía en su existencia, pero tampoco deseaba caer en la resignación. No estaba dispuesta a cargar con un cualquiera por el mero hecho de que le pusiera ojitos o la sacase, momentáneamente, de la soledad y el aburrimiento. Por desgracia, sólo conocía ese tipo de cualquiera y desconfiaba de hallar algún hombre que mereciera la pena.

Hasta que conoció a Damián. Él era diferente, único. A su modo, encantador. No era perfecto, y tenía defectos que Amanda no podía negar. Damián era real. Pero, en ocasiones, ella se sentía tan bien, tan plenamente satisfecha, que tenía que recordarse que su nuevo amor era un hombre de carne y hueso, uno más, y no el tipo ideal de sus sueños adolescentes.

Por primera vez, Amanda sintió miedo de su amor. Aunque la relación progresaba con naturalidad, Amanda temía que algo malo había de suceder tarde o temprano. Nada podía ser tan bueno. La joven sentía celos vagos por todo y por todos cuando nunca antes había sido celosa. Ahora se volvía posesiva y no podía evitarlo. Quería estar con Damián, siempre, en toda ocasión. Y le dolían sus ausencias. Pero, a la vez, temía que ese afán lo alejase de ella. Como temía que su amor, tan exagerado como parecía, lo asustara. No entraba en su cabeza la posibilidad de que él estuviera dispuesto a corresponderla con un amor tan intenso como el suyo.

Eran temores vagos e irracionales. Inevitables. Portadores de breves instantes de tristeza y ansiedad. Siempre seguidos por la indescriptible alegría del reencuentro. Y Amanda, consciente de la estupidez de sus temores, era capaz de burlarse de ellos, pero no de olvidarlos.

Más tarde llegó a pensar que fueron la causa de la desgracia.

Porque la realidad era que sus temores resultaban infundados. El bueno de Damián la amaba con locura, con tanta pasión como la que ella le dedicaba. Aunque la del joven no estaba teñida por las nieblas de la inseguridad. Comprendía que el amor no puede ser eterno y que, quizá, un día el suyo desaparecería. Que, por increíble que sonara, tal vez algún día Amanda no se encontraría a su lado. Pero

no pensaba en ello, sino en la felicidad actual, que había que apurar como si fuera inacabable, eterna. Tan sólida como parecía.

Damián trataba de contagiarle a Amanda ese optimismo, esa seguridad, pero no era capaz de lograrlo.

Quizá ocurría que a Amanda le sorprendía su propia felicidad y no terminaba de creérsela. Pero, al margen de esos breves aunque frecuentes instantes de duda, la pareja era tan dichosa como se puede esperar de los volubles corazones humanos.

Tan seguros estaban de su cariño que no se plantearon una evolución de su relación a largo plazo. Como hacen muchos enamorados, se dejaron llevar y, al cabo de poco más de dos meses, iniciaron una vida en común, compartiendo casa y lecho. Sorprendentemente para Amanda, aquello no trajo desilusión ni problemas. La convivencia consolidó su relación, en lugar de mostrar los defectos que los distanciaran. Damián, contrariamente a antiguas parejas, era el compañero de tareas ideal, la persona en quien confiar, a quien pedir consejo, de quien recibir consuelo.

Pronto en la mente de Amanda empezó a dibujarse con letras cada vez más nítidas la palabra terrible y mágica: matrimonio. Damián era el hombre con quien deseaba pasar el resto de su vida. Con quien formar una familia, con quien tener hijos. Y esto, que sonaba tan trascendental, no la asustaba en absoluto. Aunque tampoco habría sido capaz de explicar aquellos vagos temores y celos de la pérdida. A veces es difícil comprender a las mujeres, aún para ellas mismas.

Entonces, cuando todo marchaba a su gusto y aquel temor por toparse con una realidad más allá de esa felicidad ideal iba quedando al margen de su mente consciente, entonces comenzaron los sueños.

Una noche como otra cualquiera Amanda se durmió. Y debieron de transcurrir varias horas tranquilas, puesto que no se despertó. Hasta que, en algún momento, se inició la pesadilla. Que al principio no lo parecía. Porque Amanda soñaba con Damián. Y nada hay más agradable para el enamorado que completar los días de felicidad con noches compartidas, aunque sea en la imaginación, con la persona amada.

Amanda se veía a sí misma caminando por la calle. Sin un objetivo. Era un simple paseo por el centro de la ciudad. Hasta que se

tropezó con Damián. Con enorme alegría lo saludó y él, contrariamente a lo esperado, no pareció reconocerla. No, al menos, al instante. Dio la impresión de que buscaba en su memoria hasta que, finalmente, devolvió el saludo y le dedicó una sonrisa extraña, a la vez que la observaba con una mirada malévola que no parecía la suya. Amanda, confundida, lo tomaba a broma y le invitaba a acompañarla en su paseo. Él aceptaba, aunque no parecía satisfecho. Amanda hablaba, pero Damián no respondía. Se limitaba a seguirla como si fuera su guardaespaldas. Parecía nervioso y excitado. Pero Amanda lo tomaba como cosa normal. Habría tenido un mal día. En el sueño todo parecía tan real que hasta los comportamientos extraños debían tener justificación. Realmente, como sucede en ocasiones, no era consciente de estar viviendo un sueño.

El paseo proseguía durante unos minutos incómodos que a Amanda se le hacían eternos. Poco a poco abandonaban el centro de la ciudad y se adentraban por calles extrañas y oscuras. El tipo de lugar por el que una joven no querría caminar sola en la noche. Pero iba con Damián y eso la tranquilizaba.

Sólo entonces Damián cobraba vida y parecía reaccionar. Una sonrisa ominosa se dibujaba en su rostro hasta ahora inexpresivo. Amanda quería pensar que se trataba de una broma, pero algo en el gesto Damián le decía que no era así. De hecho, parecía que aquel tipo no fuera realmente Damián.

Parsimoniosamente, ignorando las preguntas de Amanda, Damián se colocaba unos guantes. Sin prisas, Damián sujetaba a Amanda por el brazo y, ejerciendo una incómoda presión, la arrastraba a un callejón oscuro. Allí, sin aviso o premeditación, Damián la abofeteaba. Lo que hasta ahora había resultado extraño se convertía de repente en desagradable y amedrentador. Damián volvía a golpearla una y otra vez. La arrojaba al suelo y la forzaba. Como si no deseara el consentimiento que ella le habría dado de buen grado, la asaltaba cual un violador. Con agresividad y vehemencia la penetraba como un animal, insensible a sus súplicas para luego, una vez finalizado el acto, extraer de su abrigo un enorme cuchillo brillante y afilado que apoyaba contra su cuello. Una risa nerviosa e histérica precedía al gesto de rebanarle el pescuezo. Sólo en ese momento del sueño

Amanda se despertaba con un grito de terror. A su lado saltaba, como movido por un resorte, el verdadero Damián, que hasta entonces reposaba plácidamente a su lado. El amante preguntaba y trataba de consolarla, entre divertido y confundido por la explicación de Amanda. Aquella primera vez todavía podía hacerle gracia aquel malvado alter ego ficticio que había asaltado a su novia en mitad del sueño.

Aquella vez tampoco Amanda le dio mayor importancia a la pesadilla. Por desagradable que hubiera sido, no era más que un sueño. Y la realidad la devolvía junto al Damián atento y amable que la consolaba con esa dulce mezcla de ternura y amor que sabía dedicarle.

No imaginaba Amanda que noche tras noche su cerebro le jugaría la misma mala pasada. Quizá el sueño era fruto de su subconsciente atormentado por dudas insensatas y temores inexplicables. Pero el hecho innegable era que distintas variantes de la pesadilla atormentaron desde entonces a Amanda cada vez que se dormía. Siempre con la presencia de aquel temible émulo de su querido Damián. En el sueño, como un terrible golem carente de sentimientos, aquel ser extraño con el aspecto de Damián se presentaba ante Amanda. Ella, las primeras noches, trataba de entablar conversación con él, confiada de encontrarse con el Damián que conocía. Sólo cuando comprobó que siempre era el falso Damián quien la atormentaba, empezó a rehuirlo. Pero era inútil. Él la perseguía, la buscaba. La encontraba y maltrataba. Con su presencia, con sus gestos, con sus palabras o sus actos. Noche tras noche Amanda sufría una terrible pesadilla de la que despertaba en el momento culminante para encontrarse con el rostro amable del que hasta hacía unos instantes era su torturador y muchas veces asesino.

El Damián real sufría tanto o más que ella. No comprendía aquello, por más que se esforzaba en buscarle una explicación. Pero se daba cuenta de que, en ocasiones, y cada vez más frecuentemente, Amanda se estremecía cuando él la abrazaba tratando de consolarla y en algún momento, aun sin pretenderlo, le dirigía una mirada aterrorizada. Que sin duda merecía el personaje de los sueños, pero no él, que se convertía en su triste destinatario.

La anécdota de una noche se convirtió en pesadilla recurrente y, finalmente, en terrible costumbre. En algo lo bastante serio como para que Damián le pidiera a Amanda que consultaran a un psiquiatra, preocupado porque aquellas ridículas imágenes nocturnas podían afectar a su relación, si es que no habían comenzado ya a modificarla.

Amanda no se opuso. Al contrario, comprendía que algo no funcionaba bien en su cerebro para que le jugase aquella mala pasada. No tenía sentido que aquellos sueños se repitieran y menos aún que por el día temiera, de un modo apenas consciente, el contacto del bueno de Damián, su amor, al que aún deseaba convertir en su marido.

El psiquiatra, viendo que no parecía existir ningún mal orgánico en la paciente, derivó su caso hacia un psicólogo que, tras aventurar diferentes interpretaciones psicoanalíticas para aquel sueño, pensó que el mal estaba resuelto y, cuando Amanda retornó a su consulta esperando alguna terapia más eficaz, terminó por ningunear el problema, como si no fuera trascendente o no existiera.

La pareja se puso en manos de otros médicos, de otros psicólogos, y hasta de algún curandero, un mentalista y, finalmente, una supuesta experta en vudú y mal de ojo. Pero, fuera cual fuera la causa del sueño, si es que la había e iba más allá de una vaga obsesión, nadie fue capaz de "curarla" y los sueños tampoco desaparecieron por sí solos. Era como si los entes de la pesadilla fueran autónomos e independientes de la soñadora. En cierto modo, resultaban tan reales como las personas de la vigilia.

Tampoco sirvieron el yoga, la música feng-shui, la aromaterapia o los somníferos. No importaba si se encontraba feliz o relajada antes de dormir, y poca diferencia existía entre los malos días y los buenos, cada vez más escasos y menos brillantes.

Peor aún, como Amanda proseguía con sus pesadillas noche tras noche, empezó a padecer insomnio y sus nervios alterados le hacían dudar, en ocasiones, si no sería el encantador Damián de la vigilia su vana ensoñación y el monstruo terrible de sus noches el ente real y tangible.

Fuera como fuese, Amanda ya no soportaba el contacto del verdadero Damián. Tanto como le había costado conocer un hombre

que mereciera la pena y ahora, merced a aquellos estúpidos sueños de su inconsciente, el Damián real parecía cada vez más lejano. Su aspecto idéntico al del sueño le hacía temer su sola voz, sus miradas preocupadas y protectoras. No soportaba sus besos ni caricias. El sexo entre ambos quedó convertido en una fantasía más lejana que las terribles pesadillas que la abordaban, sin descanso, cada vez que Morfeo acudía a su lecho. El sexo era una tortura de abstinencia por el día y una tortura aún peor cuando, por las noches, el fantasma se aparecía en sueños.

Damián, tolerante y comprensivo hasta el extremo, se ofreció a dormir unos días en el sofá del salón, dispuesto a probar la ausencia como terapia contra las pesadillas. Quizá si no lo sentía a su lado, si no se dormía con su imagen o su olor, los monstruos de la noche la abandonarían.

No fue así. El sueño, en sus distintas variantes, la visitaba cada noche. Y Amanda temía enloquecer. Ella quería a Damián. Quería al Damián del día, al real –era el real, ¿no?- con el que se despertaba cada mañana y compartía sus problemas, con el que comía y salía de copas o al cine. Pero no podía soportar la presencia del monstruo nocturno que tanto se le parecía. No podía soportar que existieran esos dos damianes que, cada cual a su modo, la martirizaban. El uno porque era terrible en su irrealidad; el otro porque se esforzaba en consolarla mientras la observaba con la misma cara del monstruo que la había atemorizado.

-Estás loca –se dijo una mañana Amanda mientras por su mente confusa cruzaban pensamientos semejantes a estos.

Pronunció las palabras ante el espejo, con una serenidad que estaba lejos de sentir. Preguntándose, a la vez, si la Amanda que se observaba en el espejo era real o era más tangible la que la observaba invertida desde el otro lado del cristal. Consciente de que su vida se estaba deslizando peligrosamente hacia un extraño abismo que no podía evitar.

Ella amaba a Damián. Era el hombre que siempre había deseado a su lado. Pero ahora, por más que fuera el mismo ser encantador que la había conquistado, no podía evitar identificarlo con aquel ser imaginario que su mente alterada había creado para

martirizarla cada noche. Aquel ser era Damián, un Damián tan personal como el que la consolaba. Tan real como para hacerla gritar de angustia cada vez que despertaba para encontrarse con el rostro triste de su verdadero amor, cuya pena le hacía sentir que el ser de los sueños era una suerte de venganza por haber estropeado su relación.

Y eso que Damián jamás emitió una queja. Aunque no podía negar que se sentía preocupado. También triste, solidario en su resignada depresión. Y Amanda debía haberse sentido agradecida por ello, pero, al contrario, la actitud comprensiva de Damián hacía que ella se sintiera culpable y que en los momentos de mayor desesperación lo hiciera responsable de sus males, como si su sola presencia fuera la causa de sus alocadas pesadillas.

Un día Amanda decidió hacer la prueba final. Aunque no quería perder a Damián. Aunque temía la pérdida y aún deseaba recuperar la perdida intimidad, le propuso que se separasen una corta temporada, por ver si con aquella drástica medida el sueño terminaba.

Damián no se quejó. No en voz alta. Se sentía angustiado. Tanto por los problemas de Amanda como por aquella momentánea separación. Aunque su relación no marchaba como antes, él la quería con igual pasión que al principio. Aunque se avergonzaba de ello, en algún momento llegó a creer que Amanda ya no lo amaba y que el sueño no era más que un reflejo de un cambio en sus sentimientos que ella, de modo consciente, aún se negaba a admitir. Ahora pensó que tal vez ella quería apartarlo sin más de su lado. Y aquella era una excusa perfecta.

Pero las lágrimas que Amanda derramó al despedirse le convencieron de lo contrario. Pese a la repulsión que le causaba en los últimos tiempos su mero contacto, que identificaba con aquella incomprensible pesadilla, al despedirse fue ella quien lo abrazó y lo besó con la desesperación del miedo.

Damián se fue. No estaba seguro de regresar, de poder volver.

Amanda, durante la noche, quiso creer que la falta del Damián real eliminaría al falso Damián de los sueños. Pero no fue así. No, al menos, la primera noche. En la que la pesadilla se repitió tan

cruel como otras noches. Y al despertar no encontró el consuelo del hombro amigo. Aunque tampoco el rostro del monstruo con aquella incongruente expresión sorprendida y apenada que siempre le dedicaba su amado.

Estuvo a punto de llamar a Damián y pedirle que regresara de inmediato. No lo hizo. Lo echaba de menos, en cierto modo. Pero también temía ver aquel rostro infame durante el día. Añoraba aquel tiempo pasado en que verlo suponía la mayor de las alegrías, pero ahora la asustaba más tenerlo de día a su lado si no se podía liberar de su presencia –que no era la suya sino la del fantasma creado por ella misma- durante las noches.

No lo llamó. Ni lo hizo la segunda noche en que la pesadilla se presentó otra vez. Tampoco él la llamó, aunque deseaba saber de la evolución de su mal. Aunque añoraba su mirada, sus labios, sus palabras, sus risas y sus lágrimas. Ella quiso que fuera así y él hubo de aceptarlo y cumplir el compromiso.

Pasó una semana hasta que Amanda lo telefoneó. Fue para decirle que la pesadilla se había borrado. Llevaba dos noches sin despertarse entre llanto. Dos noches sin sueños, noches vacías infinitamente mejores que aquellas habitadas por pesadillas. Amanda le preguntó qué tal le iba, le dijo cuánto lo añoraba y, después de intercambiar cariños y buenos deseos, se despidió tras pedir otra semana más de incomunicación. Quería comprobar que la pesadilla no retornaba, que el mal había concluido.

Aunque eterna, aquella semana fue para Damián de esperanzas por realizar. Ojalá que todo transcurriera con normalidad y pudiera reunirse de nuevo con su querida Amanda. No con la Amanda asustada y nerviosa de los últimos tiempos, con la que lo rechazaba con una mirada de miedo y asco. Volver con la Amanda que había hecho latir su corazón de un modo especial. Una larga semana de espera era un precio asequible a cambio de recuperar a Amanda. A su Amanda, porque Damián también tenía dos amandas y, para su desgracia, no podía consolarse suponiendo que una de ellas fuera imaginaria.

Ella, por su parte, también se sentía impaciente. Ahora que el monstruo nocturno había desaparecido, cada vez añoraba más al

Damián real, al que ahora podía identificar como tal, sin confundirlo con ningún émulo imaginario. Día tras día su humor mejoraba. Con la noche renacía el temor. ¿Y si esta noche volvían las pesadillas? Pero, temerosa o no, aquello no afectaba a la evolución de sus sueños, que de inexistentes pasaron a ser normales. Era una delicia despertarse sin miedos ni traumas. Tranquila y feliz por la ausencia de la pesadilla y por recordar vagamente sueños intrascendentes y hasta divertidos.

La mañana prometida Amanda volvió a llamar a Damián. Lo telefoneó al trabajo. Fue la única vez en que no se enfadó por ello. No le gustaba que lo interrumpiera en el trabajo. No por él realmente, sino por su jefe, uno de esos ogros reales que no se borran al despertar de una pesadilla.

-Vuelve.

No le dijo más. Tras el trabajo se reunieron en la casa que volvería a ser común. Lo esperaba con una cena especial, de las de velas y champán. A los postres se cobraron parte de la deuda de caricias que habían acumulado durante las últimas semanas de angustiosa abstinencia. Ya tarde, cuando decidieron emplear el lecho para su cometido original del descanso, Damián se acostó junto a ella y los dos amantes se durmieron con una sonrisa entre los labios. Sin miedo, tras tanto tiempo, a lo que el sueño pudiera traerles.

No habían pasado más de tres horas cuando Damián se despertó. Amanda lo estrujaba entre sus brazos, nerviosa y crispada. Aún parecía dormida, pero no tardó más que un par de minutos en despertar jadeante y con lágrimas en los ojos. Esta vez no gritó. Aunque sintió más deseos que nunca de hacerlo. Sólo esa suerte de resignación que da la desesperación silenció sus labios.

-Es él –le dijo a Damián- ha vuelto… ¡Ha vuelto!

Y ese "ha vuelto" a Damián le sonó a segunda persona del singular, a acusación, a doloroso fracaso.

Los dos amantes se mantuvieron abrazados durante unos minutos. Amanda en tensión, incapaz de dirigirle la mirada. Damián consciente de que entre ambos había un tercero, un ser al que no conocía, creado por la imaginación de su novia que, sin razón aparente, había fabricado aquella barrera infranqueable que los separaba.

Amanda le pidió más tiempo. Damián, derrotado, lo concedió, convencido de que aquella separación sería definitiva, de que ella no sería capaz de vencer los miedos de su subconsciente. Temeroso, en cierto modo, de que ella, realmente, y aunque fuera desde la inconsciencia, no quisiera vencerlos.

No supo mucho más de ella. Tan sólo que, días después, el sueño había desaparecido. Que Amanda, no obstante, quería más tiempo. Que lo amaba, que lo necesitaba. Eso dijo cuando lo llamó. Que pronto volverían a estar juntos. Mintió. Y quizá ya sabía entonces que mentía. O no lo sabía y se mentía ella misma. Y quizá nunca supo que se mentía. Pero eso fue lo que dijo la última vez que habló con él.

Y Damián lloró la pérdida. Añoró a Amanda, aguardó sin esperanza su retorno y mucho tiempo después trató de restaurar su corazón. Ni quiso ni pudo saber si Amanda lo añoraba o lo había olvidado.

Ella tampoco supo más de Damián. Quiso borrarlo de su vida, aunque cada vez se acordaba más de él. Porque en su ausencia también desaparecía el fantasma nocturno. Y entonces podía añorar al Damián real que le había traído la felicidad. A la vez que temía volverlo real y próximo y traer con él, nuevamente, al monstruo de los sueños. Quizá Amanda veía cierta justicia en aquella pérdida. La pesadilla nocturna era un contrapunto, un perfecto equilibrio, a la felicidad diurna de la que había gozado a su lado.

Los hombres tienen miedo al compromiso. Las mujeres, a veces, más del que se atreven a admitir. Y Amanda ahora pagaba con pena el no haber sido capaz de vencer esos temores vagos que hicieron brotar en su subconsciente aquella imagen tan real del monstruo que no existía -¿o era el Damián del día el que nunca había existido?- para atemorizarla por la noche.

Y es verdad que la soledad es mala compañera. Y que Amanda añoró durante mucho tiempo a Damián. Que nunca encontró otro hombre que la llenara tanto como él. Pero la pena no es tan terrible como el pavor. El terror tangible, el pánico irracional, son sentimientos más fuertes que cualquier otro, incluido el amor, por apasionado que este sea, como bien sabe cualquiera que se haya visto arrastrado por el miedo hasta el borde de la locura. Mejor la

añoranza que los pavores presentes, por inconcretos e imaginarios que sean.

Juan Luis Monedero Rodrigo

METAFÍSICA Y ESTADÍSTICA

No me cabe ninguna duda de que los miedos que padece nuestra sociedad tecnócrata y libertina se deben, en buena medida, a su esencia materialista y pseudocientificante. En un mundo que niega el milagro mientras se arroja sin dudas a las más profundas simas de la depravación y el contubernio, parece no haber espacio para la esperanza. Aunque tampoco, me permito añadir, para la verdadera ciencia.

Mis largos años de estudio, y una cierta sensibilidad para lo sacro, me han permitido desarrollar una nueva rama del saber (y creo que con esta llevo ya inventadas trescientas dos ciencias en mi prolífica carrera) que arrojará luz y felicidad sobre esta sociedad en que la moral se esconde entre las sombras. Quiero presentar aquí y ahora a los lectores una nueva rama de la matemática. Diferente del resto no en sus instrumentos sino en sus contenidos y objetos de estudio. Más que a la matemática en general se refiere a la estadística y, si bien no tengo aún nombre propio para la misma y admito sugerencias por parte del público interesado, por el momento la llamaré metaestadística o estadística filosófica, por estar más allá de la realidad aunque la engloba en sus cálculos.

Que la democracia no es un sistema perfecto de gobierno bien lo sabemos. Al contrario, es bastante penosa al situar el poder en manos de las mayorías ignorantes. De ellas lo único fiable, siempre que los individuos se muestren sinceros, son las encuestas y estadísticas hechas acerca de los resultados.

En nuestros tiempos inmisericordes con lo bucólico nada hay más penoso que esa fascinación por el número que todo lo define. Y que a todos nos define.

Nadie en su sano juicio negaría la veracidad de una estadística bien hecha y de fiar. Todos nos creemos, y con razón, los incrementos de los precios al consumo, las tasas de inmigración o el crecimiento –la mengua siempre nos causa más duda y espanto- del

producto interior bruto y el normalmente consecuente incremento de la renta per cápita.

Pues bien, dicho esto a modo de introducción metodológica, debo señalar que mi aportación a este magnífico y nebuloso mundo de las cifras y la cuantificación consiste en una mezcla de los torpes métodos de elección democrática y la incuestionable precisión de la probabilística y sus aplicaciones.

Mi nueva ciencia, la metaestadística, nace de la conjunción de dos tipos de saber: el empírico nacido de la erudición y el matemático surgido del axioma.

A saber: cada vez que se necesitan obtener conclusiones fiables acerca de un problema se busca la opinión conjuntada de un grupo de expertos que arrojen luz y mollera sobre el asunto. Lejos de lo que opina ese torpe aprendiz de pensador llamado Lipodias, los expertos son una especie respetable y deseable. Siempre que sean expertos eruditos y no mequetrefes como el mencionado sujeto que se atreve a criticarlos (aquí podría usar un inmodesto plural de modestia que reflejaría cuan satisfactoriamente me siento incluido en el grupo de los eruditos expertos, no en vano mi opinión ha sido requerida en numerosas ocasiones, especialmente por la Sociedad Gastronómica de Cantimpalos para sus informes anuales) desde su completa ignorancia. Eso es verdadera democracia: recabar la opinión de quien sabe, no de quien quiere. Si votasen sólo los expertos el mundo marcharía mucho mejor. Se me llamará elitista y oligarca por ello, pero otra clase de democracia no es más que estupidez llevada al poder.

Por tanto, para cualquier asunto supuestamente subjetivo o de difícil prueba que queramos juzgar, la opción más adecuada sería trasladar nuestra duda al grupo de expertos informados sobre el tema que, una vez meditados todos sus intríngulis, dictaminen su veredicto, de manera conjunta o, preferiblemente, individual.

¿Por qué individual?, se me dirá, si lo que pretendemos es resolver la cuestión. ¡Ay, amigos! Aquí entra la segunda parte de mi procedimiento inductivo: la estadística que completará el estudio y mi magna obra. Si todos coincidimos en la fiabilidad de los expertos, eso no significa que no sea permisible la divergencia en sus pareceres. Por

tanto, a la hora de extraer conclusiones definitivas, es más que aconsejable poder cuantificar el grado de divergencia y la fiabilidad de la conclusión final.

Todo el mundo sabe, o debería, que en la estadística el aumento del número de datos mejora los resultados, así como el aumento de las hipótesis a valorar o la escasa definición de sus términos limitan mucho el poder predictivo y descriptivo de la técnica. Es por eso por lo que mi método de trabajo para la metaestadística se basa en la consulta de una de esas cuestiones peliagudas y supuestamente conflictivas y/o subjetivas a un grupo de expertos en términos que les obliguen a definirse en un sentido afirmativo o negativo para, a continuación, por el simple procedimiento de establecer medidas porcentuales, cuantificar la validez de la hipótesis contrastada.

Por si la base teórica de este mi artefacto intelectual resulta demasiado elevada para lectores escasamente cultivados que no querría tener yo ante mis páginas, añado a continuación los resultados de los dos primeros estudios que yo mismo he llevado a cabo para comprobar la fiabilidad de mi método, que ahora considero fuera de toda duda.

En primer lugar, me acerqué a la facultad de Teología para consultar a sus alumnos una pregunta históricamente peliaguda: ¿existe Dios? Está claro que quienes estudian tan alta rama del saber serán quienes mejor comprendan el alcance e implicaciones de la pregunta tras años de lucubrar sobre el sujeto de estudio. El resultado de mi encuesta fue altamente satisfactorio pues, de las quinientas entrevistas realizadas se concluyó que Dios existía, siendo las respuestas afirmativas a la pregunta del 99'4 % de los encuestados. A nadie debe sorprender ese 0'6 % de teólogos no militantes que bien puede achacarse a mero error experimental. Queda, en todo caso, demostrada por medio de la metaestadística la existencia del Supremo Hacedor.

Mi segunda cuestión no fue menos interesante. En el ámbito de la moral, me interesaba saber si era cierto que estamos viviendo unos tiempos de innegable degeneración moral. Dicha pregunta fue trasladada a la Sociedad Ultraconservadora de las Buenas

Costumbres que preside la egregia viuda de De Lego. Tal sociedad es, sin duda, la de mayor experiencia en la materia. Y he de decir que todas sus socias coincidieron en la realidad de dicha degeneración de los tiempos, lo que resuelve muy desfavorablemente para los intereses comunitarios esta cuestión socio-moral.

Hay, no obstante, quien ha tachado mis métodos metaestadísticos de acientíficos. Los pobres ilusos olvidan que las matemáticas nunca se equivocan. Sí lo hacen sus pobres cerebros de primate que les permiten aseverar sin reparo que mis investigaciones son sesgadas y, según algún lunático cuyo nombre no citaré por no avergonzarlo en público, ridículas.

Como mi confianza en este método de trabajo es absoluta, estoy dispuesto a someter a la consideración del gran público –presuponiendo que todos sus miembros son aptos para juzgar tan perogrullesca aseveración- la veracidad de mi ciencia. Es obvio que más del 50 % de los lectores que se dignen transmitirme su opinión dictaminarán que la metaestadística es un método fiable de trabajo lo cual, según yo entiendo, justificará su uso. Confiando en que los lectores coincidirán en la pulcritud de tan alta ciencia y con ello respaldarán sus conclusiones, no tengo más que despedirme de ustedes y emplazarles a participar a través de esta revista de un magnífico experimento de la más elevada espiritualidad.

Gazpachito Grogrenko
(recurrente descubridor de ciencias y
desenmascarador de falsarios)

VERSOS MAQUINISTAS
Tu sonrisa es mecánica
Cual caja de cambios automática.
Posees servodirección
Y tus pechos son redondos
Como las llantas de aleación
De mi Mitsubishi Twin-Turbo.
Cada vez que te veo me quedo más
Pillao que el Windows 2000

Porque tus microchips llevan
Sobrecarga de energía alternativa.
R.M.L.

PAVOR MEDIOCRE

Ya sabéis que, con lo que a mí me gusta joder, hay muchas cosas que me joden cantidad. La gente, casi toda ella, me suele joder bastante con sus estupideces.

Por ejemplo, por hablar de lo que me asusta de la gente, podría mencionar la mediocridad ajena. También me fastidia la mía, pero esa la tengo más o menos asumida y no me molesto mucho en ocultarla. Un mediocre con pasta no tiene de qué quejarse, digo yo. Sobre todo si puedes hacer lo que te dé la gana como es mi caso.

Y es que yo creo que genios no hay muchos que digamos. Aunque sí abundan los que se lo creen. Y esos están, precisamente, entre los prójimos que más me joden.

Me chinchan particularmente los imbéciles que van de únicos y originales. Son patéticos. La mediocridad general es normal, la suya es penosa, una mediocridad patéticamente penosa.

A estos bobos les asusta el ser gente normal y corriente. Les espanta caer en la mediocridad, como si fuera un crimen o un pecado. O una enfermedad. Los muy gilipollas no se dan cuenta de que la cuestión no es ser original o creerse único.

Algunos piensan que es muy difícil destacar entre el rebaño. Y son capaces de cualquier cosa por escapar de esa mediocridad que tanto les asusta. Claro que lo de la dificultad es muy relativo. Destacar y escapar de la mediocridad/normalidad es bien sencillo. La cuestión es si queremos destacar por méritos positivos o por cualquier motivo.

Lo difícil es destacar en positivo. Uno puede ser listo y hasta brillante, pero las lumbreras no abundan. Uno puede ser guapete o simpático, pero guapos guapos y tipos encantadores de verdad tampoco hay tantos. Porque no es tan fácil. Para destacar por tus virtudes, primero tienes que tenerlas. No se pueden inventar y, cuando se fingen, al final se descubre el pastel y en vez de mediocres nos convertimos en unos mierdas para el resto del personal.

Sucede, eso sí, que en nuestro tiempo –no sé si en el pasado ocurría igual porque yo no estaba allí para juzgarlo- hay mucha gente a la que no le importa destacar por sus defectos. Aun admitiendo que poseer un defecto en grado sumo no es cosa simple, no me parece muy sensato querer destacar por ello. A uno, que ni quiso ni pudo aprender demasiado en la escuela, sí se le ha quedado en la cabeza la idea de que los defectos deben ser pulidos. Para eso, entre otras cosas, se supone que está la educación. Lo normal es que uno intente corregir y superar sus defectos o al menos, si es un vago como yo, trate de ocultarlos del mejor modo posible. La gente con dos dedos de frente suele preferir pasar desapercibida a dar la nota y ser catalogada como palurda, por no usar un calificativo peor.

Pero al mediocre inconformista, que ni siquiera puede destacar por esos defectos mayúsculos e indisimulables, no le queda otro modo de escapar de su normalidad que la caspa. Hoy en día es la moda. La caspa o la pseudogenialidad, que es lo que se pretende aparentar, aunque siempre se convierte en la primera.

Si a estas alturas alguien me dice que no sabe qué es eso de la caspa, es que vive en otro mundo. La caspa y los casposos son los protagonistas de la actualidad. Los famosos, famosillos y famosetes siempre son gilipuertas exhibiendo miserias ciertas o fingidas. Los reyes del famoseo están dispuestos a inventar líos de cualquier tipo con tal de alcanzar notoriedad. Y lo más triste es que siempre habrá, dentro de la inmensa cohorte de los mediocres, un grupo que los apoye, que se sienta, en cierto modo, identificado con ellos y aspire a su emulación.

El bobo que se mete a cantante sin saber, el mequetrefe que se enrolla con la modelo o la folclórica decrépita liándose jovencitos para tener una portada y el imprescindible minuto de gloria predicho por el señor Warhol –glamuroso príncipe de los mediocres metidos a genio. Todos ellos son ejemplos de la caspa. Artistas que confunden la genialidad con hacer lo que nunca nadie hizo antes, que pretenden destacar por novedosos, revolucionarios o desagradables antes que por talentosos. Uno tiene la sensación de que si no sabes lo mejor es callarte. Pero hoy en día el que calla no tiene pantalla ni página. No existe. Y claro, si la cuestión es existir –para los demás, que es la

única manera de sentir que se es, por más que dijera el tal Descartes-, entonces a todos nos tocan la fibra sensible y estamos dispuestos a ponernos con el culo al aire en un estadio de fútbol para que las cámaras nos capten y así poder saludar a los colegas.

De verdad que me alucina esto del famoseo y los mindundis-estrellas. Claro, los ves y piensas que tú también podrías estar allí. Aunque digo yo que para qué. Y me contesto que, en mi caso, la única razón sería la pasta. Que me imagino que, al margen del estrellato ficticio tras el que se escudan, es lo que buscan la mayoría de los petardos notorios. Que luego, sin embargo, te salen con que tienen un nombre que defender. Sí, y un pedazo de mierda pestilente en la cabeza que es lo que obliga a los demás a volverse para mirarlos. Cosa que tiene mucho éxito.

La verdad es que siendo el mundo como es de nosotros los mediocres no sé por qué nos empeñamos tanto en negar nuestra esencia. Mejor aplaudir nuestra vulgaridad antes que las memeces ajenas. Pero claro, siempre es más fácil aplaudir al mediocre casposo con el que nos identificamos que al tío realmente talentoso al que no podemos entender y nos hace sentir unos mierdas.

A mí, la verdad, me causa miedo toda esta gilipollez. Me puedo reír un rato viendo a los cantamañanas haciendo el gilipichis en la tele o diciendo chorradas para la prensa, o explicando sus películas y libros sin pies ni cabeza, o demostrando la calidad de sus cuadros, esculturas, música o teatro. Pero al rato me da la náusea y un impulso repentino de acercarme al retrete y aliviar el malestar intestinal.

Lo cierto es que esos tíos me dan, a partes iguales, miedo, asco y pena. Y me parece un exceso dedicarles este artículo que me está saliendo demasiado serio y sesudo –pseudosesudo desde mi pseudogenialidad casposa de mediocre metido a sabihondo e incluyendo estúpidas citas cultistas con las que darme el pote aunque no vengan a cuento- para lo que es habitual en mí. Normalmente prefiero tomarme las cosas a guasa y cachondearme del personal. Pero de estos, aunque me cachondeo, la verdad es que no me hacen maldita la gracia. Y, lo que es peor, al escribir en este plan tío guay, me estoy dando asco yo mismo, tirándome faroles para destacar. Como estoy empezando a provocarme náuseas y un cierto apretón del

bajo vientre que me va a obligar a retirarme al excusado, mejor corto aquí y dejo de meditar. A ver si la próxima vez estoy más chisposo y os cuento alguna cabronada que haga más gracia que esta mierdecilla.

Como hace tiempo que no os lo digo: ¡que os den!

Sergi Lipodias

POR MIEDO A QUE TE VAYAS

Sabes cuánto me asusta que te vayas,
que partas de mi lado antes del alba.
Y sé que todo es porque aún desconfío
de que sea por amor que estás conmigo
y no sólo por lástima o tristeza.
Pienso que me confunde la esperanza
y que es mi amor por ti lo que me engaña.
Que acabaremos siendo sólo amigos,
que tu actual pasión es desvarío
y mi amor sólo existe en mi cabeza.
Por eso, antes de que sueltes amarras,
procuro ser yo quien te da la espalda.
Huyendo de una pena que maldigo
te aparto de mi lado y me marchito.
Convierto así tu amor sólo en quimera.
Confieso que el futuro es quien me espanta,
que el miedo de perderte me atenaza.
Sé que no es imposible tu apetito
por mí que lo siento como inaudito.
Por no sufrir ignoro tu belleza.
Más cobarde que yo quizás no lo haya,
mas piensa que mi amor por ti me mata.
Quisiera que tú fueras mi destino,
pero si has de apartarte del camino,
prefiero mi invierno a tu primavera.

Martín Antón Pirulero

TERROR GUERRERO

Decir que te asustan las guerras es una perogrullada. ¿Cómo no ha de asustarme la guerra? Y uno supone que el mismo sentimiento invade a toda la humanidad ante su sola mención. Pero, entonces, ¿por qué se nos organiza una guerra nueva cada dos por tres y miles, si no millones, de personas se vuelven dementes sedientos de sangre en mitad de cualquier enfrentamiento?

Lo que no evita que a todos nos asuste la guerra. Y a algunos parece que hasta eso les gusta. La propia sensación de miedo y peligro les da vida, confianza en sí mismos. Los convierte en otros hombres ante sí mismos.

Objetivamente la guerra no nos puede dejar de parecer espantosa. Lo es por el dolor, el sufrimiento, la muerte. Porque demuestra la cantidad de miseria que cabe en una existencia humana.

Pero más miedo aún me causan los teóricos de la guerra. Aquellos capaces de justificarla. De encontrarle las razones, las ventajas y los fines. Que sin duda existen. Y eso es lo más triste. Porque entonces ya no se trata de simple locura, sino de maldad y violencia organizadas, que siempre son más terribles que la propia pérdida de control. Es más pavorosa la lógica de la guerra que su sinrazón.

Y en este escenario de terror, la actualidad nos presenta la más abominable de las guerras. Ante ella parecen buenas y sensatas las violencias ejecutadas en nombre del vengativo ojo por ojo, o las egoístas pero sinceras guerras de ocupación y explotación. Todas ellas son superadas por otra que, a la par, las incluye y enmascara. Hablo de la guerra preventiva: atacar al posible enemigo antes de que lo sea. Destruirlo ante la posibilidad de que se nos enfrente. ¿Acaso es que merecemos su odio previo para que lo presupongamos? No sé de dónde proviene el invento, pero me hace añorar las dulzuras de aquella maravillosa Guerra Fría que pasó a la historia.

PROPUESTAS PARA UNA TARDE *DE MIEDO*.

Al padre de B y C.

Deja que te desnude un martes por la tarde,
que viaje al paraíso en tus labios

y me pierda en tus besos.
Deja que flote en tu cintura
y me sumerja en tu mirada.
Deja que me empape entre tus piernas
y me ahogue en tu semen.
Deja que te seque con mi lengua
y te arrope entre mis brazos
Deja, en fin, que te recorra sin permisos ni peajes.

La madre de B y C.

Pipiola

LA OBRA MAESTRA

Que casi nadie hoy conozca quién fue Antonin Browver es cosa natural. También que muchos, sin saberlo, admiren su obra. Así, en singular, y referido el comentario a una sola de sus pinturas. Incluso los expertos que han estudiado su época y al autor coinciden en que el resto de su producción es completamente prescindible. Sólo una obra merece salvarse. Y hay quien no se conforma con rechazar el resto, sino que reniega del propio autor.

El arte envejece maravillosamente bien. Si pierde color o definición no importa. Si los pigmentos de los cuadros se oxidan o las telas se agrietan por los años, el valor de la obra todavía puede aumentar.

No siempre sucede igual con los artistas. Algunos son recordados y ensalzados. De otros nadie recuerda apenas nada. Se suele decir que su obra habla por ellos y es su legado. A la mayoría eso les basta, y les complace pensar que sus telas los sobrevivirán.

También hay pintores que malviven sin gloria ni, lo que es más importante, dinero. La mayoría permanecen desconocidos, igual que su dudoso arte que no fue sancionado en vida por los críticos o las galerías. Algunos de estos artistas son valorados después. Se les considera maestros incomprendidos y sus cuadros que no les dieron apenas para comer se convierten en valiosísimos objetos de colección, perlas de cualquier subasta que se precie.

De poco le sirve al autor ese éxito post mortem aunque, si fuera preguntado en vida, probablemente preferiría esa gloria futura y duradera antes que la ignorancia en la que vive.

Pero aún hay para el artista algo peor que ser ignorado o despreciado por sus contemporáneos y olvidado por generaciones posteriores. Aunque quizá no sea "olvido" la palabra más adecuada, pues sólo se olvida aquello que alguna vez se supo. Hay algo peor que esa ignorancia. Y en ese sentido es un magnífico ejemplo, si no el único, el caso de este pintor semiolvidado que acostumbraba firmar como Antonin de Haarlem. De él se conoce un sólo cuadro, aunque pintó muchos más cuya pista se ha perdido en la mayor parte de los casos y que merecen permanecer ignorados. Se trata de un óleo llamado "La caída de Lucifer". Un cuadro hermoso, único. Que en nada se parecía, según decían sus contemporáneos del siglo diecisiete, al resto de su patética obra. Era este Lucifer su obra maestra por la que merecería ser recordado si no fuera porque casi todos los críticos están de acuerdo en que no es obra suya. Los más sensatos dicen que el Lucifer es una obra anónima, contemporánea de Haarlem, y de la que el olvidado Antonin se apropió, con lo que se convierte en ladrón y falsario, características poco adecuadas para pasar a la posteridad –aunque algunos prefieran esa fama a la completa ignorancia.

Otros, más crédulos o imaginativos, cuentan una historia diferente acerca del pintor y su supuesto cuadro. Más interesante también, por lo que merece la pena ser relatada como cosa verídica.

Nuestro Antonin Browver nada tiene que ver con la escuela de Hals. Se confesaba discípulo y admirador de Rembrandt. Pero, por lógico que fuera su deseo de emular al gran maestro, que se sepa nunca lo conoció. No estudió con él ni con ninguno de sus discípulos. No se conoce, realmente, si tuvo algún maestro de renombre o si llegó a trabajar en algún taller conocido. Sólo se sabe que fue comerciante de vidrios en la ciudad de Haarlem, donde instaló su pequeño taller de aficionado. Realizó malísimos retratos para algunos vecinos y amigos. Probó con los paisajes, las marinas y el bodegón. Sin éxito. Sus temas mitológicos tienen la virtud del misterio, pues rara vez se logra identificar por sus señas de identidad a los héroes y dioses que

pretendía reflejar. Era, en resumen, un mal pintor, con poco oficio y ningún talento. Con bastante vocación y esa suerte de amor propio que nos hace persistir en aquellas aficiones para las que estamos negados pero sentimos profundo amor.

Sus únicos éxitos, si es que de éxitos puede hablarse, se dieron en la pintura religiosa. No se sabe si era católico, aunque no parece probable. Pero realizó unas cuantas pinturas sacras para ciertas parroquias miserables de la comarca, sin dinero ni feligreses tras la marcha de las tropas españolas. Son sus cuadros de cristos, santos y vírgenes los únicos que han llegado hasta nuestros días. En conjunto no son más que una docena. De los temas laicos sólo quedan un par de muestras deplorables. Y de toda la producción, sin embargo, destaca poderosamente su Lucifer. Tan hermoso, tan bien acabado que el contraste con los demás cuadros es incontestable. Este Lucifer, fechado en mil seiscientos ochenta y ocho, parece ser el último cuadro que realizó. No, según se dice, porque considerase alcanzada la culminación de su arte, su obra maestra que anulaba todo lo anterior y eliminaba la posibilidad de superación, sino por causas más oscuras relacionadas, eso sí, con la exquisitez del resultado.

No se sabe quién hizo el encargo de la obra, puesto que nunca fue entregada. Encargo existía, pues sin pagador el pintor nunca habría iniciado una de esas obras pías que, según confesión propia, le agradaban menos que los interiores que tanta fama dieron a algunos de sus coetáneos. Pero el pintor nunca entregó el cuadro y es de suponer que jamás dio por concluida su obra que, a su muerte, se encontró escondida bajo una tela en el desván de su casa. Como si se avergonzase de aquello, renegase de su obra o, sucintamente, admitiese que no era cosa suya que tuviera derecho a exhibir.

Unos dicen que su obra maestra, conocida póstumamente, fue el resultado de un hurto. Pero ciertas cartas escritas de su propio puño y letra a un amigo teólogo fueron las que dieron pie a la leyenda. Según se reconstruye la historia a partir de ellas, el relato del cuadro es más extraño e inquietante que el habitualmente aceptado.

Antonin de Haarlem, ya un cincuentón con pocas esperanzas de alcanzar el éxito a través de unas dotes artísticas de las que era el primero en desconfiar, se embarca en una nueva pintura. Quizá por

simple afición, porque no puede dejar los pinceles, acepta el encargo de plasmar en una tabla de tamaño mediano –casi dos metros de largo y otros tantos de ancho- la escena bíblica de la caída del Príncipe de los Infiernos tras su fallida rebelión celestial. El hermoso Lucifer, trastocado en monstruoso demonio, es arrojado por los arcángeles triunfantes hacia una sima oscura, como un pozo sin fin, que pretende representar el infierno al que ahora queda condenado.

Técnicamente, el pobre Antonin se muestra ambicioso. Sus pocas dotes difícilmente le permitirían plasmar en el óleo los rasgos malvados, el vértigo del abismo o la majestad de los ángeles fieles. Pero el pintor no se arredra y se empeña en la terrible tarea. Con paciencia, empieza a trazar un esquema a seguir y, sobre el boceto inicial, va deslizando pinceladas gruesas y seguras sobre las que, más adelante, pretende incrustar los trazos finos del detalle.

Antonin toma un par de modelos para sus ángeles: su mujer y una de sus hijas, enamorado, sin duda, de los rubios bucles de ambas. Para el demonio no usa modelo. ¿Cómo identificar la monstruosidad del Tenebroso con una persona de carne y hueso? No, la malevolencia de Lucifer debe extraerla de su imaginación pero ésta, torpe y poco iluminada por la inspiración divina, no es capaz de trazar un rostro que exprese todo lo que se pretende. Si en su mente la idea era clara, su mano tampoco le permite plasmarla a su gusto. El Lucifer de Antonin no le deja satisfecho. Cara de malo no tiene. Tan sólo es feo y deforme. En sus ojos se aprecia más la expresión del lunático que la del mal absoluto.

En dos semanas nuestro Antonin no ha resuelto el problema. Repasa, retoca, añade una nueva capa y diluye la anterior, pero el resultado no mejora. Antonin nunca fue un buen retratista. Menos aún puede inventar un rostro creíble y expresivo.

Un día, cansado, decide aparcar el retrato hasta mejor momento. El comprador no debe de ser impaciente o nunca confió demasiado en el artista. Ha de ser un amigo comprensivo. Antonin deja el cuadro en el desván y se dedica, durante unos cuantos días, a atender únicamente a su negocio y su familia. Pero tiene demasiado amor propio como para rendirse tan fácilmente y una mañana vuelve al

zaguán para retomar el cuadro. Lo baja al salón que le sirve de taller y allí lo descubre. Pero… ¡Pero ese no es su cuadro!

Allí están los ángeles y el demonio, allí el abismo y las nubes celestiales desde las que Lucifer fue arrojado. Es el mismo bosquejo, pero los ojos de los ángeles que él pintó no son esos. No son esas las expresiones que el pintor recordaba en sus rostros. ¿Tan torpe ha sido como para confundir la expresión de altivez con mera envidia? Y Lucifer es distinto. No es tampoco su Lucifer. Este tiene más carácter, tiene rostro. Una cara que expresa sufrimiento y temor, pero también orgullo, cierta soberbia.

¿Tan torpe es su arte como para haber hecho aquello? ¿Tan pobre su memoria como para haber olvidado los detalles? No es extraño que no se sintiera satisfecho con la progresión del cuadro. Aunque no era esa la pintura que creía recordar. Es seguro que su memoria ha fallado tanto como su poco hábil mano. Nadie en su sano juicio, ningún buen cristiano, pintaría un Lucifer admirable en su caída al que observan unos envidiosos ángeles de aspecto depravado desde su altura celestial.

Antonin decide que debe terminar el cuadro le cueste lo que le cueste. Por pobre que sea su técnica, por torpe que sea su pincelada, no puede dejar aquel cuadro en tan aberrante estado. Como sea debe corregirlo. Aunque no pueda convertirlo en una gran obra, debe retocar los detalles para hacerlo digno: Lucifer el monstruo es arrojado a los infiernos por unos ángeles justicieros de bondad resplandeciente.

A partir de ese día Antonin Browver se dedica en cuerpo y alma a la conclusión del cuadro. Encargo o no, ahora es un desafío personal el concluirlo. Aunque para ello tenga que descuidar sus negocios o aun su propia familia. Y es aquí donde el relato del pintor se vuelve más interesante.

Antonin emborrona el rostro del demonio. Intenta trocar su gesto majestuoso por otro más adecuado. No está satisfecho con la cara de bobalicón que le ha quedado para el Malvado. Sabe que deberá rehacerla, pero, cansado como está, la deja para la siguiente jornada.

Con el nuevo día, Browver ha adquirido renovados ánimos. Dedica la mañana a trabajar en sus vidrios. La tarde es para el taller y el cuadro. Tras comer con su familia sube al desván donde tiene montado el taller y se dirige a la tela. Lo que ve vuelve a sorprenderlo. ¿Nuevamente le ha traicionado su memoria? ¿O acaso deba empezar a preocuparse más por su salud mental que por su pobre técnica? Sus trazos del día anterior le parecen borrados y rehechos. Él está seguro de no haber trazado esos nuevos rasgos para el Ángel Caído. El suyo tenía cara de bobo, no ese gesto desafiante y confiado pese a la desgracia. Es como si otra mano hubiera pintado esos rasgos en su ausencia. Pero no… El problema deben de ser sus nervios, se dice confuso el pintor. Y, afanoso, intentando así serenarse y recuperar el dominio sobre sí, retoma la paleta, mezcla sus colores y se dedica a añadir color al paisaje. Otro día retocará ese rostro. Aunque debe reconocer que nunca antes había logrado una expresividad como aquella. Ni sus manos habían trazado voluntariamente un rostro tan hermoso y creíble como aquél que había hecho sin querer y, sin embargo, debería haber sido horrendo.

Antonin está satisfecho con la tarea del día. Pintar nubes y túnicas no se le da demasiado bien, no controla los pliegues, las transparencias ni menos aún la luminosidad de la escena, pero, cuando menos, el resultado es reconocible. Mira una vez más el rostro iluminado de Lucifer y, con un mohín de desagrado, abandona el cuadro y la sala. Mañana rehará el rostro, se dice. Aunque, en el fondo, se marcha preocupado. Temiendo estarse volviendo loco y, a la vez, temeroso de que exista esa mano invisible que, en su ausencia, modifica el cuadro.

-¡Pamplinas! –exclama en voz alta mientras baja la escalera.

La cena lo anima bastante. Su mujer, preocupada por su preocupación, le ha preparado un guiso especial. Antonin casi se olvida, por el momento del cuadro, y no le cuesta demasiado vencer la tentación de retornar al taller para comprobar que la pintura quedó como la dejó.

Por la noche no descansa bien. Tiene pesadillas vagas en las que voces extrañas se burlan de él mientras admiran un cuadro que él

acaba de pintar. No es congruente, se dice en sueños, que nadie se burle de un cuadro tan hermoso.

Cuando despierta, apenas si ha amanecido. Antes de vestirse, sube con el camisón y una simple palmatoria hasta el taller. Se encamina directo al cuadro y lo observa con atención. Lo que ve lo despierta del todo, a la par que lo sorprende y lo llena de inquietud. Por un momento, antes de cruzar el umbral de la sala, le ha parecido oír un ruido extraño, como de pasos arrastrándose y, a lo lejos, el eco de una risotada semejante a las de su sueño. El cuadro está en su lugar, pero Browver, con el dedo, comprueba que algunas pinceladas son frescas. Las de la noche anterior aún no han podido secarse del todo, pero esas no son las suyas. Como tampoco son obra suya los pinceles sucios sobre la paleta removida en la que reposan colores que él no recuerda haber mezclado.

-Me estoy volviendo loco –se dice una vez más, mientras se frota los ojos tratando de sacudirse el sueño y las visiones de encima.

Pero el cuadro sigue tal cual lo ha encontrado. La paleta llena de pintura fresca, los pinceles sucios con colores que él no empleó, las pinceladas sobre el lienzo formando la espléndida túnica de un ángel pudoroso y el cuerpo espléndido y musculoso del diablo apenas comenzado a trazar con esos colores increíbles que no han salido de su imaginación.

Aquel día Antonin no acude al taller de vidrios. Permanece en el de pintura tratando de retocar su cuadro. Tratando de borrar esos trazos que su memoria no recuerda o son obra de su locura. Lo que más le irrita no es su posible locura. Lo peor es pensar que ese Antonin demente al que no conoce es el responsable de pinceladas de maestro de las que nunca fue capaz el artesano cuerdo que ahora se enfrenta a una obra que le resulta ajena.

Con saña, destroza los hermosos rasgos de Lucifer y se esmera en cambiarlos por el rostro malvado que tiene en mente, con todas las señas clásicas del Malvado: nariz puntiaguda, barbas de chivo, orejas picudas, cuernos, ojos rasgados, casi felinos. Bien mirado, el estropicio es considerable. Con paciencia logra alterar de tal modo el cuadro que ya nadie reconocería ninguna de las pinceladas

que fueron capaces de dotar de vida y de un bello rostro al mismísimo Satanás.

La túnica del ángel no la rehace. Se limita a esbozar la del segundo –el que pretendía inspirarse en su hija. Deja para mejor ocasión convertir el cuerpo magnífico del demonio en la piltrafa contrahecha que había decidido.

Su mujer no se atreve a subir al taller. No lo ha hecho nunca. Menos lo va a hacer ahora que su marido parece tan preocupado y embebido en su afición. Teme por el negocio familiar, pero se limita a enviar a la hija –ni siquiera manda a una criada- para que avise a Antonin de que la cena ya está puesta y no ha comido nada en todo el día. El pintor, tan concentrado como estaba, no se ha dado cuenta de que las horas han pasado una tras otra. Efectivamente, la luz está comenzando a declinar.

Satisfecho porque el cuadro vuelve a parecer un Browver, el pintor coloca un trapo por encima del lienzo y, suspicaz, próximo al concepto de paranoico que le es desconocido, ata la tela con una suave cinta de seda que adornaba un viejo vestido de su hija. Tontamente contento tras ese gesto de desconfianza, se reúne con los suyos e intenta tranquilizar a su esposa.

Pero el día después es el más terrible. Es capaz de atender sus obligaciones durante casi toda la jornada en su comercio de vidrios donde incluso compensa por la tarde las horas perdidas durante la víspera. Pero cuando vuelve a casa no se resiste a subir al desván y contemplar su obra, quizá hacer un retoque que desbarate todo aquello que pudo trazar su mano inconsciente. La sorpresa es mayúscula. La tela está sobre el cuadro, pero la cinta reposa, sin atar, sobre el propio caballete. Ahora no le cabe la menor duda de que alguien ha entrado en su taller a manipular la pintura. Levanta la tela y ve sus temores confirmados: Lucifer vuelve a lucir espléndido y sus ojos, tan llenos de inteligencia como de orgullo, parecen posarse desafiantes en los de su observador, como si fuera el dios ante el que se acaba de rebelar.

Antonin siente un escalofrío que le recorre de la cabeza a los pies. Algo en su interior le anima a gritar. Se contiene aunque, por algún inexplicable motivo, se siente rodeado por presencias extrañas

que vuelven a reírse a sus espaldas. Confuso, se niega a admitir que todo sea obra de su imaginación trastornada. Se sobrepone a la impresión y a su propio instinto y va corriendo escaleras abajo hecho un basilisco. Ya no tiene ánimo para seguir pintando, pero llama a su mujer, a su hija y a todos los criados para abroncarlos. Alguien ha entrado en su taller dice. Pero él descubrirá quién, amenaza. Porque nadie se ríe de Antonin Browver a sus espaldas y menos ante sus barbas. Como nadie admite la culpa, toma la llave del desván y sube a cerrar la puerta. Nuevamente tapa el cuadro y lo ata. Ahora, incluso, derrocha la trementina para asegurarse de que la paleta y los pinceles quedan inmaculados. El bromista ya no podrá burlarle.

Con la satisfacción de los locos, baja al salón donde le esperan su familia y la servidumbre, como si aguardasen un segundo capítulo de la regañina.

-Estad seguros de que atraparé a ese maldito. Y cuando lo atrape, ¡ay de él!

Aquellas palabras, su tono y la expresión al pronunciarlas amedrentaron y confundieron a los criados, pero a la mujer del pintor la sumieron en profunda consternación. Ahora estaba convencida de que su marido había enloquecido por completo.

El nuevo día no trajo la tranquilidad sino al contrario. Tras una noche plagada de pesadillas e inquietud, Browver, a la mañana siguiente, lo primero que hizo fue subir al desván. Tan sólo para encontrarse la puerta cerrada como la dejó –lo cual le causó cierta satisfacción- y, en el interior –para su completa consternación- el lienzo descubierto, la paleta llena de pintura y los pinceles sin limpiar. Pero él los había limpiado. Igual que había cubierto el cuadro con la tela. Estaba seguro de ello. Lo que sólo dejaba tres posibilidades: que existiera el ladrón bromista capaz de colarse en su taller y pintar con mano maestra sobre su cuadro, o bien que fuera él mismo el demente que, en mitad de la noche, abría con su propia llave, mezclase los colores y emplease los pinceles para alterar y mejorar su obra. Y, en tercer lugar, que las presencias misteriosas que su instinto le hacía temer y cuya intuición hacía que se le erizasen los pelos de la nuca fueran reales y fueran manos fantasmales o demoniacas las que

alteraban una y otra vez su pintura colocando belleza y maestría donde él sólo podía poner su mediocre oficio.

Browver se detuvo una vez más para contemplar el cuadro. Lucifer estaba prácticamente terminado y lucía espléndido y divino. Tan bello y lleno de gracia como debió de ser antes de la caída. Y los ángeles de rostro bobalicón mostraban en sus semblantes una mezcla de ira y envidia que bien podría haber cuadrado más con el rostro del Maligno.

El pintor salió del desván, cerró la puerta tras de sí y bajó corriendo, como alma que lleva el diablo –quizá nunca mejor dicho-, hacia el salón.

Su mujer sintió un repentino escalofrío al ver la palidez de su marido, su gesto asustado y demencial. No pudo evitar un estremecimiento antes de preguntarle qué le sucedía, tratando de parecer natural y despreocupada.

Antonin no supo qué decir. Se limitó a reafirmarse en la idea de que alguien se colaba por las noches en su taller y que no estaba dispuesto a consentirlo. Aseguró que permanecería en vela si era necesario para atrapar al malvado. Si era un criado o un amigo bien podía prepararse para su justa cólera. Olvidó decir que, caso de encontrar al supuesto intruso, se habría sentido muy aliviado al comprobar que fuera un ser de carne y hueso.

Aquel día no trabajó con sus vidrios, sino que se quedó en el taller de pintura, manchando una vez más las perfectas pinceladas que no eran suyas. Logró estropear lo suficiente la pintura como para que ya no se reconocieran los gestos de los personajes. No descansó ni para comer. Pidió a su mujer, por medio de un criado, que le subieran la comida al taller. Lo hizo la propia esposa, deseosa de comprobar hasta dónde llegaba la locura del marido. Allí no encontró nada extraño salvo la vehemencia con que Antonin trabajaba sobre la pintura, que pudo vislumbrar desde lejos y tuvo la impresión de que se trataba de una obra mejor que las otras que conocía de su marido. Con eso hubo de conformarse, pues pronto su esposo la echó de allí visiblemente malhumorado.

Con la noche terminó la tarea artística y Antonin Browver se convirtió en policía de su propio desván. Esta vez no se conformó con

cerrar puertas y ventanas ni cubrir el lienzo con un trapo. Se encerró bajo llave dentro del taller y se sentó en la banqueta desde la que pintaba, cómoda para el artista, pero insufrible como lugar de reposo. Pensando que así no se dormiría y atraparía al intruso, fuera quién fuese, Antonin permaneció hora tras hora en monótona espera. Hasta que, poco a poco, sus ojos se fueron cerrando a la luz de la única vela que lucía en la sala.

Si llegó a dormirse del todo o quedó sumido en ese duermevela confuso que envuelve al que, sin quererlo, va siendo arrastrado por el sueño, Antonin se despertó sobresaltado al escuchar ruidos a su alrededor. Su primera mirada se dirigió a la puerta, que permanecía cerrada a cal y canto. Cuando se desperezó un poco comprobó que el ruido provenía del interior del desván. Era el sonido amortiguado que siempre lo acompañaba al trabajar, pero ahora le resultaba distinto y molesto por cuanto no procedía de sus manos. Y, lo más sorprendente de todo, era que allí, frente a él, a apenas tres pasos de distancia –que eran los que lo separaban del lienzo- podía ver la paleta y un pincel flotando en el aire. El sonido que lo había sacado de su ensoñación procedía, sin duda, de los otros pinceles, que reposaban en su vaso después de que una mano invisible hubiera dejado allí con tintineo característico uno de ellos antes de recoger el que ahora usaba. El pincel se deslizaba con soltura sobre la tela, marcando pinceladas nítidas y contundentes que pretendían realzar los contornos de Lucifer. Antonin tuvo que ahogar un grito. Y aun fue capaz de pellizcarse para comprobar que no dormía mientras el pincel se introducía en un vaso con trementina para deshacerse del pigmento y volver a caer con los otros pinceles para ser cambiado por uno más fino que, al instante, se posó sobre el lienzo para seguir con la tarea.

Consciente de que aquello era una locura, pudo más en él la curiosidad que el espanto y, con la palmatoria en la mano, se levantó y se puso junto al lienzo. Deslizó la mano libre a través del hueco que creía debía ocupar el pintor invisible, pero sus dedos no tropezaron con objeto alguno. Aquello hizo que las rodillas le empezaran a temblar. No obstante mantuvo la compostura lo suficiente como para alargar la mano hacia el pincel que estaba siendo usado, en busca de la

fantasmagórica mano ejecutora. Tampoco esta vez sus dedos encontraron el obstáculo esperado. Estaba a punto de gritar, pero su mano se aferró al pincel y trató de moverlo. Entonces, una fuerza inesperada y poderosa le impidió modificar la trayectoria de la última pincelada y sintió como, contra su voluntad, el pincel se deslizaba una vez más sobre el contorno del hermosísimo demonio del cuadro.

-¡Maldito! –masculló Antonin al borde de la histeria, y siguió pugnando con el pintor invisible, decidido a quebrar el pincel antes que consentir el ultraje.

Un viento gélido sopló entonces dentro del desván, sin que se supiera su procedencia. La palmatoria se apagó y todo quedó en penumbra, aunque la mano de Antonin siguió moviéndose al compás de la pincelada de aquel pintor al que no molestaba la ceguera. De inmediato, la corriente de aire, o quizá fue un mero empujón de algún otro ser invisible –Browver no fue capaz de discernirlo- arrojó a Antonin lejos del cuadro rodando por el suelo. La puerta, pese a estar cerrada con llave, se abrió como si tuviera voluntad propia y, a la luz tenue que llegaba desde el pasillo que debería haber estado en penumbra, Browver creyó vislumbrar una sombra delante del cuadro. Aquella fuerza que lo había arrojado al suelo siguió empujándolo hasta dejarlo fuera del taller. La puerta se cerró entonces con estrépito, dejando al misterioso pintor frente a su maléfica obra. Antonin, ya completamente fuera de sí, creyó escuchar una voz dentro de su cabeza. Las palabras sonaban melodiosas y eran pronunciadas en un tono casi amable o bromista:

-¡No me molestes más, infeliz! –dijo aquella voz tan temible como sugerente- Deja en paz mi cuadro y no quieras mancillar mi aspecto verdadero con tu inculta chapucería.

Antonin se quedó mirando la puerta con ojos como platos. Tan asustado como sorprendido, tan ensimismado en su repentina estupidez que no se dio cuenta de cómo su mujer y uno de los criados lo zarandeaban. De las lámparas de aceite que ambos portaban procedía la tenue iluminación del pasillo. Al ruido y a los gritos del pintor, mujer y criado habían acudido presurosos para atrapar al ladrón o, lo que más temían y les pareció innegable, tropezarse con el amo totalmente enloquecido y fuera de sus casillas.

-El Diablo, es el Diablo –susurraba totalmente ausente el bueno de Browver mientras su mujer, incapaz de reaccionar, se limitaba a sollozar, lamentando, quizá, su triste futuro al lado de aquel hombre.

El criado, más práctico y con menos motivos para verse afectado, fue quien se encargó de recoger el guiñapo que era su amo y llevarlo en brazos escaleras abajo hasta su cuarto. Luego, sin que fuera necesaria una orden del ama, se puso el calzón, la camisa, las botas y se echó una capa por encima para ir a buscar la ayuda del doctor y sacarlo de la cama en mitad de la noche.

El galeno diagnosticó un ataque de nervios y ansiedad, que achacó al exceso de trabajo, y que podía haber sido anunciado, sin coste alguno, por el propio criado que lo atendía. Recetó una infusión que lo adormeció e indicó a la señora Browver que debía tomar aquellas hierbas en tanto no lograra serenarse. Seguidamente le pasó la suculenta minuta y dejó a toda la gente de aquella casa sumida en la preocupación por el cabeza de familia.

Browver tardó en recuperar el sentido. Gracias a las hierbas, durmió el resto de aquella terrible noche como un bendito. Cuando despertó lo observaban varios pares de ojos, correspondientes a mujer, hija y servicio, pendientes todos ellos de su mejoría. Al recordar la noche anterior quiso creer que todo había sido un mal sueño, pero no pudo convencerse de ello. Como él no tenía fuerzas ni ánimo para comprobarlo –ni su mujer le habría consentido levantarse- pidió a los criados que se fueran y habló con su esposa, dispuesto a sincerarse con ella. La señora Browver no sólo no le creyó sino que terminó de convencerse de que el marido estaba completamente demenciado. Pero tanto le insistió Antonin con aquel cuento del cuadro y el fantasma –no se atrevió a afirmar, como creía de corazón, que el autor de sus males era el propio Príncipe de las Tinieblas-, que la pobre mujer se resignó a subir al desván para poder tranquillizar al marido.

Tuvo que abrir la puerta usando la llave y dentro encontró todo en perfecto orden –al margen de que había pinceles sucios y restos de pintura secándose en la paleta, obra todo ello, sin duda, de su loco marido que debió seguir pintando hasta altas horas de la

noche. Allí no había nadie, ni nada que hiciera sospechar la presencia de un extraño. Por primera y única vez pudo contemplar el taller a su gusto y estudiar el cuadro misterioso en el que trabajaba su marido. Quizá no estaba concluido, pero era una pintura magnífica, como ninguna otra que hubiera salido de las manos de Antonin, al que, obvio es decirlo, consideraba hasta entonces un torpe y un incapaz que tiraba el dinero de la familia para cultivar su inútil afición. Ahora no tuvo reparos en reconocerle el talento –lo que no le curaba de la locura-, aunque tampoco le terminaba de agradar que en aquella pintura el malvado Lucifer pareciera el ángel bondadoso en medio de los demoníacos arcángeles que lo arrojaban a la sima infernal. Cosas de artistas, se dijo. Y con eso se conformó. Cerró la puerta de nuevo, bajó a la habitación del marido y quiso tranquilizarlo diciendo que allí no había nadie.

Browver se recuperó muy lentamente. Hubo de tomar sus infusiones durante varias semanas en las que permaneció postrado en cama, para alegría del médico y el boticario y ruina del taller de vidrios y el patrimonio familiar. El pintor se despertaba gritando en mitad de la noche. Decía escuchar pasos que venían del desván. Decía oír las pinceladas y aseguraba que a su fino olfato llegaban los olores de los pigmentos mezclados con el óleo y la trementina. Deliraba, exigiendo subir al desván para quemarlo por completo. Exigía que lo dejasen rasgar con un cuchillo el cuadro maldito, que llamasen a un sacerdote o un pastor –mejor ambos, y cualquier representante de otra religión que estuviera dispuesto a acudir- para que aspergiesen agua bendita por el desván, sobre el cuadro y por toda la casa. Decía oír voces de demonios amenazantes o burlones. Y su mujer temía que aquello sería el final de los Browver. Hasta podía imaginar a su marido convertido en bobo babeante y a ella y su hija desahuciadas y viviendo en la calle de la caridad ajena.

La sangre, por fortuna, no llegó al río. Un día Browver pareció despertarse más sereno. Sólo dijo tres locuras: que debían sacar el cuadro del taller, que debían vender la casa y mudarse, que debían avisar a un viejo amigo teólogo –justo el que recibió, algo después, las cartas de Browver. Pero la mujer no hizo caso alguno del lunático. En aquellas semanas ella se había hecho cargo de la casa y del comercio

de vidrios. Era el ama y ya nunca cedió aquel papel a su pusilánime marido. Se negó en redondo a cualquiera de las estupideces propuestas y anunció que, terminado o no, el cuadro sería vendido. Quizá, por poco que valiera, les dieran algún dinero por él que, si no cubría los gastos causados por la locura, al menos supondría el final del mal. Browver no protestó. Tampoco quiso subir al taller para recoger la pintura. Fue su mujer quien, ayudada de un par de criados, subió al desván. Nadie había entrado en él desde la noche en que el marido enfermó. La mujer ordenó a los criados que tapasen el cuadro y lo bajasen a la casa. Antes, por curiosidad, le echó un nuevo vistazo y le pareció que realmente sí estaba concluido. Y le pareció hermoso, aunque de mal gusto. Se fijó en que la paleta y los pinceles aparecían limpios. Quizá alguna de las doncellas, más cuidadosa de lo que ella suponía, había limpiado todo o, peor, su marido loco había escapado al desván en algún momento para acabar la pintura y limpiar el material.

Sea como fuere, al día siguiente la mujer y sus criados se fueron a casa de un marchante de cuadros que nada tenía que ver con el encargo. La señora Browver lo ofreció a su juicio y el comerciante, sorprendido, hizo una oferta mucho mayor de la que la mujer hubiera esperado en sus mejores sueños. No hubo que discutir. El cuadro cambió de manos. Estaba sin firmar, aunque desde entonces todos supieron que era un Browver. Con el tiempo recorrió varias mansiones, galerías y museos. Se le llegó a perder la pista hasta la reciente subasta en Christie's en la que se pagó una cantidad respetable por su posesión.

La mujer, tras la venta, regresó a casa feliz y con sus buenos florines en el bolsillo. El marido, poco a poco, fue recuperando la salud. La ausencia del cuadro que lo obsesionaba fue la mejor medicina para sus nervios. Se llegó a curar del todo y volvió a atender su negocio, aunque desde entonces y hasta su muerte quedó supeditado a la férrea voluntad de su mujer. No volvió a pintar, ni se refirió jamás al dichoso cuadro. Por lo que se sabe, nunca subió al desván, ni su mujer lo habría consentido. Y la única información al respecto de la extraña historia son unas cuantas cartas que Browver dirigió a su amigo teólogo, Nicholas Van Exel, en donde le relata los pormenores de su misteriosa aventura. Sin atreverse, eso sí, a

relatarla como algo verdadero sino, más bien, como un resultado de los delirios que acompañaron su locura.

Del Browver persona, demente y pintor, la posteridad se ha olvidado casi por completo. Sólo se le menciona en relación con el magnífico cuadro de la Caída de Lucifer, que casi nadie acepta como suyo. Si lo que se dice aquí es verdad, sería cierto que Browver no pintó esta obra maestra, aunque tampoco resultaría sencillo convencer a nadie –menos aún al propio autor- de que se añadiese la firma correspondiente –si no el reconocimiento de la autoría- del verdadero artífice de la pintura.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EL MONSTRUO HIPOTECARIO

El terror que cada noche nos asusta se llama hipoteca. Su presencia se hace aún más terrible durante el día, porque la pesadilla nocturna se nos muestra tan real como terrible.

Quizá todo el problema nace de ese deseo irracional por acaparar que tenemos los humanos. Las ansias de ser propietarios, como si en la posesión encontrásemos seguridad.

Deseamos tener autos, electrodomésticos, fincas, pisos… sobre todo nuestra casita, la vivienda propia que nos da seguridad acerca del futuro, el lugar de reposo donde encontrar la tranquilidad.

Por buscar una seguridad tan difusa como una propiedad material somos capaces de empeñar media vida –o la vida entera- en una hipoteca, en cientos o miles de letras a pagar durante años, lustros y décadas. ¿Cómo no asustarse entonces ante la perspectiva del impago, del desahucio, de la privación de nuestra maravillosa adquisición?

Quizá la propiedad es un vicio, como creían los comunistas. Pero los que mejor viven –o al menos así lo vemos la mayoría en esta sociedad consumista- son los que más poseen. Por eso queremos ser como ellos. Convencidos de que en la posesión está la felicidad. Sin propiedades no eres nada. Y hasta que posees eres menos que nada: un deudor, obligado a pagar las cuotas que te harán propietario en la vejez.

Por descargar tu ira culpas a los especuladores y a la sociedad consumista de tus males, de tus deudas presentes y futuras. Olvidas que la oferta y la demanda son leyes del mercado. Quizá tenía razón aquel ministro que decía que nos endeudamos porque nos lo podemos permitir. Que tener un hogar propio es un lujo. Lo que debe de significar que no tengo por qué preocuparme por la próxima letra o la inseguridad laboral. Si no pago ya no me encerrarán como hacían en el pasado. Me declararán insolvente, subastarán mis propiedades y a mí me desahuciarán. Pero eso no es problema. Estoy vivo, sano. Con o sin piso, con o sin trabajo puedo seguir adelante. ¿No hay puentes? ¿No hay pisos que ocupar? ¿No hay indigentes y albergues? Siempre me quedará el hermoso cielo estrellado para contemplarlo desde mi espléndida casa de cartón en mitad de la calle.

LA COBARDÍA

Siento que me invade,
penetrante y quedo,
serpenteante y amenazador
me paraliza el miedo.
Angustia mi mente,
recorre todos los rincones de mi cuerpo
y cambia mis funciones orgánicas.
No como, no duermo,
y, mientras tanto, pienso
cómo me deshago de él
en un momento,
que puede ser eterno
y no te abandona fácil.
Sólo hay un precio:
ser valiente y enfrentarlo a tiempo
sin desconcierto.

Inma Rodrigo

EL MONSTRUO ESTADÍSTICO

Aborrezco las estadísticas. Las odio tanto como las temo. Las odio porque me reducen a simple número. Porque yo no soy una estadística ni me siento reflejado en los impersonales porcentajes. Yo no quiero ser un porcentaje, una cifra tras la coma decimal y porcentual que define una realidad sometida a estudio objetivo.

Pero no sólo odio la estadística. También la temo porque, como técnica que es, la sé válida, siempre que el estudio y los procedimientos empleados sean los adecuados y se usen del modo correcto.

Me asusta saber que los hombres y nuestro mundo, tan diversos como nos pensamos, somos tan fáciles de reducir a una mera función matemática. Supongo que eso es ser normal: susceptible de reducción a norma. Predecible, cuantificable. Simple. Quizá yo quiero creerme distinto. Pensar que el universo es hermoso por su variedad. Pero, al cabo, mi peso es nulo. Mis diferencias, a la postre, no resultan significativas en el conjunto que me describe. Y el estadístico de turno podrá hacer a mi costa su predicción, o su modélica descripción que, con los convenientes márgenes de error, es más que posible –altamente probable- que resulte acertada. Y eso, obviamente, me fastidia y me asusta.

Aunque más me asustan aún esas estadísticas manipuladas y manipuladoras. A veces por torpeza del estadístico o de algún aficionado metido a sabio. Pero las más de las veces, cuando menos aquellas ocasiones en que la estadística es trascendente, la manipulación es consciente y voluntaria. Es tan fácil jugar con los números. Y aún más sencillo buscar sus interpretaciones y justificar la injusticia a través de la cifra. De este tipo son siempre las cifras gubernamentales. Las de la macroeconomía o el empleo, las del consumo o el bienestar, las de la salud o la educación. Nueve de cada diez gilipollas no pueden estar equivocados si hay un listo que sabe leer los datos en su propio interés.

SOBRE LAS MULTITUDES INSOPORTABLES

Las odio. Odio su estupidez borreguil. Abomino de la masa que se mueve a impulsos de cierto instinto irracional o a la voz de

mando de cualquier revolucionario o progre del tres al cuarto. Entiendo que un hombre de verdad responda al viril mensaje que un auténtico líder le dirige desde su tribuna de orador. Entiendo el enardecimiento de los soldados ante la arenga de su general y los vítores semisalvajes de una multitud ante su caudillo.

Pero jamás comprenderé a las masas que se manifiestan por cualquier razón, escudándose detrás de sus estúpidas pancartas y que eluden su responsabilidad individual repitiendo consignas ajenas siempre de protesta contra la autoridad vigente.

Debo confesar que esas multitudes de descerebrados me asustan. También me atemorizan las multitudes que caminan por las amplias calles de nuestras ciudades sin más objeto que pasear o ir de compras.

Las muchedumbres son odiosas y fomentan mi misantropía, por más que quiera disculpar la debilidad del género humano.

Aborrezco especialmente esas manifestaciones que pretenden desestabilizar los países. Las que usan razones aparentemente humanitarias para lanzar sus mensajes nihilistas. Y contemplo con estupefacción como los borregos logran en ocasiones cumplir sus objetivos.

Si opino que la democracia es un sistema político execrable, más abominables aún me parecen estas reuniones contestatarias que el poder civil se ve obligado a admitir para no ser tachado de intolerante o fascista.

Si por mí fuera, prohibiría todas las manifestaciones y aquellas reuniones que no fueran de carácter deportivo o cultural, ya sean juegos florales o festivales de danzas regionales. Pero como sé que eso es imposible en estos tiempos de hipocresía, mendacidad y doblez, quiero aprovechar esta ocasión para proponer a nuestros gobernantes una posible solución a los quebraderos de cabeza que en más de una ocasión les causan las multitudes vociferantes.

Mi propuesta es de carácter cívico, en el más amplio sentido de este término. Se trata de impedir los inconvenientes provocados por las manifestaciones, tanto el uso partidista, mediático y manipulador que se hace de las mismas como los problemas que causan

a los ciudadanos los cortes de tráfico, los atascos o el ruido de los manifestantes.

Una propuesta sencilla, pero que tengo el orgullo de poder presentar como propia pues no sé de nadie a quien se le haya ocurrido con anterioridad.

La cuestión es que debemos sacar las manifestaciones de nuestras ciudades y reducir su perniciosa influencia. Para ello propongo que se habiliten manifestódromos en la periferia de nuestras urbes, lugares amplios donde quepan las multitudes que, a modo de romerías, verían diluido su impacto sobre el ambiente y sus gentes. Habría que construirles a los manifestantes enormes avenidas por las que exhibirse. Tan grandes y amplias que sus gritos no se escucharan desde la distancia, tan gigantescas que cupiesen todos cuantos quisieran acudir a ellas, ya fueran cientos, miles o millones los congregados.

Esto evitaría muchos problemas a las ciudades y los políticos. A las primeras los de la congestión de sus calles y los problemas consecuentes, ya sean de tráfico, ruido o suciedad. A los segundos les daría el control de la situación. Por grande que sea una multitud, sus efectos se diluyen en la inmensidad de un desierto. Con la particularidad de que la imagen de una multitud en la distancia o colocada sobre un paisaje lo bastante amplio pierde mucho. Ya no impresiona, ni los manifestantes asustan por su número. Siempre parecerán pequeños e insignificantes. Si apenas se les ve, si casi no se les oye, si se ven desbordados por el entorno, si les es difícil llegar al lugar de la cita, si sus protestas no tienen eco social, los manifestantes pronto se cansarán de predicar para nadie y tan nefasta costumbre acabará por desaparecer de los países civilizados del mundo.

¡Y qué delicia poder pasear sin el temor de tropezar con una de esas marchas multitudinarias que me crispan los nervios y me agrian el humor!

Narciso de Lego
(patriota, urbanita y genio político)

EL MONSTRUO PARADO

¡Qué triste tener que agradecer que te esclavicen por horas a cambio de dinero! A todos –o casi, nunca se puede poner a todo el mundo en el mismo paquete- nos gustaría ser ricos. Poder gozar de una inactividad millonaria sin preocuparnos por precios o facturas. Dedicarnos, si queremos, a nuestras aficiones. Incluso tomarlas como un oficio respetable. Y, sin embargo, ¡qué triste es estar desempleado! Ser un inútil, un miserable. Sentirse, al menos, así. Carecer de dinero y verse privado de los medios para conseguirlo. Ver ante ti el vacío que te hace temer por el futuro y te presenta, de una vez, a muchos de los monstruos que aquí se han mostrado.

En la tradición cristiana, en particular en la protestante, el trabajo justifica y la inactividad envilece. Estemos o no de acuerdo con la máxima, todos coincidiremos en que, por más que adoremos la inactividad de un ricachón indolente –que también los hay que no cesan de trabajar, como si el dinero fuera un producto secundario de su adicción a la actividad- o la de nuestras vacaciones –siempre demasiado cortas-, pocas cosas nos afectan tanto como las vacaciones forzosas. Te cambia el ánimo. Se te altera el carácter. Se te hunde la autoestima. Y deseas, como si fuera un sueño dorado, tener que levantarte nuevamente a las seis o las siete de la mañana para dirigirte a tu precioso puesto de trabajo donde desarrollarás una tarea rutinaria cuya utilidad te resulta, cuando menos, dudosa, mientras un jefe siempre horrible y negrero o unos clientes insufribles te hacen desear la hora de salir. Pero, por más que odiemos ejecutar ese trabajo que, según nos dicen, tanto nos engrandece, siempre preferimos su dolor al terrible monstruo de su ausencia.

CUESTIÓN DE CONFIANZA

La historia que voy a contar tiene relación con esos miedos ocultos de los que apenas somos conscientes y que responden a nombres que consideramos fruto de la civilización: costumbre, hábito, buena educación. Miedos resultado de la inhibición artificial de los impulsos más primarios de las gentes. Una inhibición convertida en norma de costumbre es tan poderosa para el hombre como una ley

natural. Nuestro pudor, sin ir más lejos, no es más que una derivación de ese miedo a transgredir un tabú.

Si hablo de tabúes más de un lector verá en su imaginación una escena de antropólogos en mitad de la selva constatando como los pobres salvajes ven limitado su desarrollo por alguna estúpida superstición. Olvidaría el lector que las sociedades más complejas –no sé si decir las más desarrolladas porque alguien deduciría de ello un concepto de superioridad- son las que acumulan el mayor número de inhibiciones y del tipo más estúpido.

Por eso quiero mostrar un ejemplo en que la costumbre del explorador civilizado chocó de plano con una muestra de amabilidad indígena tan espontánea como natural.

Es hora de poner nombres y lugares en esta historia. Ocurrió, como tantas otras de antropólogos, en la selva profunda del Amazonas. Pleno siglo veinte, mediado su transcurso y tras dos guerras mundiales que en poco variaron la mentalidad occidental. El americano Walter O'Rourke, al que algún entendido tal vez conozca por su monografía acerca de las costumbres laudatorias entre las tribus de las praderas de su país, pretendía estudiar a una pequeña tribu del alto Purús, los anauaina, que así se hacían y se hacen llamar, aunque ya no hagan honor a su nombre: los dueños del bosque.
O'Rourke, que nada sabía de aquellos indígenas al margen de su legendaria hospitalidad para aquel capaz de ganarse su confianza, pensó que sería interesante descubrir las costumbres de aquel pueblo desconocido. Antes de que otra expedición se le adelantase, decidió organizar la suya propia. Con una confianza propia de un yanqui que se cree protegido de todo por su pasaporte y una escasez de medios poco característica de gente de su nacionalidad, el explorador viajó a Rio Branco do Sul y desde allí a tierras de los anauaina. Contrató un guía local, un mestizo minero que hablaba su lengua, y, sin otros medios, marchó en busca de conocimiento.

El guía no supo o quiso darle muchos datos de las gentes con las que iba a tratar. Y tampoco resultó un traductor tan adecuado como había supuesto pues no conocía la lengua de aquella tribu sino otros dialectos semejantes pero en absoluto iguales al anauaina.

Con todo, el americano dio con una aldea indígena y pudo hacer su investigación. No quiero extenderme en detalles ni hacer aquí una descripción antropológica de los anauaina. Para eso pueden consultarse varias monografías, incluida la del propio O'Rourke. Pero sí me referiré a un par de aspectos curiosos –o que a O'Rourke se lo parecieron- antes de comentar el asunto que me ha animado a iniciar este artículo.

Lo primero que llamó la atención del investigador fue la pulcritud de su poblado. Las cabañas de madera con techo de paja se elevaban en mitad de un claro perfectamente ordenadas en torno a una especie de plaza donde se reunían para charlar bajo un porche de madera. Lo segundo que le sorprendió fue la tranquilidad con la que aquella gente lo recibió, por más que en aquellos tiempos –al contrario de lo que sucede en la actualidad- los anauaina apenas habían tenido contacto con el mundo exterior. Parecían gente civilizada, por decirlo de algún modo, dentro de su salvajismo. Ante el espejismo del buen salvaje, O'Rourke se las prometió muy felices y no se equivocó. Ayudado por su guía que apenas era capaz de trasladar sus ideas al jefe anauaina, que lo recibió con su espectacular tocado de plumas de guacamayo azul, consiguió hacerle comprender que era un amigo deseoso de ayudar al pueblo anauaina y que nada quería de ellos más que su compañía, el simple placer de conocerlos y respetarlos. Al jefe sus palabras parecieron impresionarlo, porque parpadeó rápidamente –signo que según supo por el guía implicaba asentimiento- y se mostró sumamente agradecido y bien dispuesto, por lo que se dedujo, a reafirmar su amistad y conceder permiso para su estancia.

O'Rourke fue largamente agasajado por los anauaina, que dieron un banquete en su honor, danzaron en la plaza al ritmo de rudimentarios tambores y compartieron el bulugala –la bebida alcohólica local obtenida por la maceración con saliva de una raíz que O'Rourke jamás llegó a identificar. El americano, sin poner mala cara, aceptó con aparente placer aquel honor, e incluso bebió del bulugala recién escupido en su cuenco por una de las mujeres del jefe que lo probó para él.

El guía, al parecer más civilizado que el propio antropólogo, permaneció al margen de la fiesta, con un gesto mezcla de miedo y repugnancia.

No imaginaba O'Rourke cómo iba a terminar la ceremonia. A punto de anochecer, los anauaina estaban exhaustos y felices, ahítos de licor y sudorosos en sus miserables taparrabos. Entonces, de común acuerdo, todos los hombres adultos se colocaron ante O'Rourke, quien permanecía sentado en el suelo sobre las piernas cruzadas. Los anauaina le dieron la espalda y se agacharon. Seguidamente alzaron su taparrabos y empezaron a hacer fuerzas con el vientre hasta depositar, cada uno de ellos, un considerable montón de mierda.

O'Rourke no se indignó. Había comprendido al instante: "El hombre que defeca es vulnerable", dejó apuntado en sus diarios. Aquel gesto repugnante de los indígenas no era de desprecio sino de completa confianza: eran capaces de mostrarse desvalidos ante su invitado.

O'Rourke, aun antes de que se lo dijeran, supo que debía corresponder a aquella amabilidad. Imaginaba cómo, y no sabía si sería capaz. El jefe, por signos, hizo comprender al americano y a su guía que debían repetir su gesto. También O'Rourke alcanzaba a imaginar que aquellos signos le invitaban a agacharse y cumplir con su parte de la ceremonia. El guía, más escrupuloso que el antropólogo, dijo que no soportaba aquello y, sin más contemplaciones, dimitió y se largó con viento fresco. O'Rourke, estupefacto, se obligó a mantener la calma. Se agachó con el pantalón bajado y comenzó a apretar. Desde el comienzo comprendió que aquella no iba a ser una tarea sencilla. Pocas actividades hay más íntimas para un hombre que aquella y O'Rourke se vio sobrepasado por el peso del prejuicio y la costumbre.

En su diario incluso se permitió una breve digresión filosófica acerca de aquellos cínicos griegos que presumían de su falta de pudor y vergüenza. O'Rourke suponía que en su caso habrían mostrado más escrúpulos de los previstos. Cuenta el antropólogo que, agachado como estaba y en pleno esfuerzo, trató de buscar la concentración necesaria pensando en los propios Antístenes y Diógenes, pero tan

excelsos próceres no le sirvieron de ayuda para completar su obra. Cometió el error, fácilmente justificable por otra parte, de mirar a sus observadores, que le dirigían su gesto entre complacido y expectante. Era lógico que lo mirasen, cuando ellos se conducían de un modo tan natural. Pero él se sentía cualquier cosa menos cómodo. En un supremo esfuerzo que le llevó hasta la congestión, O'Rourke fue capaz de depositar ante los indígenas una minúscula pelotilla oscura y dura como de conejo o cabra. No hubo más, pese a sus esfuerzos. Y O'Rourke tuvo que abandonar la faena comprendiendo, por los rostros de sus nuevos amigos, que se mostraban contrariados con su actitud.

Por un momento, el americano temió por su integridad. Pensó que el guía tal vez se había marchado intuyendo que los anauaina podían volverse violentos o peligrosos si se los importunaba o agraviaba. El antropólogo, por señas, trató de demostrar su frustración y de pedir disculpas por su mal gesto. Comprendía que era peor carecer de guía a ser acompañado por uno torpe y que apenas entendiera el idioma. No obstante, los anauaina no le impidieron marcharse. Se limitaron a abuchearle –pues eso parecían significar sus roncos gruñidos- y dirigirle sus gestos hoscos mientras partía. No supo si le habían comprendido cuando dijo que volvería. Porque iba a volver. Aquello no era una huida. El americano sabía perfectamente qué era lo que tenía que hacer para enderezar aquel primer encuentro insatisfactorio.

Salió del poblado y se encaminó al lugar donde habían montado el campamento. Por un momento temió que el guía fuera desleal, además de asustadizo. Temió que le hubiera robado sus cosas o que hubiera levantado el campamento. Pero al llegar a él comprobó que todo estaba intacto. El guía se había llevado tan sólo sus pertenencias.

Comenzaba a anochecer y O'Rourke se introdujo en su tienda. Abrió varias latas de comida y las apuró hasta acabar ahíto. Al almuerzo con los indios había añadido una opípara cena y una buena ración de agua. Al terminar, extrajo de su botiquín las pastillas contra el estreñimiento y se tomó un buen puñado de ellas. Luego, intentó dormir. Infructuosamente, como es lógico. Una digestión pesada acompañada de retortijones crecientes no es la mejor

combinación para lograr el reposo, pero el antropólogo estaba dispuesto a sacrificarse en aras de la ciencia.

Tras una noche intranquila y de indecibles sufrimientos, llegó el día. Apenas alboreaba cuando O'Rourke, tras ponerse un par de supositorios de glicerina para terminar su cóctel infalible, salió de la tienda y se arrastró penosamente hasta el poblado anauaina. Por suerte, todos estaban allí. Después de la juerga de la noche anterior, ninguno de los hombres tenía energías como para ir a ningún sitio.

Al verlo, su reacción fue confusa. Como una mezcla de curiosidad, desconfianza y extrañeza. O'Rourke trató de aplacarlos dirigiéndoles gestos humildes y disculpas que no podían comprender. Dispuesto a terminar el ritual en el que había fallado, el americano se dirigió al lugar donde se consumó su fracaso. Se agachó ante las deposiciones de los Anauaina que formaban un arco en torno a la suya minúscula y los indios, que enseguida comprendieron, se acercaron para ocupar las posiciones de la noche anterior. Parecían satisfechos por el intento y expectantes por su resolución. O'Rourke casi no tuvo tiempo de pensar en escrúpulos. Apenas lo tuvo para bajarse el pantalón y agacharse. Aquello fue una auténtica explosión fecal, ruidosa y abundante. Al cabo, un zurullo blando y hediondo presidía la reunión mientras todos los indios se acercaban para saludar a su nuevo compañero. La prueba de confianza había sido superada y desde entonces el americano ya no tuvo problemas para convivir con aquel pueblo y desvelar algunas de sus costumbres. Para no perder la confianza tan trabajosamente ganada, bastaba con una buena provisión de laxantes.

El antropólogo había comprendido que el pudor, la costumbre o el tabú, por fuertes que sean, siempre ceden ante la necesidad fisiológica incontrolable. El animal humano vence al cerebro. El miedo reside en la cabeza, pero no es ella la que siempre toma las decisiones.

Y eso es todo lo que quería decir. Si alguien quiere saber más sobre O'Rourke o los anauaina, que consulte sus artículos o su diario. Sinceramente, no creo que su contenido añada notas de mayor interés que este ensayo.

Euforia de Lego

SABER POPULAR

Me he puesto a buscar una definición de miedo y me encuentro la siguiente: "perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o mal real o imaginario" y también "recelo o aprensión que uno tiene de que le suceda una cosa contraria a lo que deseaba". De acuerdo. Los académicos que las propusieron deben estar en lo cierto.

Me acerco ahora al refranero buscando ese saber popular que siempre se supone nacido de la experiencia y me encuentro con dichos que, más que nada, hablan de usos del miedo y consecuencias del mismo. Seis muestras:

-Al que de miedo se muere, de cagajones le hacen la sepultura.

-Al que mal vive, miedo le sigue.

-A quien miedo han, lo suyo le dan.

-El miedo guarda la viña.

-Miedo ha Payo, que reza.

-Por miedo de gorriones no se dejan de sembrar cañamones.

En general, parece que tener miedo uno es malísimo pero provocárselo a los demás es una maravilla. Que cada cual los interprete como le venga en gana.

Abundiógenes

EL MONSTRUO EMPRESARIAL

En este tiempo temible en que el presente se nos muestra amedrentador, como siempre es amedrentador el futuro, es normal que uno se sienta empavorecido ante las estructuras que lo dominan.

El poder asusta. Más al poseído que al poseedor, por desgracia. Pero si buscamos propietarios en la sociedad actual no debemos imaginar personas concretas, ni formas de gobierno en sentido estricto. Hablamos de democracia para definir nuestras plutocracias de las que apenas participamos. Buscamos líderes e ídolos, pero lo que nos maneja son entes formados por personas y grupos de personas, pero que sobrepasan con mucho a la mera individualidad o el humanismo. Son las empresas las que nos gobiernan. Macroestructuras económicas de propiedad compartida, apenas

identificable. El accionista no es un ser humano, como la sociedad anónima no es un grupo de amigos.

Uno casi añora esas empresas de antaño, regidas con mano firme por un dueño tiránico y explotador en quien era fácil descargar las quejas y culpas. Ahora, en nuestro mundo globalizado, aunque meramente en lo económico y mercantil, uno se siente menos que nada y no puede buscar responsables directos en la macrocorporación que le exprime. Todo son multinacionales, más poderosas que países, con más autonomía que gobiernos, más egocéntricas que el propio Narciso mirándose en el agua.

Es lógico sentir una cierta opresión en el pecho al pensar en estos dioses del mundo moderno. Capaces de destruir gobiernos, estados, pueblos, selvas, mares… el propio planeta. Si no hay personas y lo único que cuenta es el beneficio –inmediato, por supuesto, pues nadie piensa en el futuro cuando hay que construir un presente de cifras espléndidas-, ¿cómo escapar a la catástrofe? La mayor, la más inmediata, la deshumanización. La más remota y temible, la pérdida del mundo completo y de ese futuro que tanto nos suele asustar. Aunque no tanto como las multinacionales de nuestros días.

SUPERPOBLACIÓN

Lo confieso. Yo fui quien acabó con él. Aunque casi debería estarme agradecido por ello. Está mucho mejor así. Y si lamento haberlo hecho es, en primer lugar, porque él, a quien tanto odiaba, salió muy bien parado del asunto por mi estupidez. Y, en segundo término, porque sé que con ello traicioné a mis hermanos y los coloqué en una situación aún más difícil que la que ya existía.

Sea como sea no creo que por ello me haya hecho merecedor de tan cruel castigo. Mi propia muerte, del modo en que se va a producir, me parece excesiva por mi desliz. No estoy seguro de que otro en mi lugar hubiera soportado tanto a aquel miserable. Aquel tipo era insufrible de veras. Si le hice aquello fue porque logró sacarme de mis casillas de tal modo que perdí, por un momento, cualquier resto de raciocinio. Y que nadie piense que mi intención era satisfacer mis primitivos deseos sin importarme la suerte de mi gente. A mis hermanos, que me han condenado, les pido perdón y

misericordia. Escuchad, una vez más, mi historia y decidme si no actué movido por las circunstancias hacia aquel desenlace indeseado e inevitable.

Lo primero de todo, debo recordar ese pasado reciente, que muchos han olvidado y otros nunca han conocido, que condujo a nuestra raza a esta situación extraña e insostenible en que nos encontramos.

Algunos son demasiado jóvenes y no conocen los brillantes tiempos de nuestro pasado más que por referencias de los mayores. Otros, que los vivieron, parecen haberlos borrado de su memoria, como si su mero recuerdo les causase daño o angustia. Yo no los he olvidado. Llamadme, si queréis, melancólico. Y en mis últimos días, tan tristes y faltos de esperanza, me ha bastado rememorarlos para que una lúgubre sonrisa asomara a mis siempre lívidos labios.

En otro tiempo nuestra raza era grande, aunque poco numerosa. Éramos seres orgullosos, amos del mundo, señores de la noche. Ya sé que todos nos ufanamos todavía de esos títulos. Pero ahora no me parecen acordes con la realidad que nos ha convertido más bien en esclavos, aunque sólo sea de nuestros propios errores y de nuestras necesidades insatisfechas, e imposibles de satisfacer hoy en día.

Nosotros, los vampiros, éramos un grupo selecto entre una humanidad masificada y miserable. Los humanos, por aquel entonces, no tenían otro papel en el concierto mundial que el de víctimas inconscientes de nuestra sociedad, por entonces temible y secreta. Los que hemos vivido siglos mejores no podemos sino añorar aquellos tiempos gozosos en los que un humano era una presa asustada ante nuestra presencia, un don nadie, salvo que le otorgásemos el caro privilegio de convertirlo en uno de nosotros, los no muertos. Muchos habrían entregado gozosos sus almas a cambio de tan desigual transacción: un poco de sangre por la eternidad. Otros, espantados por nuestra superioridad y apenas conocedores de lo que significa ser un vampiro, nos odiaban y hasta intentaban atacarnos y destruirnos para preservar, según ellos, sus mezquinos intereses. La mayoría, simplemente, nos ignoraba, creyendo que nuestro origen sobrehumano nos convertía en meros seres de fábula o leyenda.

En aquel tiempo el vampiro era un ser oscuro y misterioso. Grande entre sus semejantes. Temido por el enemigo humano. Eran los tiempos de las grandes cacerías nocturnas, de las orgías de sangre y muerte, sin piedad por los deleznables humanos.

Buenos tiempos que, de vez en cuando, se ensombrecían porque algún grupo de humanos fanatizados trataba de exterminarnos, como si ello fuera posible. Aquellos locos se dedicaban a buscar nuestros escondrijos durante el día, aprovechando nuestra vulnerabilidad ante la luz, para acabar con nuestras gloriosas existencias con la excusa de creerse superiores, divinos frente a nuestro origen –eso decían ellos- demoniaco. Uno odia y teme a partes iguales todo lo que desconoce. Y fueron muchos los vampiros que perecieron entre las sucias manos de los asquerosos humanos. No tantos, por supuesto, como los humanos que entregaron sus vidas como precio por su osadía y su sangre como pago –siempre insuficiente- por las existencias vampíricas que habían segado.

La situación, por desgracia, se hizo insostenible para todos nosotros cuando finalmente, en un desliz de un grupo de jovenzuelos estúpidos –hombres recién vampirizados y, por tanto, aún no conscientes de su nueva esencia-, nuestra existencia se hizo pública y notoria para los asustadizos humanos. Entonces fue cuando miles de fanáticos iniciaron la terrible caza de vampiros que nos obligó a defendernos del mejor modo que supimos.

Es cierto que nuestra necesidad de sangre nos obligaba a matar cierto número de humanos. Ningún vampiro de mi tiempo que se preciara se rebajaría a consumir sangre de otros animales. Pero había muchos seres humanos y los vampiros éramos bien pocos. Y así debió seguir siendo. El pastor siempre cuenta con ganado suficiente para mantenerse y sus ovejas o vacas nunca se lamentan de su inevitable condición. Pero estos humanos no querían admitir su inferioridad. Muchos de ellos tampoco estaban dispuestos a hacerse nuestros siervos con el objeto de que algún día su amo se apiadase de su triste condición y los considerase merecedores del privilegio de convertirse en uno de los nuestros y liberarse, a la par, de su condición humana mortal y su condición servil –ambas tan inextricablemente unidas. Al contrario, los hombres lanzaron una de sus irracionales cruzadas

contra nuestra raza, con la promesa de exterminar a los malignos –así nos llamaban- y recuperar el dominio de un mundo que, en su simpleza, todavía consideraban de su propiedad, olvidando que, si existe un rey de la creación, ése no es otro que el vampiro, su amo y señor, el juez de sus vidas.

Fueron bastantes, por desgracia, los vampiros que perecieron en aquella cruzada. Y no éramos muchos. Así que no es raro que algunos se pusieran nerviosos y sintieran miedo. Y, sobre todo, ansias de venganza. Debíamos defendernos y para ello nada mejor que atacar a los malditos humanos. Lo lógico habría sido aniquilar a sus cabecillas pero, por alguna razón que no alcanzo a comprender, muchos de mis hermanos decidieron que era mejor premiar a aquellos salvajes por sus crímenes otorgándoles el don de una nueva existencia vampírica. Nunca antes se había visto cosa semejante. Nosotros, los vampiros, premiábamos a nuestros asesinos con la vida eterna, convirtiendo en costumbre lo que sólo debía haber sido privilegio. No quiero, con ello, criticar a mis semejantes, ni sugerir que en nuestra gran raza existen ahora vampiros de primera y segunda categoría. Sólo digo que se actuó con demasiada prisa y mucha inquietud. Es cierto que muchas cuadrillas asesinas se disolvieron al perder a sus líderes, convertidos en enemigos. Pero no meditamos lo que hacíamos y de ahí vinieron nuestros actuales males.

El miedo a que los humanos pudieran tratar de exterminarnos nuevamente nos forzó a una decisión precipitada y, a mi juicio, equivocada. No soy un elitista. Ni mucho menos. Los hechos me han acabado dando la razón.

Por escapar del peligro nos sumimos en un pozo sin fin. Miles, millones de humanos pasaron a engrosar las filas de las huestes vampíricas. Esos nuevos hermanos, poco conscientes de su recién adquirida condición, necesitaban alimentarse y, quizá guiados por el deseo de otorgar a sus antiguos hermanos humanos el don que ellos habían recibido, se lanzaron a una nueva cruzada, esta de conversión, en la que fueron mordidos humanos sin número. Pocos de ellos murieron, pocos fueron castigados por su osadía. Olvidamos que los humanos eran nuestro ganado y los convertimos a nuestra raza. ¿Puede el pastor mantenerse si tiene menos cabezas que ganaderos?

Pues es a esta ridícula situación a la que nos condujo nuestra falta de previsión.

De tal modo ascendió el censo de los vampiros, que nuestra siempre menguada raza se convirtió en abundante, aunque no todavía mayoritaria. Y, a partir de ese momento de locura colectiva, ya no fuimos capaces de administrar adecuadamente nuestros recursos.

Debemos admitir, yo el primero entre todos, que buena parte de los subsiguientes errores provinieron de nuestras arraigadas y sibaríticas costumbres. Ningún vampiro quería rebajarse al consumo de sangre que no fuera humana. La sangre bestial siempre nos pareció repugnante, alimento de los miserables o de los pusilánimes que daban en considerar a los humanos nuestros semejantes a los que no querían dañar.

Pero ahora éramos muchos, demasiados y, cuando nos dimos cuenta de que debía concluirse la práctica de las conversiones gratuitas, ya la población humana había reducido considerablemente su ventaja con respecto a la de los señores de la noche. Cada vampiro debía alimentarse de un humano sin convertirlo a los nuestros e incrementar el problema con lo que la única solución fue exprimir a nuestras víctimas hasta la última gota de su sangre, condenándolas a la muerte de los humanos. Así las cosas, aquellos fueron tiempos de terror para los viles humanos que años atrás pretendieron aniquilarnos. Debo confesar que disfruté de su dolor como el que más y que no me arrepiento del daño que pude causarles a cambio de mi placer y alimento. No era consciente yo tampoco del callejón sin salida al que aquella bárbara práctica nos conducía.

Por poco que aumentara desde entonces el número de los de nuestra raza, nuestras necesidades de sangre humana eran tan grandes que la menguada población de su especie no contenía en sus cuerpos la suficiente para colmar nuestro apetito y aumentar o siquiera mantener su número que, generación tras generación, se fue haciendo más exiguo.

Verdaderamente aterrorizados, los humanos se lanzaron una y otra vez –y ahora quizá con razón- a sus irracionales persecuciones para tratar de eliminarnos, intuyendo probablemente que su futuro no era otro que la extinción. Olvidaban –como lo hicimos nosotros- que el

cazador nunca debe aniquilar a su presa. No éramos, realmente, sus enemigos, sólo sus superiores que, como tales, ejercíamos nuestro derecho a utilizarlos. Por desgracia, todavía nos cegaban el odio y los prejuicios alimentarios. Y, cuando nos dimos cuenta del error, era demasiado tarde.

Llegó el día en que los vampiros éramos más que los humanos. A este día lo siguió aquel en el que los humanos no eran suficientes para saciar nuestra hambre y hubimos, sin embargo, de respetar la vida de los últimos de entre ellos para no quedarnos sin nuestro manjar predilecto. Entretanto, nos vimos obligados a consumir sangre de otros animales: vacas, cerdos… ratas incluso –y siento vergüenza de admitir que algunos de mis semejantes han llegado a tal grado de degradación, aunque lo hayan hecho movidos por las circunstancias. No nos quedó otro remedio que encerrar a los últimos humanos en granjas, donde se les ordeñó como al ganado: extrayéndoles la sangre poco a poco pero sin posar los colmillos en sus sonrosados cuellos –maldita necesidad que nos ha obligado a prescindir del mayor placer de nuestra existencia. Pero aquellos imbéciles humanos seguían sin resignarse a su suerte. Algunos se obcecaban en sus intentos de huida, o en inútiles revueltas y combates que nos obligaban a aniquilarlos en defensa de nuestras existencias. Incluso se dieron casos en los que algún humano se suicidaba tan sólo para privarnos de su sangre, como si esa mínima victoria ya justificara su sacrificio.

Y así, cuesta creerlo, llegamos al día en el que los vampiros terminaron por servir a los humanos. Ya lo sé, no es correcto mencionar esa servidumbre, que nadie quiere admitir. Pero ya es hora de que nos confesemos la realidad: los vampiros nos hemos convertido en siervos, esclavos incluso, de la deleznable raza humana a la que siglo tras siglo habíamos despreciado, como no podía ser de otro modo.

Convertida en especie en peligro de extinción, los vampiros nos vimos obligados a cuidarla con todo mimo y atención para que sus escasos miembros pudieran sobrevivir y medrar. En la esperanza de que nuestro sacrificio permitiera su procreación y que la cabaña humana volviera a ser abundante y diversa, suficiente al menos para

alimentarnos adecuadamente, convertimos a nuestras mascotas humanas en seres caprichosos para los que nada llega a ser suficiente.

Entiendo que el cuidado es imprescindible. Que, de otro modo, los humanos se extinguirían. Entiendo que debemos preocuparnos de su felicidad y dirigir sus cruzamientos, favorecer su cría. Pero de ahí a venerarlos y estar pendientes de cualquier capricho media un abismo. Y que conste que yo fui uno de los primeros en demostrar mi servilismo ante el humano que me fue asignado.

Uno es capaz de cualquier sacrificio con tal de conseguir lo que desea. Y yo lo fui, aunque ahora me avergüenzo de ello. Bien lo he pagado. No hace falta que añada que lo principal de mi deuda está todavía por saldar. Por poco tiempo, eso sí.

Los humanos estaban dispuestos a extinguirse antes que entregarse a sus amos. Antes de servirlos como fieles criados. Y tanto miedo tuvimos de ese drástico final que fuimos nosotros quienes nos rendimos ante ellos.

Cuando nos vimos obligados a beber sangre de otros animales, sangre de sabandijas, el dolor fue tan grande que quisimos recuperar a los humanos. Como éramos más que ellos, fue difícil llegar a un acuerdo entre nosotros, complejo el reparto. Los humanos son un bien de la comunidad –un bien escaso-, y nadie tiene derecho a usarlos en exclusiva.

No se los podía matar para extraer su sangre. Mucho menos vampirizar, dándoles un premio inmerecido y reduciendo nuestro alimento. Pero quitarles la sangre a la fuerza y tratarlos como el ganado que son sólo nos condujo a su casi extinción. Así que el cambio subsiguiente no fue inesperado. Aquel vampiro dispuesto a mimar a los humanos, a tratarlos con deferencia, servirlos y otorgarles cuanto pidieran, lograba hacerse su amigo y ganaba su confianza. En esas condiciones era más fácil obtener unas gotas de su sangre, que ellos entregaban gustosos, como si nos hicieran un tremendo favor. Tan malas son las adicciones que nuestra dependencia de la sangre pudo más que nuestros reparos y pronto aquella política servil se extendió entre nosotros. Alternar la sangre de vacas y cerdos con unas gotas de exquisita sangre humana compensaba con creces nuestra penosa sumisión a los deseos de los humanos.

Uno de ellos quedó a mi cargo. No en exclusiva, claro está. No hay humanos para todos y a este lo cuidábamos entre varios de nosotros, turnándonos en su servicio a cambio de sus periódicas donaciones de sangre.

Yo soporté la situación tanto cuanto pude. No creo que mi humano fuera un caso excepcional entre los de su inmunda raza. Sé que todos ellos son ridículamente orgullosos, hasta la prepotencia. Sé que son caprichosos y volubles. Que nunca están satisfechos. Pero el mío me parecía aún más rastrero que los demás con los que había llegado a entablar contacto. Nunca estaba satisfecho. Siempre se quejaba de no recibir suficientes atenciones, de que sus deseos no eran cumplidos al instante. Siempre amenazaba con no dar una gota más de sangre, con cambiar de cuidadores. Me dicen que otros humanos también son así. No puedo creerlo. Aunque la lógica me dice que un individuo acomodado y seguro de su poder puede volverse exigente y egocéntrico hasta lo increíble.

Si es así, creo que no debemos rendirnos a ellos. Debemos domesticarlos o acabar con ellos. Aunque eso suponga tener que beber la sangre de las ratas. Y siento náuseas sólo de pensarlo. Pero nuestra otrora orgullosa raza no tiene otro camino. Ese o el de la esclavitud.

Yo soporté al humano tanto cuanto pude. Pero llegó un momento en el que no pude tolerar su estupidez y prepotencia, sus vanas amenazas, sus infantiles rabietas. No era estúpido. Sabía de su poder y lo ejercía con crueldad. Y no estaba dispuesto a actuar en contra de sus intereses. Racionaba su sangre, multiplicaba sus caprichos. Y, lo que más me indignaba, no estaba dispuesto a aparearse con ninguna de las hembras de su raza, por más candidatas que le ofrecimos. Estoy seguro de que su voluntaria –y dolorosa- abstinencia tenía por objeto no aumentar por su causa el número de los humanos ni conducir a un futuro repoblado en el que los suyos perdieran sus recién adquiridos privilegios.

Algo así llegó a confesarme el día en el que todo sucedió. El muy tunante se reía mientras me hacía saber las razones de su negativa y presumía de forzar nuestro servilismo. Le encantaba vernos humillados antes de regalar una gota de su preciosa sangre.

Fue entonces cuando ya no pude tolerar su ofensa. Perdí cualquier control sobre mí mismo y actué. No lo hice movido por la gula, como se me acusa, ni por mis instintos liberados. No. Mi principal propósito era terminar con la miserable vida de aquel individuo al que me veía obligado a servir. Y para ello quería actuar del modo más doloroso para él a la vez que placentero para mí. Tampoco negaré que el hambre me devoraba. Que su mezquindad me ofendía y su aroma me embriagaba. Por eso me lancé sobre su cuello, le mordí y comencé a succionar su sangre con parsimonioso deleite. Podía sentir su miedo, el olor nauseabundo de su pánico animal. Sólo dejaría de beber cuando se hubiera consumido su último hálito de vida. Era yo su juez y verdugo.

Pero no pude llevar la sentencia de muerte a su fin. Un par de hermanos vampiros acudieron al irresistible aroma de la sangre. Con violencia, lograron apartarme de mi víctima. No sé cómo pudieron resistirse a participar de la orgía de sangre. Pensaron que yo estaba loco, pues me resistí con todas mis fuerzas, con la desesperación que dan el odio profundo y el deseo de venganza.

Ahora comprendo que, en cierto modo, sí que me dejé llevar por los instintos, aunque fueran los asesinos y no el simple deseo carnal. Y sé que actué mal, pues no tenía derecho a condenar a mis hermanos al hambre ni a la miseria de consumir despojos. Aunque también estoy seguro de que debemos esclavizar nuevamente a los hombres antes de que ellos nos conviertan en sus esclavos de modo definitivo, antes de que actuemos como esos antiguos drogadictos capaces de perderlo todo para entregarse una vez más a su denigrante dependencia.

Entiendo la ira de mis hermanos. Puedo comprender su reacción y hasta su condena a morir expuesto al Sol, que dicen que es la muerte más dolorosa para un vampiro. Aún confío en su misericordia y en su buen juicio. No podemos, no debemos rendirnos a los hombres ahora que por fin los habíamos derrotado. Si es necesario muramos con dignidad, como yo haré si no se revoca mi sentencia, pero no sirvamos al enemigo a cambio de unas gotas de sangre. ¿Tan poca cosa somos que nos dejamos controlar a cambio de una mínima porción de líquido placer?

Lo que lamento sobre todas las cosas es que mis hermanos interrumpieran mi crimen y no me permitieran consumarlo. El infame humano no murió, puesto que no lo llegué a consumir. Como premio a su maldad lo convertí en vampiro y me odio y odio a mis hermanos por permitir tal recompensa a tanta maldad. Ahora es uno de los nuestros y tiene derecho a condenarme. Como vosotros lo tenéis a perdonarme. Quisiera salvarme del castigo pero, si no es así, confío en que aún estéis en disposición de recapacitar. No os rindáis a vuestros instintos, no os rindáis al enemigo humano. Todavía estáis a tiempo. Si no reaccionáis, si os resignáis a la servidumbre, no me parece tan mal destino perecer y no vivir los desdichados tiempos que se avecinan. Si va a ser así, acabad conmigo pronto. Reniego de vosotros, los que consideraba mis hermanos. ¡Hágase la luz, pues!

Juan Luis Monedero Rodrigo

MIEDO PREPOSICIONAL

Miedo. Palabra, al menos, semitabú. Evitamos pronunciarla, sobre todo cuando nos referimos a nosotros. La usamos hasta con sentido positivo (¿mecanismo de compensación?): "me lo pasé de miedo", "me gustan las películas de miedo", "esto está de miedo"… pero predomina el polo opuesto, hasta llegar al cerval, como motor de actos poco proclives para salir a la luz pública. ¿Tenemos miedo a tener miedo? Está en la condición humana. Somos así, de esa pasta, ¿por qué ocultarlo? (aunque tampoco haga falta pregonarlo, y si se hace admitirlo sin rubor). ¿De qué nos sirve ser un "Juan sin miedo", ser pura fachada, la admiración de muchos/todos hasta que se descubra nuestro talón de Aquiles? Entonces "más dura será la caída", la autoestima tocada, el ego por los suelos…

Miedo. Palabra pegada a la existencia humana como una lapa, como una sombra a su "propietario", como… ya una vez se me supuso el valor; del miedo no hay constancia oficial. Sí, ya lo sé, el miedo es libre. Aparece cuando menos lo piensas: temblores, sudores, nervios fijados al estómago… Las armas para combatirlo son diversas, funcionan cuando funcionan. Dudo que tengamos mucha capacidad para oponernos a él. Seguro que se debe a reacciones cerebrales que

no controlamos y, menos aún, conocemos. Seguro que la química y las matemáticas con su combinatoria tienen las claves de ello.

Mientras recorro mi diario camino antiobesidad me acerco al refrán castellano de "Al pan, pan y al vino, vino"; es decir, llamemos a cada cosa por su nombre. Así rememoro de carrerilla la lista de preposiciones aprendida a golpe de palo en la vieja escuela, lo aplico a mi caso concreto y llego a una especie de testamento vital: miedo a… miedo de… son los casos más frecuentes (en este caso el pecador no dice el pecado). Compruebo que no soy un dechado de virtudes, cardinales o no, pero inadie es perfecto! Estoy llegando a casa. Puede que mañana siga exprimiendo este tema. Da jugo pues me autoanalizo sin tumbarme en el clásico sillón del psiquiatra de película rancia. ¡Y sin gastarme un duro, digo un euro!

P.A.M. 213

EL MONSTRUO DECRÉPITO

Me miro al espejo y compruebo con una mezcla de fastidio y resignación como mi aspecto prosigue su inexorable cambio degenerativo. Arrugas, pliegues desconocidos, canas y calvas, manchitas en la piel… Todos son síntomas de mi continuo envejecer.

Y no es que envejer me desagrade como proceso, sino como síntoma. El cambio en mi aspecto es claro síntoma de que he vivido, de que vivo. He aprendido mucho; también he desaprendido y olvidado otro tanto. He acumulado experiencia, vivencias. Tengo un pasado. Y acaso es el pasado el que hace a las personas. Alguien sin una historia a sus espaldas no es nadie. El presente no es más que una foto instantánea y mi vejez futura, cuya llegada sinceramente ansío que se llegue a producir, contará la historia de una vida.

De la vejez me molestan sus achaques, a los que no podré escapar. El lento entorpecerse. El riesgo de la minusvalía. La posibilidad cierta y temible de perder la poca inteligencia que ahora tengo. Todo ello me asusta. Pero el principal miedo a la vejez proviene de su significado. La degradación de mi cuerpo, hasta la de mi mente, no es otra cosa que el preludio de mi fin, el síntoma claro de la inexorable llegada del monstruo más temible: la muerte. Aunque este monstruo pasará rápido. Si es verdadera muerte ya no habrá nada que

decir. Lo terrible es que su llegada, pronta o lenta, va precedida del miedo. Que tengo –espero- toda una vida que vivir y, entretanto, el paso del tiempo, con mi vejez y sus signos, me irán acercando a la conclusión que no deseo. Sé que es estúpido y enfermizo pensar demasiado en la muerte. Yo, desde luego, no pienso obsesionarme –aunque claro, uno no es muy consciente de sus obsesiones cuando le llegan- por estos pensamientos. Pero cómo evitar ese ligero fruncimiento de ceño cuando, plantado frente al espejo, comparas tu imagen de hoy con aquella que recuerdas del pasado y comprendes que lenta pero inexorablemente el tiempo te va venciendo poco a poco hasta llegar a derrotarte por completo. Y ojalá que lo haga por la fuerza de los años y no por un accidente imprevisto o una enfermedad que haga inútil mi deseo temeroso de alcanzar la vejez.

Si algo me da miedo de veras soy yo mismo. Me espanta el no conocerme lo suficiente. Me asusta perder el sutil control que mantengo sobre mis actos. Perderme, a fin de cuentas, y dejar de ser lo que considero mi esencia. Miedo a mí mismo, a lo que soy, a lo que no, y a lo que podría ser. Llamadme:

El temible burlón

CARTAS AL DIRECTOR

(desaparecido o muerto de miedo)

EN PRO DE NUESTRAS FAMILIAS

Los que pretenden eliminar las clases de la sociedad no sólo son unos ingenuos y unos lunáticos, sino también unos inconscientes. No diré malvados, porque una siempre confía en la buena fe tras la cerrazón de las gentes.

No justificaré mi postura, por razonable que fuera, escudándome en la tradición o la pureza de sangre. En estos tiempos en los que sólo se valoran los argumentos de índole práctica, usaré de ellos para razonar mi convicción

A través de un estudio que se hizo público no hace mucho en la prensa, he sabido que en nuestro país la tasa de separación y divorcio es mucho mayor en las clases acomodadas –tanto las altas como las medias- que en aquellas personas con dificultades

económicas. De modo que, si las clases humildes gozan del privilegio de la fidelidad y sus matrimonios son los más duraderos, creo nuestra obligación moral impedir que toda esta pobre gente mejore su situación. Tendrán más dinero y comodidades, sí. Pero a cambio perderán los beneficios sacramentales y, muy posiblemente, su propia alma, confundidos por las tentaciones de la carne para las que no están preparados.

Una mujer cristiana como yo no puede hacer otra cosa en tales circunstancias que reclamar de nuestros gobernantes, casi siempre pasivos en lo tocante a las buenas costumbres y la moralidad, que no fomenten ese crecimiento económico con el que acostumbran medir el progreso. O, en todo caso, que no se fomente el reparto equilibrado de sus supuestos beneficios. Las clases elevadas –y no me refiero a esos nuevos ricos que hinchan la estadística-, dada su costumbre y teniendo en cuenta el superior espíritu que las ilumina, ya están habituadas a convivir con las tentaciones del dinero sin sucumbir ante el demonio de la disgregación familiar. Se me dirá que muchas buenas familias también padecen la lacra del divorcio. Pero en su caso todo nace de su mortal alejamiento de la fe, que les ha hecho perder el norte. Igual que el dinero tuerce las voluntades y la moral de las clases bajas, incapaces de acomodar sus nuevas vidas al modo de vida cristiano.

Por eso reclamo desde esta columna que se frene ese supuesto mejoramiento de los humildes. En la pobreza está su virtud. Reclamo a todos los agentes sociales, a los gobernantes, a los empresarios, a nuestra Santa Madre Iglesia y, sí, por qué no, también a esos sindicatos de trabajadores de los que siempre he renegado, que extiendan la purificante pobreza entre las mayorías para defender las familias de las que tanto hablan. Si de verdad les preocupa el desmoronamiento de nuestras familias como núcleo y motor de la sociedad es necesario forzar su unión, aunque sea en la penuria económica que, por lo que nos anuncian, impide el divorcio y las separaciones, además de favorecer todas las virtudes que siempre ha propugnado nuestra querida moral católica.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de De Lego y madre cristiana)

EPÍLOGO

Los miedos constituyen uno de esos asuntos personales en los que uno sólo puede hablar desde el subjetivismo. Pocas cosas hay más propias que los miedos, que son únicos e intransferibles. Uno los puede relatar y describir, pero no por ello llegarán mejor al corazón del interlocutor.

En estas páginas hemos hablados de miedos diversos. Unos, terrores con mayúsculas. La mayoría, miedos más de andar por casa, tal vez más reales por cuanto que tocan fibras sensibles en aquel que los ha padecido. Lo que no evita que, con total seguridad, hayan quedado fuera de nuestra revista una infinidad de miedos –tantos o más que lectores pudieran existir para estas humildes páginas- que nos hubiera gustado incluir.

A nadie le gusta el miedo como tal, aunque no se puede negar su magnetismo. Pero sólo para esos miedos abstractos de novela. Del miedo verdadero mejor no saber nada. Es preferible la ignorancia, como la de ese Juan Sinmiedo que no se atemorizaba de las cosas por simple desconocimiento o inconsciencia que pasaban por valor o coraje. Si para algo sirven los miedos no es como entretenimiento, sino como prevención: los temores se aprenden, pocos son instintivos o heredados.

Dichoso aquel capaz de identificar sus miedos: es el mejor modo de combatirlos o, cuando menos, sacar provecho de lo que suele tomarse como limitación.

"Conócete a ti mismo", decían los antiguos. Así que conoce también tus miedos, y hasta los miedos abstractos que no has padecido y que no serán reales hasta que no te sean personales. Ojalá que puedas permanecer en la ignorancia de ellos. Ojalá que puedas pasar por un valeroso Juan Sinmiedo. La ignorancia no siempre tiene por qué ser negativa.

EL PUNTO Y FINAL

Hemos concluido otro de nuestros monstruosos números (esta vez es monstruoso tanto por su tamaño como por el contenido). Sin la ayuda de algunos de vosotros habría sido imposible. Sin

lectores como los que os acercáis a este engendro, su elaboración no tendría objeto, más que una suerte de onanismo mental. Así que esperamos que sigáis ahí para la próxima entrega. En todo caso, como en otras ocasiones, nos gustaría animaros a ser más participativos. Por el momento, agradecemos su participación a José Palomo por su portada, a R.M.L., Sonia, Gerardo Monedero, Antonio Jesús López Jiménez, Inma Rodrigo, Alicia, Pipiola, P.A.M. 213, El temible burlón.

Enviad las colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

http://usuarios.lycos.es/despertarmuertos/

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.